

La extensión rural orientada hacia las mujeres

El Instituto Nacional de Tecnología
Agropecuaria y los Clubes del Hogar
Rural, 1958-1974



Tesis de grado de la Licenciatura en Historia

Tesista: Joan Mecozzi

Directora: Dra. Alejandra de Arce

Índice

Agradecimientos	3
Índice de siglas.....	4
Introducción.....	5
Antecedentes en el estudio de la extensión rural.....	11
Metodología y marco teórico	15
Capítulo 1. La extensión agrícola orientada hacia las mujeres en la primera mitad del siglo XX.....	21
Los orígenes de la “enseñanza extensiva” en Argentina	22
Tomás Amadeo y las escuelas y cursos del “Hogar Agrícola”	24
La enseñanza agrícola extensiva en la década del '40.....	29
Capítulo 2. INTA: investigación y extensión, bajo un mismo techo desde 1956.....	39
La filosofía de extensión del INTA	45
Planificación de un Programa de Economía Doméstica en extensión agrícola	49
La investigación como fundamento de la extensión: los estudios de caso y el Seminario Nacional de Investigación en Hogar Rural	55
Capítulo 3. El Programa “Clubes del Hogar Rural” entre 1958 y 1974	71
Objetivos y formación de los Clubes.....	73
La metodología de trabajo y el rol de las extensionistas	80
“¿Sabe usted qué se hace en los Clubes del Hogar Rural?”: captación, formación y propuestas de trabajo	91
Capítulo 4. Espacios de encuentro, intercambio y reflexión. Las Convenciones Nacionales de Clubes Hogar Rural.....	99
Reflexiones finales.....	118
Bibliografía.....	124

Agradecimientos

A pesar de llevar mi nombre en la portada, esta tesis es el fruto de un esfuerzo colectivo y no individual, ya que de ninguna manera podría haberla realizado sin el apoyo de la gente que me rodea. En primer lugar, agradezco a la doctora Alejandra de Arce por haber aceptado ser mi directora, por acompañarme en mis primeros pasos en la investigación (que incluyeron, además de esta tesis, la presentación a congresos científicos y la postulación a distintas becas) y por brindarme un espacio dentro del Centro de Estudios de la Argentina Rural (CEAR). Su atenta dedicación, sus comentarios, sugerencias y palabras de ánimo fueron indispensables para que esta empresa llegara a buen puerto.

Agradezco también a la universidad pública, gratuita y de calidad, indispensable hoy y siempre. A los y las docentes, compañeros y compañeras que conocí en este trayecto y que, en mayor o menor medida, contribuyeron a mi formación. A las directoras de la licenciatura en historia de la Universidad de Quilmes desde su creación, Silvia Ratto y Patricia Berrotarán, por sus consejos y palabras de apoyo, y por el estímulo permanente a los estudiantes de la carrera. A la directora del Proyecto de Extensión Universitaria “Historia y memoria rural”, Talía Gutiérrez, y a los demás integrantes del mismo, por integrarme a un espacio tan valioso desde lo académico y sobre todo desde lo personal. Al Consejo Interuniversitario Nacional (CIN) y a la Secretaría de Investigación de la UNQ, por haber contribuido con becas y subsidios a la larga investigación que dio como fruto esta tesis.

Este trabajo está dedicado a mi familia y amigos, por haber hecho de mí quien soy hoy. A mi mamá y a mi papá, por el amor incondicional, el apoyo eterno y el esfuerzo inagotable para darme siempre las herramientas para que sea mi mejor versión. A mi hermano, por la complicidad en la diferencia, y por hacerme padrino de Stéfano, a quien agradezco por alegrarme con su sonrisa pícaro y su ingenio. A mis amigos y amigas de siempre, por haber compartido una vida juntos y más también.

Por último, y más importante, a mi compañera Rocío. Por el apoyo constante y las palabras de aliento, por escuchar mis ideas (y mis quejas), por la paciencia y el acompañamiento. El camino transitado hubiera sido infinitamente más arduo sin ella.

Este trabajo lleva mi nombre, pero pertenece a todas y todos los aquí nombrados.

Índice de siglas

AAHR	Asociación Argentina Hogar Rural
AEA	Agencia(s) de Extensión Agropecuaria
AFAR	Asociación Femenina de Acción Rural
CEPAL	Comisión Económica para América Latina
CHR	Clubes del Hogar Rural
ECEEA	Estación Cooperativa de Experimentación y Extensión Agropecuaria
EEA	Estación[es] Experimental[es] Agropecuaria[s]
EERA	Estación[es] Experimental[es] Regional[es] Agropecuaria[s]
FAA	Federación Agraria Argentina
FAO	Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura
IICA	Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas
INTA	Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria
MAN	Ministerio de Agricultura de la Nación
OEA	Organización de los Estados Americanos
ONU	Organización de las Naciones Unidas
SEC	Servicio de Extensión Cooperativo de los Estados Unidos
SNEA	Servicio Nacional de Extensión Agropecuaria
UCAR	Unidad para el Cambio Rural

Introducción

En el año 2014, la Unidad para el Cambio Rural (UCAR), un organismo dependiente del Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca,¹ decide realizar un diagnóstico de la situación socio-productiva y educativa de las mujeres rurales jóvenes de la Argentina, con el fin de identificar prioridades y oportunidades que contribuyan al diseño de políticas territoriales con enfoque de género. Para ello se solicita al Instituto Internacional de Planeamiento de la Educación de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) que lleve a cabo una investigación acerca del colectivo de las mujeres rurales jóvenes del país y de su relación con la educación, el acceso a las tecnologías, la salud, el trabajo y la producción, para dar visibilidad acerca de áreas de vacancia y nichos de oportunidad para el diseño de proyectos de intervención orientados al desarrollo integral de dichas mujeres. El estudio es realizado en la segunda mitad del año 2014 y publicado al año siguiente con el título “Las nuevas generaciones de mujeres rurales como promotoras del cambio. Un estudio cuanti-cualitativo de la situación de las mujeres rurales jóvenes, de sus necesidades y oportunidades en Argentina” (Alegre, Brawerman & Lizárraga, 2015).

En el prólogo, escrito por el Coordinador Ejecutivo de la UCAR, Jorge Neme, se describe a las mujeres como “sujetos clave en la producción agropecuaria”, que a pesar de haber trabajado históricamente a la par de los hombres “continúan teniendo una menor participación en los espacios de decisión y en el acceso, el uso y el control de los recursos productivos” (Alegre et al., 2015, p. 7). Según el estudio, la residencia en el medio rural y el género configuran una acumulación de desventajas para las mujeres jóvenes e implican un mayor esfuerzo para lograr llevar adelante un proyecto de vida. En una situación de relativo aislamiento, deben enfrentar una intensa carga de trabajo para cumplir con un triple rol:

¹ Tras la asunción de Mauricio Macri como presidente el 10 de diciembre de 2015, la cartera adquiere la denominación de Ministerio de Agroindustria (Decreto 13/2015). En septiembre de 2018 es degradada al rango de Secretaría y puesta bajo la órbita del Ministerio de Producción y Trabajo (Decretos 801/2018 y 802/2018). Sin embargo, en agosto de 2019 se le restituye el rango ministerial y recibe la denominación de Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca (Decreto 532/2019). Por otra parte, en noviembre de 2017 el Decreto 945/2017 elimina por motivos presupuestarios la capacidad de gestión de las unidades ejecutoras de programas con financiamiento externo, entre las que se encuentra la UCAR. En 2018 esta unidad es reemplazada por la Dirección General de Programas y Proyectos Sectoriales y Especiales (DIPROSE).

En primer lugar, el rol reproductivo, que comprende todas aquellas tareas domésticas y de cuidado necesarias para que se vean garantizadas la conservación y la reproducción biológica así como la reproducción social de los miembros de la familia. En segundo lugar, el rol productivo, a través del cual se realiza todo el trabajo ejecutado de forma remunerada, ya sea en salario o en especies, producción de mercancías con valor de cambio, así como la producción de subsistencia o doméstica, con valor de uso y toda aquella que tenga un valor de cambio potencial. [...] Por último el rol socio-comunitario, que comprende todas las actividades que se realizan en la comunidad para asegurar la reproducción familiar, la defensa y mejora de las condiciones de vida de la comunidad y de la organización comunitaria, incluidas la participación en actividades cívicas, religiosas, políticas y en las organizaciones sociales (Alegre et al., 2015, pp. 24–25).

Los límites entre las esferas en las que las mujeres desempeñan estos roles no siempre son claros, y sobre todo en el medio rural, una misma actividad puede ser considerada como productiva, si genera una mercancía con un valor de cambio potencial, o reproductiva, en tanto se la percibe como una extensión de las tareas domésticas requeridas por la unidad familiar. De todas formas, teniendo en cuenta el triple rol de las mujeres, las autoras analizan su actividad laboral utilizando como herramienta metodológica al perfil de actividades, que se aplica para identificar las tareas que mujeres y varones realizan en su vida cotidiana (teniendo como base la división sexual del trabajo) y considerando también la cantidad de tiempo que se asigna a cada una, el momento del día y el lugar en el que se llevan a cabo.

Durante el trabajo de campo realizado (grupos focales con mujeres y/o varones y entrevistas semi estructuradas a líderes de organizaciones de productores rurales, técnicos y técnicas de programas de desarrollo rural), las autoras encuentran una mirada patriarcal de las relaciones entre varones y mujeres en la división de tareas. El trabajo doméstico y de cuidado corresponde a las mujeres. Si bien algunas actividades aparecen compartidas con los varones, ellos sólo colaboran cuando pasan mucho tiempo en sus hogares por motivos laborales o cuando las mujeres tienen que trabajar afuera de sus casas. La participación de los varones en la limpieza, la cocina o el cuidado de los hijos es vista como una “ayuda”, siempre supeditada a sus otras tareas.

Por el contrario, en el caso de las mujeres lo que es considerado como “ayuda” es el trabajo productivo y los aportes que hacen a la economía doméstica, en lugar de ser pensados como “sostén” del hogar. Actividades como la huerta y la granja, llevadas adelante por las mujeres

en la totalidad del ciclo productivo, se encuentran en la esfera privada y se las considera como tareas reproductivas, o como parte de la “ayuda” que ellas hacen en sus casas. La débil frontera que existe entre estas actividades productivas y las actividades reproductivas, puesto que se hallan entre los límites del espacio público y privado, repercute en una intensificación de la carga de trabajo de las mujeres y genera largas jornadas en las que ellas no tienen tiempo disponible para sí mismas.

Una elección que aparece como una alternativa a la sobrecarga de trabajo, remunerado o no, es la de la migración a los pueblos y/o ciudades, asociados con una mejor calidad de vida. Si bien las autoras del estudio sostienen que el fenómeno migratorio no discrimina entre géneros, de acuerdo con el análisis cualitativo las condiciones y las motivaciones para irse del campo o quedarse difieren entre varones y mujeres. En general, el campo es asociado a la idea de escasez, precariedad y aislamiento, en contraposición a la ciudad, más ligada al progreso y a mejores condiciones de existencia. Pero en el caso de las mujeres, también se relaciona a la migración con la posibilidad de contar con una vivienda digna y de acceder a servicios o bienes que les permitan reducir su carga de trabajo doméstico.

Sin embargo, muchas familias deciden quedarse y buscar alternativas para desarrollarse en el campo. En este sentido se resalta la importancia de las organizaciones como espacios de participación para generar iniciativas o ideas respecto a qué hacer para evitar la migración y promover el desarrollo de los territorios. De acuerdo a esta investigación, las mujeres participan de los espacios de organización y lo ven como una alternativa de arraigo, en tanto contribuyen a generar proyectos concretos que permiten visualizar un futuro mejor para sus comunidades.

En última instancia, la finalidad del estudio es la de identificar necesidades y oportunidades de las mujeres rurales jóvenes, para señalar algunos nudos críticos en cuanto a la formulación e implementación de políticas e intervenciones que contribuyan a potenciar el rol que pueden cumplir en sus comunidades. A medida que se diluyen cada vez más las fronteras de lo rural para dar lugar a la noción de territorio, los anhelos y aspiraciones de las jóvenes se ven reformuladas. Mientras resisten el sacrificio que implica el trabajo en el campo si este permanece asociado al desgaste del cuerpo y la reproducción de la pobreza, rechazan la asociación de los roles de compañera y madre en la hegemonía del varón; la reclusión en el espacio doméstico deja de ser un mandato inexorable. De esta manera, surgen demandas por la ampliación de opciones de desarrollo económico y realización personal.

El estudio llega a la conclusión de que la disposición a superar la adversidad que muestran las mujeres, su capacidad de proyectarse en otros y en el tiempo, junto con la mayor educación y el desarrollo de nuevas habilidades, las colocan en una posición inmejorable para desempeñar tareas vinculadas con la producción (como la racionalización de la explotación agropecuaria, la ampliación de redes de comercialización, la dirección de las organizaciones) o externas a ella (como la formación profesional para satisfacer demandas locales específicas). En cualquier caso, debido a la adversidad del contexto, se afirma que “la disposición de las jóvenes del campo a realizar el esfuerzo de trabajar, estudiar, cuidar el hogar y participar es lo que permite pensarlas como promotoras del cambio” (Alegre et al., 2015, p. 251).

Esta concepción de las mujeres rurales como “promotoras del cambio” y como destinatarias de políticas públicas por parte de organismos de gobierno no es una novedad. En este sentido, la realización del estudio encargado por la UCAR en 2014 puede ser vista como un eslabón más de una larga cadena, cuyo comienzo parece ubicarse en las primeras décadas del siglo pasado, con la enseñanza del “Hogar Agrícola” impulsada por Tomás Amadeo desde la Dirección General de Enseñanza e Investigaciones Agrícolas del Ministerio de Agricultura de la Nación (MAN).

Las preocupaciones acerca de la distribución poblacional del país, el asentamiento de los productores y sus familias en el campo, y el crecimiento de la conflictividad social (sobre todo urbana, pero también en espacios rurales) son algunos de los motivos que llevan al surgimiento de proyectos y acciones dirigidas hacia las mujeres rurales desde principios del siglo XX. Estas propuestas se originan en distintos ámbitos, principalmente ocupados y dirigidos por hombres: espacios académicos, corporativos, y políticos, entre otros. Pero en muchas ocasiones son las propias mujeres, de extracción urbana y pertenecientes a la élite social y económica, las que se encargan de llevar a cabo estas acciones, que oscilando “entre la beneficencia y la capacitación de la mujer rural, habrían sido funcionales a los fines más amplios de los sectores dirigentes en torno de propiciar el arraigo a la tierra de la población rural” (Gutiérrez, 2007a, p. 186). En este sentido, a lo largo de la primera mitad del siglo se repiten los argumentos que sostienen la importancia del rol de las mujeres en el afincamiento de las familias y que al mismo tiempo las señalan como factores del éxodo rural (De Arce, 2009, 2016; Gutiérrez, 2007b, 2014).

En 1956, poco más de un año después del derrocamiento de Juan Domingo Perón, el gobierno de facto de Pedro Eugenio Aramburu decreta la creación del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) como un órgano autárquico del Estado. Los objetivos del

nuevo organismo consisten en “impulsar, vigorizar y coordinar el desarrollo de la investigación y extensión agropecuaria y acelerar con el beneficio de estas funciones fundamentales la tecnificación y el mejoramiento de la empresa agraria y de la vida rural” (Decreto-Ley 21.680, 1956, art. 1). Sus motivaciones están en consonancia con las ideas de tecnificación, mecanización y aumento de la productividad en el agro promovidas desde la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) y el Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas (IICA). Estos organismos desempeñan un papel central en el impulso a la institucionalización de los Servicios de Extensión Agropecuaria/Rural en toda América Latina entre las décadas del '40 y el '50 (Barrientos, 2008; Losada, 2003; Otero & Selis, 2016). En el caso argentino este impulso se apoya en las Agronomías Regionales y Locales ya existentes, y sobre todo en la experiencia de las “Agronomías Regionales Piloto” radicadas en Pergamino, Mendoza y Concepción del Uruguay desde 1952 (Ivickas Magallán, 2017; León & Losada, 2002; Losada, 2005).

La percepción del hogar rural como una unidad de carácter agrícola-ganadera y de la comunidad rural como un agrupamiento social, natural y político, lleva a las iniciativas de extensión a trabajar con las familias de manera integral, mediante esfuerzos destinados a los distintos miembros de las mismas (Gutiérrez, 2007a, 2007b, 2014). Si bien esta forma de dirigirse a las familias rurales no es completamente novedosa, se reemplaza el concepto de “enseñanza agrícola extensiva” utilizado en la primera mitad del siglo XX y se actualizan los principios de la extensión agropecuaria. Este tipo de trabajo, central en las políticas del INTA, pretende acortar la distancia entre los productores y el Estado con el objetivo de generar condiciones culturales, sociales y económicas que contribuyan al desarrollo de sus comunidades, “entendiéndose a estas últimas no como aglutinamientos territoriales sino en función de valores, intereses y deseos compartidos” (De Arce & Salomón, 2018, p. 9).

Es en este contexto que se desarrolla el Programa “Clubes del Hogar Rural”, haciéndose eco de iniciativas gubernamentales anteriores como las Escuelas del Hogar Agrícola, y de agrupaciones privadas preexistentes como la Asociación Femenina de Acción Rural (AFAR). Entre la continuidad y la renovación, los Clubes del Hogar Rural (CHR) construyen percepciones acerca de las familias rurales y expectativas sobre las mujeres, expresadas en el diseño de la política por parte de esta agencia gubernamental. Según se afirma en sus objetivos, el programa “Hogar Rural” busca capacitar a las mujeres rurales y generar un espacio de encuentro entre ellas, con el propósito de contribuir al desarrollo económico,

social y cultural del agro, elevando el nivel de vida de los grupos familiares y de las comunidades en las que se establecen.

Los “Clubes” son formados por mujeres mayores de 18 años que, sin necesidad de abonar cuota alguna, se reúnen una o dos veces por mes, por lo general en algún lugar prestado para tal fin (puede ser una escuela, una chacra, una casa, etc.). En estas reuniones asisten a demostraciones de las técnicas extensionistas del INTA –las asesoras de Hogar Rural–, discuten ideas y planes de trabajo, e informan a las demás asistentes acerca de los proyectos que están llevando a cabo. En un primer momento estos proyectos tienen un alcance limitado y están circunscriptos a la formación individual de las “socias” –las integrantes de los CHR–: preparación y conservación de alimentos, corte y confección, horticultura y primeros auxilios, son algunos de los temas trabajados en los primeros años. Con el paso del tiempo la escala se amplía y los proyectos se complejizan: desde los Clubes Hogar Rural las socias impulsan el saneamiento y la electrificación rural, llevan adelante campañas de vacunación, construyen refugios peatonales y arreglan caminos, asisten en barrios de emergencia y propician la construcción y el mejoramiento de viviendas, entre otras actividades.

En este marco general, el objetivo principal de esta tesis es describir y analizar la formulación y objetivos del Programa “Clubes del Hogar Rural” del INTA, comprendido como política social agraria, entre 1958 y 1974. Este programa se pone en marcha durante un período histórico en el cual se acentúa el proceso de disminución de la población rural absoluta y relativa debido a la importante migración hacia zonas urbanas,² en consonancia con las transformaciones en los modelos productivos (Barsky & Gelman, 2009, pp. 401–417; Reboratti, 2007, p. 92). Al mismo tiempo, los roles de género y las expectativas en torno a ellos sufren alteraciones y, al menos en el ámbito urbano, es posible corroborar un aumento considerable de la participación femenina en el mercado de trabajo (Palomino, 1987, pp. 19-21. Citado por Lobato, 2007, p. 58).

Realizar un análisis integral del Programa contribuye al conocimiento de las concepciones del Estado de la vida rural y del lugar que las mujeres ocupan en ese ideal y, en este caso, se ve resaltado por el contexto histórico en el que se inicia y se desarrolla. La hipótesis de esta investigación es que el Programa Hogar Rural del INTA tiene en su primera etapa –la que aquí se analiza– una doble potencialidad. Por un lado, como un instrumento estatal para

² Para conocer el porcentaje de población urbana y rural a nivel nacional y la migración neta por regiones y provincias entre 1914 y 1970, véanse los cuadros 2 y 3 en De Arce, 2016, p. 74. Para la provincia de Buenos Aires, véase el cuadro 1 en Gutiérrez, 2014, p. 223.

operar sobre el arraigo de las familias rurales, de forma similar a sus antecesores, de acuerdo con la percepción de las mujeres como factor clave del éxodo. Por otro lado, como herramienta de promoción de liderazgos entre las mujeres participantes, al constituir las como referentes en sus comunidades y contribuir a la realización de proyectos con impacto real en sus regiones de origen.

Antecedentes en el estudio de la extensión rural

En los últimos años, distintas aproximaciones a la historia de la extensión rural en la Argentina han producido una serie de trabajos que exploran diferentes aspectos. Algunos autores se ocupan de caracterizar la trayectoria recorrida por las políticas de extensión a lo largo del siglo XX, haciendo hincapié en las transformaciones experimentadas y en la relación entre los diferentes enfoques que guiaron su accionar (Barrientos, 2008; Tort, 2008). Otros, se centran en la institucionalización de la extensión rural a partir de la creación del INTA, enfocándose en los orígenes de este organismo.³ En estos artículos se resaltan tanto las influencias extranjeras como los antecedentes nacionales de la institución (León & Losada, 2002; Losada, 2003, 2005). Por su parte, las publicaciones oficiales del Instituto se han encargado de destacar los resultados de las políticas extensionistas en relación con el desarrollo agropecuario y el mejoramiento de las comunidades (Anuch, 1981; INTA, 1996, 2006; Reichart, 1962, 1994). El mismo objetivo es perseguido por el organismo desde su sitio web utilizando diversas herramientas: la exposición de los programas de extensión actuales (INTA, 2019a); la presentación de aquellos trabajadores y trabajadoras que fueron protagonistas de la investigación y la extensión en el INTA (INTA, 2019b); y la promoción de un capítulo del ciclo “Territorios de Ciencia” producido por Canal Encuentro, en el que se explora la historia del Instituto (INTA, 2019c).

Otros estudios analizan la relación entre los paradigmas de desarrollo y la modificación de los contenidos y enfoques de las agendas a lo largo del tiempo. Por un lado, se destaca la continuidad institucional del INTA, producto de la capacidad de adaptación de sus enfoques y metodologías a los distintos contextos en los que desarrolla su actividad (Alemany, 2002). Por otro lado, se rescata el concepto de “agricultura familiar” y la importancia que se le asigna en los distintos proyectos de desarrollo rural en los sucesivos paradigmas (Carballo González, 2007). También se han examinado los alcances y las limitaciones de la inclusión

³ Durlach (2005) realiza un relevamiento de la bibliografía que tiene al INTA como objeto de estudio desde su creación hasta los inicios del siglo XXI.

de la perspectiva de género en las políticas de extensión rural (Alonso & Tiscornia, 2013), mientras que otros han puesto el acento en el aspecto educativo y pedagógico de este tipo de iniciativas (Moscatelli & Tomino, 2006).

Por otra parte, se ha abordado la relación entre las funciones de investigación y extensión a lo largo de la trayectoria institucional del INTA (Albornoz, 2015; Frank & Torrado, 2006). También se ha explorado el efecto de las transformaciones socio-económicas y políticas en las iniciativas de extensión, particularmente en el período 1973-1983 (Gárgano, 2017b). En este caso, se hace hincapié en las disputas libradas al interior del organismo en torno a las estrategias y enfoques de la extensión rural, y en las consecuencias derivadas de la resolución de estos conflictos. Por su parte, de Arce y Salomón (2018) se centran en las figuras de los extensionistas para mirar al INTA “desde adentro” y así poder abordar la implementación y el desarrollo efectivo de las iniciativas, entre la creación del organismo y la década del ‘80.

En sentido estricto, las políticas de extensión rural dirigidas específicamente hacia jóvenes y mujeres han sido examinadas con menor frecuencia. La labor de las extensionistas del Programa Hogar Agrícola dependiente del Ministerio de Asuntos Agrarios de la Provincia de Buenos Aires (1941-1991) ha sido analizado por Selis, Otero y Barrionuevo (2017), quienes consideran que los pocos trabajos que abordan la Extensión Rural desde un enfoque de género lo hacen centrándose en los destinatarios de los proyectos. Por otro lado, Alejandra de Arce (2017) destaca la inserción de las ingenieras agrónomas entre los expertos y técnicos estatales a lo largo del siglo XX, a partir del aprovechamiento de ciertos espacios pensados como femeninos (ligados a la educación, la economía doméstica y la acción social) que se generan en los proyectos estatales de extensión agropecuaria dirigidos hacia las mujeres.

En un artículo acerca del surgimiento y la primera década de trabajo del INTA, Ivickas Magallán (2017) resalta la importancia en los objetivos del organismo de la extensión rural, dirigida no sólo al mejoramiento de la producción sino también al trabajo con mujeres y jóvenes. En el caso del Programa Hogar Rural, se destacan los folletos de divulgación que buscan crear un imaginario común entre las participantes. En este sentido, el rol de las mujeres coincide con las ideas propuestas por Arturo Frondizi (presidente entre 1958 y 1962, los primeros años de funcionamiento de los Clubes) con respecto a la racionalización de la economía y el arraigo de los productores y sus familias en el campo.

Por su parte, Gutiérrez (2014) se enfoca en las iniciativas dirigidas a las mujeres rurales en la provincia de Buenos Aires entre fines de los años ‘50 e inicios de la década del ‘90, entre las

cuales se encuentra la creación de los Clubes del Hogar Rural. Los principales interrogantes planteados por la autora tienen que ver con los objetivos y actividades de las políticas a analizar, así como con el impacto de los cambios políticos y socioeconómicos en la formulación de dichas propuestas. Por otra parte, también se busca rastrear la existencia de una línea de continuidad entre estos proyectos e iniciativas anteriores, mientras que se destaca la necesidad de considerar la participación de los actores sociales involucrados en los programas.

Esta revisión bibliográfica permite comprender la institucionalización de la extensión rural desde la creación del INTA y la contextualización de sus objetivos y actividades en el transcurso del tiempo. Sin embargo, los programas de extensión no han sido aún estudiados en tanto políticas sociales agrarias, a pesar de que este carácter se evidencia en su formulación. Tampoco han sido analizados desde una perspectiva de género, un abordaje clave para entender el funcionamiento de estas políticas que dividen por género y generaciones a sus destinatarios. En este sentido, esta investigación busca aportar un análisis integral del Programa Hogar Rural entre 1958 y 1974, entendido como una política social que busca el desarrollo de la comunidad y desde una perspectiva de género, que nos permita reconstruir y comprender las concepciones y expectativas que se producen sobre las mujeres y su lugar en las familias rurales y en la organización de la producción.

Este estudio se centra en el primer período del Programa, finalizado en el año 1974. En ese momento se interrumpen las actividades hasta su reactivación a partir de una reunión entre socias y extensionistas realizada en marzo de 1978 (INTA, 1981). En esta nueva etapa el INTA continúa auspiciando económicamente a los Clubes pero delega algunas tareas en la Asociación Argentina Hogar Rural (AAHR), una asociación civil creada por el propio organismo. El objetivo principal de esta institución es “agrupar a los Clubes y Grupos Hogar Rural que bajo el auspicio del INTA funcionan en todo el ámbito de la República” con el propósito de promover la realización de proyectos, auspiciar el intercambio de socias de distintos lugares del país y facilitar la realización de reuniones de carácter regional, nacional e internacional.

El Programa no es discontinuado en un momento exacto, sino que es abandonado gradualmente a lo largo de la década del '80, hasta desaparecer completamente a principios de los '90. El retraimiento del INTA desde la creación de la AAHR se evidencia en dos sentidos. Por un lado, algunas comunidades y grupos de mujeres quedan privadas de asesoramiento y reclaman la presencia de extensionistas en Hogar Rural (INTA, 1980, p. 19).

Por otro lado, la disminución de la participación de sus autoridades en los encuentros a nivel nacional entre las socias, genera una ausencia comentada y criticada por las asistentes a las Jornadas Nacionales de Clubes Hogar Rural (INTA, 1989, p. 29) que reemplazan a las Convenciones celebradas en la primera etapa.

Una justificación posible de la “retirada” del organismo estatal puede estar relacionada con la intención, presente desde un primer momento en los fundamentos del programa, de que los Clubes surjan por iniciativa de las comunidades y que simplemente reciban un impulso en forma de asistencia técnica por parte del INTA, a través de las extensionistas. En este sentido, una vez consolidados los grupos y creada la AAHR, el papel de la agencia gubernamental podría pasar a un segundo plano. Otra explicación podría estar ligada al cambio de enfoque sufrido a mediados de los '70 por la extensión rural, que empieza a ser entendida principalmente como facilitadora de la transferencia de tecnología en desmedro de su perfil más vinculado con los aspectos sociales (Albornoz, 2015). En este sentido, programas de extensión como los Clubes del Hogar Rural o los Clubes 4-A,⁴ que trabajan con mujeres y jóvenes rurales respectivamente, dejan de ser prioritarios para el INTA. Por este motivo, consideramos que la segunda etapa de desarrollo del programa, cualitativamente diferente a la primera, excede el marco de esta investigación.

De esta manera, este estudio se centra en el primer período de implementación del Programa (1958-1974) para poder caracterizar las representaciones socio-culturales sobre el papel de las mujeres rurales en el desarrollo de la comunidad que se producen en la formulación de esta política pública. Uno de los objetivos específicos es el de identificar las tareas asociadas con las mujeres rurales en las propuestas de trabajo de los Clubes Hogar Rural, mientras examinamos las continuidades y/o rupturas con el “ideal de mujer rural” en tanto factor de arraigo de las familias en el campo, sostenido en los discursos estatales y privados en la

⁴ Herederos de los Clubes Juveniles Rurales creados por la Dirección de Agronomías Regionales del MAN en 1954, los Clubes 4-A constituyen el canal institucional del INTA específicamente dedicado al contacto con las juventudes, a través del cual se organizan diversas actividades recreativas y capacitaciones. Se trata de agrupaciones de jóvenes de ambos sexos de 10 años en adelante, modeladas a imagen y semejanza de los Clubes 4-H del sistema de extensión rural estadounidense, cuyo objetivo es “formar hombres y mujeres sanos y fuertes, honrados y capaces, rectos y laboriosos, útiles a la comunidad y a la patria” (INTA, 1969). Ante las limitaciones que impone la vida en el campo a los jóvenes, los Clubes 4-A otorgan oportunidades “para afianzar el carácter, desarrollar la capacidad de pensar por sí mismo y definir su personalidad”. El símbolo de los Clubes (un trébol de cuatro hojas con una “A” en cada una de ellas) “sintetiza el compromiso de cada joven al ingresar al Club: Acción para el progreso rural; Adiestramiento para capacitarme; Amistad para el mejor entendimiento; Ayuda para el bien común”. Junto con el asesoramiento técnico a los productores y los Clubes del Hogar Rural, los Clubes 4-A constituyen uno de los pilares de la actividad de extensión del INTA orientada al conjunto de la familia rural.

primera mitad del siglo XX. Al mismo tiempo, intentamos determinar la potencialidad de la iniciativa como herramienta de promoción de liderazgos entre las socias en sus comunidades.

Metodología y marco teórico

El marco teórico propuesto para esta investigación se sustenta en el concepto de género (Hartmann, 1981; Lobato, 2009; Scott, 2008, 2011) y en el análisis de las políticas públicas que sostienen Bohoslavsky y Soprano (2010), así como en los aportes de Ilari (2006) y D'Elia (2006) acerca de la especificidad de las políticas sociales. Para caracterizar a la extensión rural y los distintos enfoques que ésta puede adquirir, nos apoyamos en los trabajos de Sánchez de Puerta (1996), Huergo (2004) y Landini (2009; 2013). Con respecto a la relación entre el género y las políticas de desarrollo, consideramos esencial la revisión teórica realizada por Parella Rubio (2003) para rastrear los diferentes enfoques que se suceden en esta relación. Por otra parte, el estudio solicitado por la UCAR a Tiscornia y Alonso (2013) en el marco del Programa Regional de Fortalecimiento Institucional de Políticas de Igualdad de Género en la Agricultura Familiar del MERCOSUR, nos proporciona algunas claves en torno al análisis de las políticas públicas de extensión rural desde una perspectiva de género.

Joan Scott afirma que el género es un campo primario por medio del cual se articulan las relaciones simbólicas de poder, y los conceptos sobre aquél estructuran la organización concreta del conjunto de la vida social. El género, en tanto “elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias percibidas entre los sexos [...], implica cuatro elementos interrelacionados”, ninguno de los cuales resulta operativo sin los demás (Scott, 2008, p. 66). En primer lugar, los símbolos y los mitos que evocan múltiples (y hasta contradictorias) representaciones. En segundo lugar, los conceptos normativos que intentan limitar y contener las posibilidades metafóricas de los símbolos, y que se presentan como el resultado de un consenso social cuando en realidad son el resultado del conflicto. En tercer lugar, las instituciones sociales y las organizaciones económicas y políticas, cuyos roles en el proceso de construcción del género son tan importantes como el del sistema de parentesco. Por último, el cuarto aspecto del género es la identidad subjetiva.

En una sociedad capitalista y patriarcal, los varones son los principales responsables de la producción extra-doméstica de bienes materiales, mientras que las mujeres se encargan principalmente de la producción doméstica, que incluye las tareas necesarias para asegurar la reproducción biológica, social y cotidiana de las familias (Caldo, 2009; Hartmann, 1981;

Jelin, 2010). De esta manera, la familia estaría caracterizada por la unidad entre dos miembros con necesidades complementarias, y al mismo tiempo por la desunión causada por las diferentes relaciones establecidas entre cada uno de esos miembros y el proceso de producción.

Según Hartmann, la posición privilegiada de los varones en la jerarquía de las relaciones de género no depende únicamente de la vida familiar sino también de la organización de la producción. Ambos elementos se combinan y se confunden en las chacras abordadas por Kristi Anne Stølen (2004) como “sistemas de género” constituidos por prácticas concretas, ideas, interpretaciones y representaciones acerca de los roles y las relaciones entre varones y mujeres, así como de la masculinidad y la femineidad. En este sentido, afirma que “las chacras están organizadas de modo tal que pueden ser manejadas por dos adultos: un hombre, responsable de la agricultura, y una mujer, a cargo de la casa” (2004, p. 31). En Santa Cecilia, la comunidad rural del norte de la provincia de Santa Fe en la que Stølen lleva a cabo su trabajo de campo, la mujer ideal es definida como “casera”, un término que “tiene diferentes connotaciones; por un lado, se refiere a la capacidad de una mujer como madre y por otro, como ama de casa –atributos éstos de la femineidad” (2004, p. 135). Las relaciones entre varones y mujeres no se caracterizan por una oposición entre pares sino que se trata de relaciones de dominación y subordinación. De todas formas, la hegemonía de la dominación masculina no implica que las mujeres no tengan ninguna capacidad de maniobra o que acepten pasivamente los deseos y decisiones de sus maridos. Las relaciones de género se ordenan jerárquicamente pero no son fijas e inmutables, y requiere de mucho esfuerzo mantener la fachada del “orden de género” que en verdad esconde desacuerdos y desórdenes.

Para poder reflexionar acerca de la concepción que se construye desde los lineamientos del Programa Hogar Rural acerca de las mujeres y sus roles dentro de las familias rurales, consideramos que resulta pertinente retomar el concepto de “ideal de mujer doméstica”. Según Marcela Nari (2004), este “ideal” se consolida en la ciudad de Buenos Aires entre la última década del siglo XIX y la primera mitad del XX. En este período se puede apreciar la construcción y consolidación de un modelo de familia “nuclear, patriarcal, legitimado y legalizado por las leyes, cuyo padre detentaba el poder y era el proveedor material, vertebrado en la relación madre-niño, una madre-ama de la casa con poder moral sobre su esposo y su hijo [...] a cuyo cuidado quedaba dedicada la vida de la madre” (Nari, 2004, pp. 62–63). Por supuesto, no todas las unidades domésticas son un ejemplo de este modelo, pero su éxito como tal radica en su aceptación como lo normal, lo natural y lo deseable.

Más allá de sus resultados, el “ideal de mujer doméstica” puede funcionar “tanto [como] una estrategia de control y disciplinamiento como de promoción y emancipación de la mujer” (Nari, 2004, p. 71). Si bien limita sus posibilidades, subordinándolas social, jurídica y económicamente, quienes pretenden defender los derechos y la emancipación de las mujeres buscan construir, consolidar y extender un poder del ámbito doméstico al sociopolítico. En este sentido, las responsabilidades que se les asignan son mayúsculas, y es por eso que la relación mujer-hogar establecida por la división sexual del trabajo se ve reformulada en términos modernos, científicos y tecnológicos.

A pesar de la larga experiencia de saberes femeninos con respecto a los trabajos domésticos transmitidos de generación en generación, una batería científicista produce manuales y cursos de economía doméstica que es necesario que las mujeres acaten (Caldo, 2013). Uno de estos manuales es analizado junto a otras fuentes del período por Inés Pérez, quien sostiene que el trabajo doméstico cambia de modo sustancial en Argentina lo largo del siglo XX, en el marco de una transformación en las condiciones materiales en las que es realizado debido a la tecnificación del espacio doméstico. En este sentido, los discursos vinculados a la racionalización del trabajo doméstico (como muchos otros, originados en los Estados Unidos e importados a nuestro país, muchas veces acríticamente) refuerzan la división sexual del trabajo, en la que las amas de casa son las únicas responsables de estas labores.

Según Pérez (2011), los intentos de “taylorización” de las tareas del hogar y de racionalización de la vivienda otorgan una nueva visibilidad al trabajo doméstico, pero lo hacen a partir de un intento de maximizar el control y la estandarización de los cuerpos femeninos. En este sentido, si una familia es una “célula” del tejido social, entonces es necesario que su funcionamiento sea el correcto; al ser las mujeres los seres “naturalmente dispuestos al hogar [...] el destino de las familias, sus éxitos y fracasos, aparecían dependiendo, entonces, enteramente de las mujeres” (Nari, 2004, p. 73). En este sentido, surge el interrogante acerca de las particularidades que adquiere este supuesto ideal en el ámbito rural, un espacio en el que las mujeres suelen ser señaladas como las culpables de la migración familiar hacia las ciudades.

Con respecto al análisis de las políticas públicas, Bohoslavsky y Soprano (2010, pp. 23–28) proponen repensar al Estado y sus políticas a través de cinco ideas operativas. De acuerdo con su planteo, en primer lugar, es necesario pensar al Estado como un espacio polifónico y no como un actor unívoco y auto-consciente. En segundo lugar, es preciso personalizar al Estado teniendo presente, no sólo a las personas que producen y actualizan sus prácticas

cotidianas dentro de sus formaciones institucionales, sino también a aquellas poblaciones formalmente externas a aquél que interactúan cotidianamente con los agentes estatales. En tercer lugar, proponen realizar un análisis tanto a nivel macro-social como micro-sociológico, de trayectorias y experiencias individuales y grupales. En cuarto lugar, se debe comprender que el Estado es el resultado de múltiples presiones, tanto intra-estatales como provenientes de otras esferas, y las tensiones que se expresan en él no se derivan únicamente de las determinaciones emergentes de una estructura social clasista. Y por último, es necesario descentrar al Estado, desplazando la mirada hacia ámbitos social y/o geográficamente periféricos para alcanzar una imagen más real de las diferentes maneras en las que éste se expresa. Estas propuestas nos permitirán analizar el programa que constituye nuestro objeto de estudio.

Por su parte, Sergio Ilari (2006) define a las políticas sociales por su campo de acción, delimitado históricamente. Si bien se trata de una separación meramente formal y descriptiva carente de elementos analíticos, esto se debe a la falta de diferencias conceptuales y a la naturaleza “integral” de las políticas públicas, imposibles de ser distinguidas según sus fines u objeto. En este sentido, la especificidad discursiva y valorativa de las políticas sociales no se deriva de su propia naturaleza, sino de las expectativas acerca de la búsqueda de la equidad en el ámbito de la gestión social. Por supuesto, esta búsqueda no tiene características universales, sino que se ve condicionada por las distintas concepciones acerca de lo que se entiende por “equidad” en diferentes tiempos y espacios.

En una dirección similar, Yolanda D’Elia (2006) considera que la política social no es independiente ni opuesta a la política económica, sino que tienen más características en común que divergencias. Si se considera a las políticas públicas desde un punto de vista ético, se trata de políticas interdependientes en función de un conjunto de objetivos comunes y amplios relacionados con el bienestar y el desarrollo de la sociedad (D’Elia, 2006, p. 30). Sin embargo, en la práctica esto no siempre se manifiesta de ese modo. Cada proyecto político de sociedad representa una determinada relación de fuerzas sociales, responde a una estructura de poder en la sociedad y a las identidades e intereses de los actores que dominan en ella. La concepción de la política social y las acciones puestas en práctica serán cualitativamente diferentes según los valores que orientan la cuestión social, y según los actores que definan el contenido de esos valores.

Con estas herramientas teóricas como marco, a partir del análisis documental crítico de fuentes primarias (boletines y folletos informativos del INTA; estatutos, reglamentos, guías y

folletos explicativos del programa y los Clubes del Hogar Rural; informes de trabajo, memorias técnicas y otros documentos provenientes de las agencias de extensión del INTA y del Servicio Nacional de Extensión) procuramos rastrear en los lineamientos y objetivos del programa la construcción y la reproducción de un “ideal” para las mujeres rurales. Esta documentación, como fuente de información histórica, nos permitirá conocer aspectos del programa a estudiar, necesarios para interpretar las concepciones que sostiene esta agencia gubernamental acerca de las mujeres rurales y sus roles en la familia y en la producción agropecuaria nacional.

La técnica de análisis histórico que utilizamos en forma primordial es el análisis de contenido, como medio para ponderar el lenguaje de los documentos seleccionados y “...averiguar cosas sobre quienes lo[s] escribieron, sus intenciones, sus intereses, situación o importancia en un contexto social dado” (Aróstegui, 2001, p. 410). A partir de este análisis buscamos identificar los objetivos principales del programa "Hogar Rural", las concepciones y expectativas en torno a los roles de género que estos objetivos expresan, y su modificación o permanencia a lo largo del desarrollo del período seleccionado.

Como hipótesis de trabajo sostenemos que el Programa Hogar Rural del INTA tiene en su primera etapa una doble potencialidad. Por un lado, como instrumento para operar sobre el arraigo de las familias rurales; por otro lado, como herramienta de promoción de liderazgos entre las mujeres participantes, al constituir las como referentes en las comunidades que integran.

El recorrido propuesto para abordar los problemas y las preguntas planteados en esta introducción está organizado en cuatro capítulos.

En el primer capítulo revisamos las iniciativas de extensión agrícola destinadas a las mujeres desarrolladas por el Ministerio de Agricultura de la Nación previamente a la creación del INTA. Buscamos registrar los antecedentes en los cuales se apoya el Programa de Clubes del Hogar Rural, y las concepciones de las mujeres rurales por parte del Estado en la primera mitad del siglo XX.

En el segundo capítulo analizamos la importancia de la creación del INTA como un organismo que intenta aproximar a la investigación y a la extensión para obtener mejores resultados de ambas disciplinas. En este sentido, se destaca la influencia de distintas iniciativas de investigación en los lineamientos y en los modos de trabajo de los Clubes del Hogar Rural.

Los fundamentos y los objetivos de los Clubes son estudiados en el tercer capítulo. Al mismo tiempo, revisamos la metodología de trabajo implementada por las extensionistas, así como su rol en el desarrollo del Programa y en la evaluación de los resultados obtenidos. También abordamos la comunicación entre el INTA y las “socias” del Programa, las mujeres que forman parte de los CHR. Intentamos comprender las maneras en que el organismo intenta cooptar a las mujeres para que se integren a los Clubes, y una vez que lo hacen, qué tipo de información se les entrega y cuáles son las actividades que se les propone realizar.

Por último, en el cuarto capítulo examinamos las Convenciones Nacionales de Clubes Hogar Rural, cuya importancia reside en que constituyen la única instancia de encuentro a nivel nacional para las socias. Si bien asisten a las Convenciones un número reducido de mujeres, es posible pensar en estas “delegadas” como aquellas que son elegidas por los Clubes para representarlos, erigiéndose como líderes de sus grupos y sus comunidades.

En las reflexiones finales retomamos los objetivos, interrogantes e hipótesis para repensarlos a la luz del camino recorrido en los capítulos anteriores. Consideramos que este trabajo realiza un aporte a las miradas sobre las políticas agrarias en el siglo XX en nuestro país. En este sentido, buscamos contribuir al conocimiento de las concepciones del Estado de la vida rural y del lugar que se intenta atribuir a las mujeres en ese ideal, en un contexto histórico marcado por la inestabilidad y el cambio, a nivel social, político y económico.

Capítulo 1. La extensión agrícola orientada hacia las mujeres en la primera mitad del siglo XX

Los fisiócratas franceses, integrantes de una corriente de pensamiento que considera al sector agrícola como la pieza fundamental del sistema económico, se convierten al calor de la Ilustración del siglo XVIII en los principales exponentes de un movimiento que aboga por la extensión de los conocimientos científicos agrícolas a toda la población. Conciben a la agricultura, especialmente aquella que se ha modernizado, como la única fuente de riqueza, y es por eso que se dedican a la divulgación de nuevos conocimientos en este sector productivo. Estos esfuerzos no logran constituir un sistema operativo de extensión, pero sientan las bases sobre las cuales, durante el siglo siguiente, se desarrollan una serie de acciones educativas de manera cada vez más sistematizada.

Uno de los métodos más utilizados para difundir información es el de las “cartillas”, en las que se exponen conocimientos científicos sobre la agricultura en un estilo sencillo, accesible a agricultores de bajo nivel educativo. Sin embargo, ya en el siglo XIX comienza a percibirse que este tipo de divulgación de información y la enseñanza teórica en las escuelas son medios insuficientes para que los conocimientos agrícolas lleguen a los productores. En un esfuerzo por orientarse hacia una educación más práctica, impartida en el medio rural, surgen en Europa dos tipos de actividades que prefiguran lo que entendemos por “extensión” en la actualidad (Sánchez de Puerta, 1996, pp. 79–80).

Por un lado, se crean a lo largo de todo el continente las granjas modelos (de origen inglés, por lo general impulsadas por Sociedades Agrarias y, por lo tanto, de carácter privado) y las granjas escuelas (de origen francés, generalmente de carácter público). Por otro lado, surge la figura del “agente de extensión” y se forman los primeros Servicios Consultivos Agrarios. Estos agentes se acercan a sus “clientes” y los asesoran en sus puestos de trabajo, utilizando como método una enseñanza no formal y eminentemente práctica. Sin embargo, la población es entendida meramente como receptora del mensaje de los agentes, y no participa en absoluto en las decisiones respecto del contenido educativo. Debido a esta percepción, sumada al pequeño tamaño de los servicios y a la falta de receptividad por parte de los agricultores, no resulta sorprendente que el impacto de la extensión del siglo XIX haya sido mínimo. De todas formas, su legado resulta más importante que su efecto inmediato.

La actividad de los países europeos tiene una influencia importante en los Estados Unidos, donde las Sociedades Agrarias ya habían promovido la creación de centros de enseñanza privados (“institutos de agricultores”) desde los cuales realizan tareas de extensión. En 1862 se crea el Departamento de Agricultura de los Estados Unidos y se contratan agentes que trabajan con agricultores en pequeñas áreas geográficas, además de dedicarse a la investigación. Cuatro décadas más tarde se inicia un programa de extensión, protagonizado por los agentes del Departamento de Agricultura, que desplaza a los institutos de agricultores y sienta las bases para la institucionalización de esta práctica con la creación del Servicio de Extensión Cooperativa en 1914 (Sánchez de Puerta, 1996, p. 96). El objetivo principal de este organismo consiste en establecer un sistema de educación no formal para poner en manos del agricultor y su familia la información más útil y práctica obtenida por las investigaciones llevadas a cabo en las universidades.⁵

Los orígenes de la “enseñanza extensiva” en Argentina

Los primeros antecedentes de extensión agrícola en nuestro país se remontan a principios del siglo XX cuando las Escuelas de Agronomía comienzan a desarrollar labores de extensión de los conocimientos técnicos al medio rural. Estos primeros esfuerzos son formalizados a partir de 1908 con la creación de las Agronomías Regionales, dependientes del MAN, con la finalidad prioritaria de prestar servicios de asistencia técnica (Barrientos, 2008, p. 138). En el marco de un proceso de reorganización de la enseñanza agrícola, las Agronomías Regionales se transforman en pilares del sistema, y los profesionales a cargo de las mismas se convierten en los responsables de llevar a cabo las acciones de extensión previstas por el MAN (Gutiérrez, 2007b).

Según el Ing. Agr. Pedro Marotta, Jefe de la Sección Enseñanza Extensiva de la Dirección General de Enseñanza e Investigaciones Agrícolas del MAN, el objetivo de esta actividad es “difundir los conocimientos agrícolas, universalizándolos, en beneficio de los adultos, las mujeres y los niños que por diversas circunstancias, no pueden aprovechar los cursos regulares de las escuelas agrícolas” (1916, p. 3). En este sentido, se propone universalizar la

⁵ De acuerdo con el sitio web del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos, el Servicio de Extensión Cooperativa tiene una actuación destacada en momentos de grandes dificultades sociales y económicas a lo largo del siglo XX -como las dos guerras mundiales y la depresión de los años '30-, y logra cumplir uno de sus objetivos fundamentales: el aumento de la productividad agropecuaria (NIFA-USDA, 2019). Sin embargo, algunos autores sostienen que este éxito es alcanzado a expensas de la profundización del proceso de migración del campo a la ciudad, una tendencia que se intentaba revertir (Carlson, 1970; Rogers, 1988).

enseñanza y alcanzar a todas aquellas personas que deseen una instrucción agrícola, superando las barreras impuestas por “la carencia de recursos o las distancias infranqueables” (1916, p. 7). Para ello, los Agrónomos Regionales cuentan con diversos métodos: cursos temporarios, cátedras ambulantes, servicios de informaciones y consultas, experiencias cooperativas, concursos y exposiciones regionales, estímulos a las asociaciones y sindicatos agrícolas destinados a fomentar los intereses rurales.

En cuanto a los contenidos de este tipo de trabajo, la promoción de la granja como sistema productivo se transforma rápidamente en uno de los principales objetivos de la enseñanza extensiva. Uno de los Agrónomos Regionales del MAN, el Ingeniero Sebastián Godoy, es un ferviente impulsor de la granja, a la cual define como “una escuela y al mismo tiempo una gran industria extractiva y transformadora” (1915, p. 12). Para hacer una granja es necesario “formar al agricultor”, entendiéndose por tal a la familia que trabaja íntegramente dentro de la misma, y las tareas deben estar claramente delimitadas entre los varones, las mujeres y los jóvenes. Godoy considera que esta formación “es una obra esencialmente educativa, como tal requiere la intervención de una escuela, concebida en forma accesible a todas y a cada una de las poblaciones regionales, locales del país” (1915, pp. 27–28).

En un contexto de crisis signado por numerosas dificultades la granja aparece como la alternativa elegida por los sectores dirigentes para hacer frente a los problemas que afectan a la economía agroexportadora pampeana. A los efectos negativos de la Primera Guerra Mundial –retracción del flujo migratorio y de capitales, falta de bodegas y desventaja competitiva con Estados Unidos y Canadá– se les suman las limitaciones de la expansión horizontal agraria, el deterioro en los rindes y los altos costos de producción. El impacto de estas condiciones en la situación de los arrendatarios y la corta duración de sus contratos derivan en conflictos con los propietarios como el Grito de Alcorta y el surgimiento de una organización corporativa de pequeños productores, la Federación Agraria Argentina. De acuerdo con Noemí Girbal-Blacha (1989) ante este escenario la promoción de la explotación granjera –considerada la unidad de producción más apta para la región pampeana– busca minimizar los riesgos de la empresa agraria sin cuestionar la base tradicional del sistema productivo: el latifundio. En este sentido, durante las décadas del '10 y el '20 la granja es presentada como una alternativa coyuntural para

[...] aumentar la diversificación productiva, arraigar la población en el campo, convertir al agricultor en propietario en áreas cercanas a los centros urbanos y, en coexistencia con el latifundio predominante, desactivar la cuestión social y mejorar

las prácticas culturales para lograr un incremento en los rindes cerealeros y reducir los costos de producción (Girbal-Blacha, 1989, p. 77).

La difusión de la granja cuenta con el respaldo de los ingenieros agrónomos y de sus entidades representativas, a quienes Girbal-Blacha caracteriza como una “élite en el sentido agrícola” (1989, p. 107) por su importante rol económico y su presencia cada vez mayor en calidad de funcionarios públicos. Tomás Amadeo,⁶ Director General de Enseñanza e Investigaciones Agrícolas del MAN desde 1915, define a la enseñanza agrícola extensiva como un “arma poderosa de civilización, para hacer entrar en la mente de los agricultores y en las prácticas de las chacras argentinas, el concepto y la organización moderna de la granja, racionalmente explotada” (1916, p. 40). Desde su cargo en el MAN, este abogado e ingeniero agrónomo lleva a cabo un trabajo de reorganización de los servicios de enseñanza agrícola que incluye un enérgico impulso al servicio de la enseñanza extensiva, tanto por la intensidad del esfuerzo desplegado como por la amplitud del espacio geográfico abarcado. En el marco de este proceso se destaca la enseñanza del “Hogar Agrícola”, ideada por Amadeo a partir del ejemplo de distintos países europeos que buscaban impulsar la instrucción agrícola para mujeres con el objetivo de impedir el éxodo rural y “cimentar en las clases rurales el amor al hogar” (1913, p. 15). Ante la crisis que enfrentan las chacras argentinas, el surgimiento de movimientos colectivos de agricultores y la proliferación de asociaciones agrícolas de resistencia (sobre todo en la región pampeana, espacio clave en el esquema productivo nacional), Amadeo ve en este nuevo tipo de enseñanza una herramienta indispensable para el progreso del sector rural y sus pobladores.

Tomás Amadeo y las escuelas y cursos del “Hogar Agrícola”

A lo largo del siglo XX pueden registrarse dos constantes relativas a la producción rural y a su incentivación. Por un lado, la búsqueda de una nueva realidad para el país entero a través de acciones que mejoren la capacidad de trabajo y producción del campo; y por otro lado, la

⁶ Jurista e ingeniero agrónomo graduado de la Universidad de La Plata en 1904, se destaca por haber difundido aspectos de las cuestiones agrarias en el ámbito académico, la función pública y espacios de gestión privada. Además de dirigir la sección de Enseñanza e Investigaciones Agrícolas del MAN tuvo a su cargo las cátedras de Economía Rural de la Facultad de Agronomía y Veterinaria de la Universidad de Buenos Aires –institución de la que fue vicedecano en tres oportunidades– y de Legislación Agraria en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de La Plata –establecimiento del que ofició como decano–. En 1911 fundó el Museo Social Argentino, inspirado en el *Musée social* de París, con el objetivo de estudiar los problemas sociales de la Argentina y ejercer influencia sobre las acciones estatales orientadas a solucionarlos. Más adelante fue miembro del directorio del Banco Hipotecario Nacional, presidió la Cámara Argentina de Comercio y el Centro Argentino de Ingenieros Agrónomos, y fue vicepresidente de la Liga Nacional de Empleados Civiles. Véase <http://anav.org.ar/amadeo-tomas-aurelio-cj-ing-agrdr/>

certeza de que el atraso rural debe ser superado a partir de la incorporación de propuestas modernizadoras provenientes de los grandes centros urbanos productores de conocimiento. Sin embargo, las formas de encarar las iniciativas de extensión rural y los contenidos de las mismas sufren variaciones a lo largo del tiempo. Como explica María Isabel Tort, la extensión entendida como parte de un proceso de intervención sobre la sociedad (y no como un conjunto de actos aislados) está íntimamente ligada a los estilos de desarrollo que justifican a dicho proceso (2008, pp. 430–431).

En el marco de su investigación acerca de las políticas educativas agrarias en la región pampeana, Talía Gutiérrez trabaja ampliamente sobre las iniciativas de extensión orientadas hacia las mujeres rurales. En este sentido, afirma que el papel social asignado a las mujeres por parte de las élites rurales está asociado tanto al asentamiento del productor y de su familia, como al combate del conflicto social en tanto garante de la reproducción de sus condiciones de vida (Gutiérrez, 2007b, pp. 110–111). La mujer es vista como el agente central en el proceso de arraigo a la tierra y en la difusión de la producción granjera, el ideal que se propone para la región (pampeana). Al comenzar a vislumbrarse los límites de la expansión agrícola extensiva a partir de la década de 1910 el tema adquiere más urgencia; por este motivo se considera el impulso a la enseñanza del “Hogar Agrícola”.

En septiembre de 1912 se sanciona una ley que determina la compra o la expropiación del Palacio San José, que había pertenecido a Justo José de Urquiza, y sus terrenos circundantes por parte del MAN. La normativa también decreta el establecimiento de una escuela agropecuaria en ese espacio, pero no especifica el tipo de enseñanza que debe dictarse. Ante esta situación, Tomás Amadeo intenta ejercer presión para que la escuela instalada en el histórico edificio se dedique a la formación de maestras en la enseñanza de la economía agrícola doméstica. Esta escuela superior o escuela normal estaría destinada a formar al personal femenino de enseñanza agropecuaria y del hogar agrícola, proveniente de todo el país, para que luego estas maestras “vuelvan a sus respectivas regiones y constituyan centros nuevos de una acción social civilizadora en el ambiente rural” (Amadeo, 1913, p. 27).

Este intento de dar inicio a la enseñanza agrícola extensiva orientada hacia las mujeres sería infructuoso. Sin embargo, en 1915 se inaugura la primera Escuela del Hogar Agrícola, gracias a la donación al gobierno nacional por parte de la Comisión de homenaje a la memoria del Doctor Ramón Santamarina (cuyo nombre lleva la nueva escuela) de una superficie de tierra de cien hectáreas en el partido bonaerense de Tandil, para la instalación de una escuela de agricultura.

Según su propio reglamento, el objeto de esta escuela es enseñar a las mujeres jóvenes todos los detalles de la vida del hogar y de la industria agrícola, “habilitándose en esta forma a la mujer para su intervención en las administraciones rurales, así como para extender a todo el país los beneficios de este género de enseñanza” (MAN, 1915, p. 3). La creación de la Escuela del Hogar Agrícola responde al interés y a la urgencia de iniciar cuanto antes la instrucción doméstica y profesional de las mujeres rurales, complementando así las otras formas de enseñanza agrícola para varones que se encuentran organizadas a nivel nacional (Novillo, 1915). De esta manera, se busca inculcar principios de orden y de economía doméstica, fomentando en las clases rurales el amor del hogar.

Según el principal ideólogo de este nuevo tipo de enseñanza, el ya mencionado Amadeo, uno de los fundamentos de la nueva institución es la necesidad de “mejorar las condiciones de higiene y de confort en el hogar del agricultor para hacerle atractiva la casa y la residencia rural, así como también por razones sociales” (1916, p. 42). La importancia de trabajar con las mujeres radica en la afirmación hecha por Amadeo acerca de que “si la familia es institución fundamental y célula social, la mujer es su núcleo central” (Amadeo, 1947, p. 31).

La duración de los estudios es de un año dividido en dos semestres, y el programa comprende la enseñanza práctica y teórica de la arboricultura y horticultura, lechería, cría e industria del cerdo y de las aves de corral, agricultura general y especial, y nociones de economía doméstica (incluye cocina, lavado, planchado, higiene, orden interno, contabilidad y costura). Una vez egresadas de la escuela, las “maestras del hogar agrícola” tendrán la responsabilidad de llevar adelante una campaña de progreso social en el país mediante la constitución de un servicio de enseñanza extensiva para las mujeres del campo, con un florecimiento de instituciones y procedimientos especiales.

Esta enseñanza consiste en una preparación general de las mujeres para hacer atractivo al hogar rural y para contribuir a la autonomía económica de sus familias, mediante el aprovechamiento de todas las posibilidades de la chacra. El cultivo de plantas y la cría de animales son asimilados a la puericultura y a la dirección de una familia, razón por la cual “en ninguna carrera la mujer puede desenvolver mejor sus cualidades características” (Lombroso, 1923. Citado por Amadeo, 1947, pp. 34). Por otra parte, aquellas que quieran estudiar y tengan la posibilidad de hacerlo son incentivadas a seguir los altos estudios de la

carrera agronómica.⁷ Su misión inmediata una vez recibidas será la instrucción profesional agrícola de otras mujeres.

Sin embargo, este tipo de acción extensiva debe enfrentar obstáculos que no favorecen la concreción de sus objetivos, y cuya superación demanda la modificación de aspectos estructurales de la organización productiva agrícola que no se pretende revisar. Las condiciones de subsistencia en el campo están mediadas por diversas situaciones, tales como la precariedad de los contratos de arrendamiento y la especulación económica de los chacareros con el objetivo de lograr la máxima ganancia en el menor tiempo, a costa del confort familiar.⁸ La lógica productiva implica “maximizar las ganancias en el menor tiempo posible sin darle gran valor –salvo excepciones– a los aspectos de confort hogareño, tanto entre agricultores arrendatarios como propietarios” (Gutiérrez, 2007b, p. 119). En la región pampeana, la organización de la producción responde a una racionalidad económica que no otorga gran importancia a la necesidad de la preparación técnica del agricultor y su familia.⁹

Otras dificultades que deben enfrentar las iniciativas de extensión rural hacia las mujeres son la falta de presupuesto y el desinterés de las autoridades nacionales y/o provinciales, razones por las cuales en 1917 es clausurada la escuela inaugurada en Tandil dos años antes (Amadeo, 1947, p. 69). A partir de ese momento la enseñanza del hogar agrícola se mantiene viva gracias a los cursos temporarios que comienzan a dictarse en distintos puntos del país, principalmente en la provincia de Buenos Aires, donde se desarrollan un tercio de los cursos dictados entre 1917 y 1946.¹⁰

Con respecto a los resultados de los cursos y a las conclusiones que pueden deducirse de ellos, Amadeo afirma que “ha sido el continuo contacto de las alumnas con sus maestras lo que ha transformado a aquéllas en otra clase de mujeres, más conscientes de sus responsabilidades y de sus obligaciones en la familia y en la sociedad, constituyéndolas así en activas y eficaces propagandistas del mejoramiento rural” (1947, p. 70). Los informes de algunos de los cursos nos acercan las percepciones que las maestras encargadas de dictarlos tuvieron acerca de su desarrollo y los resultados alcanzados.

⁷ En 1928 había tres egresadas de la Facultad de Agronomía de La Plata (Amadeo, 1947, p. 35).

⁸ Acerca de la estructura social agraria, el surgimiento de la cuestión social rural y las estrategias de los agricultores –propietarios, arrendatarios y aparceros– de la región pampeana en las décadas del '10 y el '20, véase el capítulo VII en Barsky y Gelman, 2009.

⁹ Acerca de las particularidades del modo de vida y la cultura rural chacarera en la provincia de Buenos Aires durante la primera mitad del siglo XX, véase Balsa (2002, 2006).

¹⁰ Ver Ponce de León, 1946, pp. 17-20, citado por Gutiérrez, 2007b, p. 117 y 167.

En el informe del curso dictado en el partido de 25 de Mayo (provincia de Buenos Aires) desde el 15 de septiembre hasta el 23 de diciembre de 1918, su directora –Esperanza Villanueva–¹¹ destaca la evolución de las alumnas a medida que pasan las clases. Al experimentar de primera mano la “diferencia en modales, aspiraciones y preparación de una alumna al empezar las clases y al terminar, puede apreciar cuánta falta hacen estas escuelas en la campaña de nuestra extensa República” (Amadeo, 1947, p. 120). En otro informe, esta vez del curso llevado a cabo en Norberto de la Riestra (provincia de Buenos Aires) entre el 15 de octubre de 1919 y el 1 de febrero de 1920, Villanueva relata su experiencia recorriendo las chacras de la zona al hacer la inscripción de las alumnas. Allí realiza una desalentadora descripción del hogar campesino: los agricultores no sólo viven sin confort sino que no tienen lo mínimo indispensable para hacer agradable la vida, lo que ocasiona la falta de cariño por el campo y hace más tentadora la migración a la ciudad. Además, la ausencia de placeres en el hogar hace que los hombres malgasten su dinero en “diversiones” y alcohol. Según la directora, esto se debe a la falta de instrucción y cultura general de las mujeres, y es por eso que si ellas “tuvieran nociones de sus deberes como esposas, como alegres compañeras del agricultor, y como madres, esto no sucedería” (Amadeo, 1947, p. 128). Estas son las enseñanzas que deben ser llevadas a los hogares de los agricultores por las maestras del Hogar Agrícola.

María Magdalena Peragallo, encargada de un curso temporario en su colonia natal de Hocker, provincia de Entre Ríos, escribe en diciembre de 1920 que el curso “educa, imponiendo hábitos de cultura en el gusto y hasta en el lenguaje, cosa que hace más agradable a la mujer, sin quitarle nada de lo que exige de ella la vida campesina y al frente de un hogar que es, será y debe ser agrícola” (Amadeo, 1947, p. 73). Por otro lado, la señorita Carmen Grimaldos, maestra del Hogar Agrícola y directora del curso temporario dictado en Casilda en 1918, presenta un trabajo sobre este tipo de enseñanza al Congreso Continental Sudamericano de Lechería. Allí la maestra se queja de la falta de instituciones que se ocupen de la mujer de campo, a diferencia de lo que sucede en las ciudades. Debido a este olvido por parte de las instituciones, afirma, la mujer de campo se encuentra desamparada, aislada y desvalida por su falta de vinculaciones y su ignorancia (Amadeo, 1947, p. 141).

¹¹ Maestra de instrucción primaria, es una de las 45 “maestras del hogar agrícola” egresadas de la Escuela “Ramón Santamarina” inaugurada en Tandil en 1915. Además de dirigir los cursos del Hogar Agrícola dictados en localidades bonaerenses como 25 de Mayo, Norberto de la Riestra y Pergamino, se encarga de impartir nociones de horticultura y arboricultura.

En 1923, gracias a la iniciativa del fray Julián Lagos, la sociedad Pan de San Antonio de Padua funda una nueva escuela superior destinada a formar maestras del Hogar Agrícola, a semejanza de la extinguida escuela de Tandil: el “Hogar Agrícola Modelo”. Algunas maestras egresadas de la Escuela “Ramón Santamarina” prestan sus servicios en esta institución, mientras que las maestras que egresan de la escuela de Padua rápidamente encuentran ocupación en el MAN, en las provincias y en las reparticiones escolares (Amadeo, 1947, pp. 76–77). Sin embargo, este establecimiento apenas supera la década de vida: es cerrado en 1935 (Gutiérrez, 2007b, p. 119).

Otras iniciativas de este tipo en la región pampeana incluyen a la Escuela del Hogar Agrícola “María Mazzarello” fundada por las Hijas de María Auxiliadora¹² en el partido de Seis de Septiembre (actual partido de Morón) y la Escuela de Granja y Economía Doméstica San José para Niñas, ubicada en Balcarce. Además, desde 1917 se dictan en la provincia de Buenos Aires cursos temporarios de perfeccionamiento agrícola para maestras, y cursos del hogar agrícola que se imparten durante más de dos décadas, con algunas interrupciones entre 1932 y 1938 (Gutiérrez, 2007b, p. 116). En sus inicios estos cursos dependen del Ministerio de Obras Públicas provincial, y al crearse más tarde el Instituto Autárquico de Colonización en 1936 pasan a dirigirse a sus colonias.

La enseñanza agrícola extensiva en la década del '40

Los límites del modelo agroexportador que habían empezado a manifestarse a mediados de la década del '10 se muestran de manera aún más explícita tras la crisis financiera mundial desatada por la caída en la bolsa de Nueva York en octubre de 1929. En el ámbito local las dificultades económicas tienen un correlato político, expresado en el golpe de Estado que derroca al gobierno democrático de Hipólito Yrigoyen el 6 de septiembre de 1930. Tras un breve gobierno de facto encabezado por el teniente general José Félix Uriburu, entre 1932 y 1943 se suceden una serie de gobiernos conservadores cuya legitimidad es escasa debido a la utilización extendida del fraude electoral.

En un contexto en el que se evidencia la necesidad de mejorar la situación del agro y evitar el éxodo rural-urbano, el MAN aparece como el principal organismo estatal capaz de implementar políticas que aseguren el asentamiento eficaz de las familias en el campo y que

¹² En 1942 el MAN incorpora a esta escuela a su organigrama y encomienda a la Dirección de Enseñanza Agrícola el control de sus cursos y exámenes, encuadrando su enseñanza agropecuaria y del Hogar Agrícola dentro de la orientación oficial (MAN, 1942b, p. 4).

mejoren su calidad de vida. En este sentido, los objetivos de los ministros y funcionarios de esta repartición entre 1930 y 1943 se ven marcados por “estrategias de formación de una ‘conciencia agraria’ [...], el fomento del arraigo a la tierra, el aumento y diversificación de la producción y la educación rural” (De Arce, 2011). Los cambios en la estructura burocrática del MAN en este período responden a las diversas posturas de los sucesivos gobiernos y sus ministros, ante las dificultades de la agricultura nacional y regional.

Ejemplo de ello es la designación del Ing. Agr. Guillermo Aubone al frente de la Dirección de Enseñanza Agrícola el 3 de enero de 1939, que le otorga un nuevo impulso a esta actividad. Una de las principales novedades consiste en la publicación de una revista de la repartición, “destinada a documentar y difundir la enseñanza que emana de las actividades de sus escuelas y de la labor de su personal frente a las explotaciones agrícolas, ganaderas o industriales que tienen a su cargo” (MAN, 1939a, p. 5). Las diferentes secciones de la revista, llamada “Anales de Enseñanza Agrícola”, incluyen información acerca de las actividades de la repartición, crónicas de las escuelas, trabajos enviados por alumnos, egresados u otros profesionales del área, anotaciones generales de interés para docentes, y detalles acerca de leyes, decretos, resoluciones y disposiciones que afecten el desarrollo de las actividades concernientes a la Dirección de Enseñanza Agrícola.

En el primer número, publicado en septiembre de 1939, se hace referencia a las actividades llevadas a cabo por la Dirección “con el fin de divulgar conocimientos, impartir consejos y tratar por todos los medios a su alcance de mejorar las condiciones de vida y trabajo del agricultor argentino” (MAN, 1939b, p. 14). Uno de los medios utilizados son las “conferencias radiotelefónicas”, entre las que se encuentra el ciclo de audiciones “Voz del Hogar Agrícola” transmitido por LR6 Radio Mitre.

Las palabras del Ministro José Padilla en la inauguración del ciclo, el 5 de julio, remarcan la necesidad de radicar al agricultor y rodearlo de un ambiente grato para detener el éxodo que se observa en la población de los campos. En la misma línea que sus antecesores, Padilla sostiene que para lograr este propósito la acción de la mujer en el hogar y en el predio que lo rodea es imprescindible, en tanto puede embellecer la vida agraria y compensar al trabajador de la tierra por las horas de fatiga que ésta le exige. Su evaluación da cuenta de la naturalización de la estructura de género que caracteriza a las chacras del agro argentino. En este sentido, refuerza la correspondencia de estas tareas con el género femenino, al afirmar que “las enseñanzas del Hogar Agrícola [...] para la mujer campesina, le permitirán —si las

aplica con dedicación— desarrollar en la chacra la acción moral y material que a ella le corresponde” (MAN, 1939b, p. 14).

Guillermo Aubone, por su parte, abunda sobre las tareas que son consideradas una obligación para las mujeres, y sostiene que la misión de capacitarlas “es digna de todo estímulo y de toda ayuda por parte del Ministerio de Agricultura, pues en el hogar campesino está la grandeza de la economía nacional” (MAN, 1939b, p. 15). Por otra parte, se afirma que el ciclo fue un éxito y que “ha llenado una sentida necesidad en los hogares del agro argentino”, como lo demuestran las innumerables consultas realizadas desde distintos puntos del país al personal técnico del programa.

Sin embargo, a lo largo de la década de 1930 la enseñanza del Hogar Agrícola sobrevive únicamente gracias a los cursos temporarios y a iniciativas privadas, debido a la inexistencia de una Escuela dependiente del MAN donde se dicten cursos de manera regular. Para remediar esta situación, por intermedio de la Resolución 6327 del 26 de mayo de 1939 el Ministro Padilla ordena la anexión de un campo fiscal en Oliveros (provincia de Santa Fe) a la Dirección General de Enseñanza Agrícola, para la instalación en ese terreno de una Escuela del Hogar Agrícola.

En los fundamentos de la resolución se destaca la necesidad de “reimplantar la enseñanza del Hogar Agrícola destinada a las personas e hijas de los agricultores para mejorar las condiciones de vida en la chacra argentina” (MAN, 1939a, p. 95). También se resalta el beneficio que implica la centralización, en ese establecimiento, del personal especializado para impartir ese tipo de enseñanza, ya que de esa manera estarían en una situación ideal para poder “preparar adecuadamente los cursos temporarios del Hogar Agrícola que se requieren en otras zonas del país”.

La Escuela del Hogar Agrícola de Oliveros comienza a funcionar el 18 de septiembre de 1939. Al referirse a su importancia, se esgrimen argumentos en la misma tónica que aquellos expresados desde principios de siglo para justificar las propuestas educativas para mujeres. Es necesario “dotar a la[s] mujer[es] del campo de una instrucción adecuada al medio en el que le[s] toca actuar” para que cobren amor a la tierra; las esposas e hijas de agricultores (a las que siempre se piensa a partir de su relación con los varones) aprenderán a “ser las perfectas amas de casa en el hogar rural”, y al conocer las labores de la granja se “identificará[n] con los afanes del hombre de campo”; además, la instrucción de las mujeres es el primer paso para “crear la conciencia de que en el hogar campesino, aun en los más

humildes, puede haber higiene, hijos sanos y bien alimentados, trabajadores satisfechos y madres orgullosas y felices” (MAN, 1939b, p. 17).

En este sentido, a pesar del protagonismo alcanzado por algunas mujeres en diferentes movimientos y organizaciones ligadas al agro –como la FAA (de Arce & Poggi, 2015, 2016), el Museo Social Argentino y AFAR (de Arce, 2010; Gutiérrez, 2007a)– se evidencia una uniformidad a lo largo del tiempo en el ideal de mujer rural, como complementaria del varón rural y subordinada a él. De todos modos, la nueva institución no parece correr mejor suerte que sus antecesoras: en 1944, apenas cinco años después de su creación, el MAN publica un número especial de los Anales de Enseñanza Agrícola dedicado íntegramente al Hogar Agrícola en el que no se hace mención alguna a la escuela de Oliveros, ni siquiera para referirse a su cierre.

En estos años se produce una reestructuración del sector educativo del MAN, que implica la creación de la Sección “Hogar Agrícola” dentro de la flamante División de Enseñanza Extensiva, ubicada bajo la Dirección de Enseñanza Agrícola. El propósito de esta nueva sección, dirigida por la Ing. Agr. Amelia Ponce de León, es el de otorgarle un nuevo impulso a este tipo de educación, aumentando el cuerpo docente especializado, mejorando sus equipos didácticos y multiplicando los Cursos Temporarios (MAN, 1944, p. 4). Sin embargo, no se hace referencia a la inauguración de una nueva escuela, por lo que el único establecimiento con el que cuenta el MAN para la enseñanza del Hogar Agrícola es la escuela “María Mazzarello”, incorporada en 1942.

De esta manera, los cursos temporarios siguen siendo el principal método para impulsar las enseñanzas del Hogar Agrícola, lo que implica una enorme limitación a su área de influencia. Las mujeres siguen siendo vistas como factor de arraigo de la familia en el campo: el Ing. Agr. José Rivas, jefe de la División de Enseñanza Extensiva, considera que su preparación favorecería “el desarrollo de la familia rural, célula esencial de la Nación”. La misión del Hogar Agrícola es enseñarles a vivir “en armonía con su propio ambiente, a realizar noblemente su destino salvándola del espejismo de las ciudades, a interesarse por las industrias de la tierra [...] y así contribuir con mayor intensidad desde el hogar rural al bienestar general” (MAN, 1944, p. 4).

Se considera que para alcanzar estos objetivos es necesario preparar a las mujeres para ser “excelentes amas de casa”, que sepan ante todo cocinar, coser, y otras “tareas tradicionales de su sexo”. Por más duras que resulten algunas de ellas, si son vistas como parte del trabajo de

reproducción familiar, inevitablemente deberán poder realizarlas: “La mujer no debe reemplazar al hombre en los trabajos rudos, aunque hay algunos, propios de ella, como el ordeño, que resulta pesado, pero del cual no puede desvincularse” (MAN, 1944, p. 8). En este sentido se puede pensar en la construcción de un ideal de domesticidad rural “adaptable”, que incluye ciertas tareas productivas que en otros contextos podrían ser consideradas propias de los varones. Por otra parte, en un contexto en el que la industria comienza a disputarle al agro el lugar principal como base del desarrollo argentino –al menos en la teoría, si no en la práctica–, se destaca la preocupación por “iniciar a la mujer rural en la industrialización granjera, enseñándole a elaborar las materias primas que produce la zona, para que le rinda beneficio económico” (MAN, 1944, p. 8).

Los testimonios de las alumnas de los cursos temporarios publicados por el MAN en los “Anales” son, comprensiblemente, elogiosos. Pero esto no quiere decir que las mujeres reciban los conocimientos de manera pasiva y acepten sin cuestionamientos el rol que se les propone. Una anécdota del curso temporario realizado en 1944 en Máximo Fernández, una localidad del partido de Bragado (Buenos Aires), refleja al mismo tiempo el interés de las alumnas por adquirir nuevos conocimientos que exceden las tareas domésticas y la producción de granja, y la incomodidad de las autoridades ante esta actitud. Según José Rivas, en este curso las alumnas manifestaron su interés por conocer el funcionamiento del arado y del tractor. Se intentó satisfacer ese interés, para familiarizarlas con las necesidades del medio agrícola y así contribuir al arraigo. Sin embargo, Rivas aclara que “no se ha pretendido con esta enseñanza convertir a la joven rural en una agricultora, sino vincularla a la tierra en forma tal que nada de ella le sea extraño” (MAN, 1944, p. 8). Es decir que puede aceptarse una inquietud que esté por fuera del programa del curso, pero es imposible escapar de las expectativas que promueve este tipo de educación desde la división del trabajo y pensar en las mujeres como agricultoras o productoras; ese papel está reservado a los varones.

Más allá del tono celebratorio con el que se alude a los cursos temporarios en los “Anales” del MAN (“cumplen una labor educativa y social” y “sus resultados no dejan de ser alentadores y muchas veces magníficos”), se reconoce que éstos no logran resolver en forma integral el problema de la enseñanza agrícola para mujeres. Esta cuestión exige mayores esfuerzos y mayores medios por su magnitud, sobre todo si se la piensa a escala nacional, y un mayor esfuerzo por parte del Estado en su búsqueda de limitar las migraciones rural-

urbanas. Ante este problema se ensayan dos soluciones diferentes, que años más tarde tendrán una importante influencia en el Programa Hogar Rural del INTA.

Por un lado, se proyecta la creación de una Escuela Superior del Hogar Agrícola en el partido de Bolívar (Buenos Aires), de mayor envergadura que aquellas inauguradas en Tandil en 1915 y en Oliveros en 1939. El principal propósito de la institución planeada es completar la preparación general y profesional de maestras normales para que desarrollen “la enseñanza de las actividades agrarias de aplicación inmediata” (MAN, 1944, p. 35). El ciclo completo de dos años de duración comprende materias similares a las de los cursos temporarios, tales como nociones de granja, horticultura, arboricultura, lechería, telares, primeros auxilios, corte y confección, y cocina; pero también incluye otros temas más complejos (administración y contabilidad rural, sociología rural), algunas materias pedagógicas (metodología de la enseñanza del hogar, pedagogía de la enseñanza agrícola), y otras más ligadas al esparcimiento (deportes, gimnasia, música, canto y dibujo).

Mediante esta enseñanza se busca formar una élite femenina capacitada para elevar la condición social de las poblaciones rurales. Como señala Talía Gutiérrez (2007b, p. 228), las egresadas de esta nueva escuela son formadas con dos finalidades primordiales: que actúen en los cursos temporarios del Hogar Agrícola, impartiendo a las mujeres del campo conocimientos de granja y de economía doméstica, y que apliquen los nuevos planes de orientación agrícola (de acuerdo a los programas aprobados por el Consejo Nacional de Educación en enero de 1940) en la escuela primaria rural.

El 6 de junio de 1948 se inaugura en Bolívar el “Instituto Superior del Hogar Agrícola”, primero llamado “Mariano Unzué” (el donante de las tierras en las que se erige la institución) y luego denominado “Ing. Agr. Tomás Amadeo” en honor al principal promotor de esta modalidad educativa. En los primeros ocho años egresan como Profesoras del Hogar Agrícola un total de 138 alumnas, aunque el número de inscripciones cae drásticamente hacia el final del segundo gobierno peronista: de 17 nuevas alumnas en 1953, se pasa a 11 en 1954, y apenas 5 en 1955 (Gutiérrez, 2007b, p. 229). No obstante, el Instituto logra sobrevivir, y en los años siguientes se convierte en una fuente de mano de obra para el Programa Hogar Rural,¹³ la iniciativa de extensión orientada hacia las mujeres del INTA, objeto principal de análisis de esta tesis.

¹³ En el año 1972, del total de 134 Asesoras del Hogar Rural, 45 son egresadas del Instituto Superior del Hogar Agrícola de Bolívar (Piangiarelli de Vicién, 1972b, p. 5).

Por otro lado, para “mantener un vínculo permanente entre [la Sección “Hogar Agrícola”] y las mujeres rurales [...] con la finalidad de facilitar la acción de asesoramiento y el seguimiento posterior de las actividades” se adopta la medida de fundar “Clubes del Hogar Agrícola” en aquellas localidades en las que se dicta un curso temporario (Gutiérrez, 2007b, p. 166). De esta manera, se constituyen Clubes en localidades tales como Trenel (MAN, 1946, p. 59) y Realicó, en La Pampa, y Rosario de la Frontera, en Salta.

Estos clubes “pone[n] en evidencia [...] cuán necesario es prolongar el ciclo educativo en su faz práctica”. Las alumnas regresan al aula convertida en taller, hermanadas por el anhelo de trabajar para ellas y para el club, en un esfuerzo cuya materialización contribuye al mantenimiento de vínculos sociales y de trabajo en la comunidad (MAN, 1944, p. 18). De esta manera se supera la limitación de los cursos temporarios, y se extiende su “efecto virtuoso” en el tiempo. Poco más de una década más tarde, con estas experiencias como antecedentes directos y en el marco de una nueva mirada sobre el desarrollo, las comunidades rurales y la extensión agraria, el INTA llevará adelante el Programa y los Clubes del Hogar Rural.

Por fuera del ámbito estatal, debemos señalar a dos iniciativas que comparten destinatarias y objetivos con la enseñanza del Hogar Agrícola del MAN. Por un lado, en 1942 se crea la Asociación Femenina de Acción Rural (AFAR) como una sección del Museo Social Argentino, institución fundada tres décadas atrás por Tomás Amadeo. Debido a esta conexión, es lógico que los postulados de AFAR sean muy similares a los que hemos descripto para la enseñanza del Hogar Agrícola: si bien una de las propuestas proviene del ámbito de gestión pública y la otra de la gestión privada, ambas habían sido concebidas por la misma persona, con fines parecidos. AFAR busca actuar en forma directa en el mejoramiento de las condiciones de vida de las mujeres rurales, a quienes considera como el centro nuclear de la familia y el eje de cohesión del hogar, revalorizando su papel pero desde “una posición sumamente conservadora” (Gutiérrez, 2007a, p. 197). En pos de este objetivo, realiza cursos del hogar agrícola en diversas localidades rurales que se complementan con la creación de “Clubes AFAR” similares a los instituidos por el MAN.

Gracias a gestiones institucionales y al aprovechamiento de sus redes familiares (la agrupación es manejada por integrantes de la élite social y política de Buenos Aires) no parece haber conflictos mayores en la relación entre AFAR y el MAN, a pesar de superponerse algunas de sus tareas, a tal punto que el propio Ministerio colabora con los cursos de la Asociación enviando personal y otorgando los certificados de asistencia. Sin

embargo, la llegada del justicialismo al poder introduce un elemento de conflicto en la relación, debido a la intervención del Museo Social por parte del gobierno y a su paulatina captación de la asistencia social. Tras el derrocamiento de Perón en 1955 la Asociación cobra relevancia nuevamente, y es invitada por el INTA a participar del Seminario de Economía Doméstica en Extensión Agrícola en 1960 y de la Segunda Convención Nacional de Clubes Hogar Rural en 1961.

Por otro lado, desde 1940 la Federación Agraria Argentina (FAA), una organización que nuclea principalmente a pequeños y medianos productores agrícolas, incluye dentro de sus actividades una serie de cursos de capacitación para las mujeres agrarias. Se trata de “cursos femeninos desarrollados en el ambiente de la misma chacra, tratando de utilizar en lo posible los elementos que habitualmente se encuentran en el hogar agrario” (INTA, 1960, p. 126), con una duración de entre 15 y 20 días. La FAA cuenta con un equipo de docentes especializados en su propio medio, cada curso se desarrolla en una localidad con una sola docente, y con las labores confeccionadas se efectúan exposiciones públicas periódicamente. Entre sus inicios en 1940 y 1959 la cantidad de cursos realizados se quintuplica (de 20 a 106) y la cantidad de alumnas se sextuplica (de 398 a 2564) (INTA, 1960, p. 127).

De acuerdo con Blanca Formía, una de las “maestras de labores”, las docentes se dirigen a los Centros Juveniles Agrarios de Capacitación de la FAA que las convocan desde distintos puntos del país; es decir, no es la Federación quien decide a dónde enviarlas, sino que son los Centros los que requieren de sus servicios (de Arce & Poggi, 2015, 2016). Si bien la mayoría de las asociadas son jóvenes solteras, la inscripción y asistencia está abierta para mujeres casadas. La actividad principal es la realización de manualidades, también se enseñan cuestiones de economía doméstica (que incluyen nociones culinarias) y se divulga la historia de la FAA, sus objetivos, reivindicaciones y fundamentos. A partir de 1963 se crean talleres permanentes de enseñanza femenina, en función de las necesidades de las jóvenes rurales según la Federación: capacitación y sociabilidad. En este sentido, se conforman talleres y diplomas con una duración de tres años, con objetivos prácticos y teóricos, con el fin de “elevar a la mujer de la chacra” (de Arce & Poggi, 2016, p. 93).

Las propuestas dirigidas a las mujeres rurales en la primera mitad del siglo XX son caracterizadas por Talía Gutiérrez como uno de los medios por los cuales los grupos dominantes agrarios buscan construir y consolidar su hegemonía sobre el resto de la sociedad (2007a, p. 186). Estas prácticas, que oscilan entre la beneficencia y la capacitación, buscan ser funcionales a los fines más amplios de propiciar el arraigo a la tierra de la población rural,

un objetivo que aparece claramente ligado a las mujeres en distintas iniciativas del Museo Social Argentino (MSA), como el Primer Congreso de Población de 1940 y la Encuesta sobre la condición de la mujer –elaborada por la Comisión Interamericana de Mujeres de la Unión Panamericana y respondida por el MSA– de 1946 (de Arce, 2009, 2010). Sin realizar cuestionamientos a problemas estructurales como los regímenes de propiedad de la tierra y ciertos aspectos de las condiciones de vida en el medio rural, se intenta evitar la supuesta conflictividad social que se derivaría de la emigración masiva a las ciudades. Las siguientes palabras de Amadeo parecen justificar esta interpretación:

Sostengo hoy como ayer [...] que hay que utilizar a la mujer para una amplia campaña de mejoramiento general, económico y social [...]. Si nos interesáramos más en las condiciones de vida de [la familia], del desarrollo de sus fuerzas intelectuales y morales, toda la agricultura prosperaría y ayudaría poderosamente al país a obtener un alto grado de riqueza y civilización (Amadeo, 1949, pp. 44–47).

Las Escuelas y los cursos del Hogar Agrícola, en su mayoría impulsados desde el Estado pero en parte también por iniciativas privadas, son las primeras acciones de extensión rural que tienen como población objeto a las mujeres. Además de proveerlas de una capacitación técnica se le otorga una gran importancia a la enseñanza de nociones de higiene, puericultura, primeros auxilios y economía doméstica. En este sentido, el rol asignado a las mujeres rurales es el de las encargadas de la reproducción familiar, mediante la realización de las distintas tareas domésticas (a las que en el ámbito rural se suman trabajos de granja cuya producción se destina al consumo familiar y/o a la comercialización) y de la procreación y la crianza de los hijos y las hijas.

De acuerdo con los fundamentos de los programas analizados y los testimonios de las personas involucradas, desde su principal ideólogo hasta las maestras encargadas de dirigir los cursos, el objetivo es mucho más amplio que la mera transmisión de conceptos y materiales. La finalidad de este tipo de enseñanza está relacionada con un mejoramiento social, con un intento de que la capacitación de las mujeres sea el punto de partida para el progreso de los distintos espacios rurales y, por extensión, de todo el país. Como sostiene Amadeo (1947) aún décadas después de dar inicio a la enseñanza del Hogar Agrícola, las mujeres, “por su naturaleza y temperamento maternales”, son el agente más adecuado y valioso de acción social. En esta afirmación se evidencian al mismo tiempo el rol asignado a las mujeres (“por naturaleza”) y el objetivo ulterior de generar una intervención positiva en la sociedad por parte de estas políticas públicas.

Más allá de las motivaciones detrás de estos proyectos, la falta de atención a ciertos aspectos estructurales que ejercen una gran influencia sobre las condiciones de vida de los habitantes del ámbito rural (principalmente los regímenes de tenencia de la tierra y las dificultades para acceder a la propiedad de la misma, y en el caso de la región pampeana las características del modo de vida y la cultura rural chacarera) se convirtió en un gran obstáculo para lograr las transformaciones deseadas. Por otro lado, en muchas ocasiones debido a la falta de presupuesto las acciones concretas dependieron demasiado de la iniciativa personal de algunos/as ingenieros/as agrónomos/as y de las propias maestras. Por estas razones, a pesar del impacto positivo evidenciado en los informes de las maestras una vez finalizados los cursos, la enseñanza del Hogar Agrícola tuvo un impacto limitado en su esfuerzo por mejorar las condiciones de vida en el agro y por revertir la tendencia migratoria rural-urbana.

En general, a lo largo de la primera mitad del siglo el avance en materia de enseñanza extensiva y de transferencia de innovación tecnológica está condicionado por la falta de una estructura que permita organizar y coordinar iniciativas de larga duración a nivel nacional para alcanzar mejores resultados. Esta situación empieza a cambiar hacia fines de la década del '40, cuando el concepto de “enseñanza extensiva” es abandonado y reemplazado por el de “extensión”, un término que incluye tanto la asistencia a los productores como el trabajo en economía doméstica (orientado hacia las mujeres). A su vez, se genera una confluencia discursiva entre la extensión y el desarrollo, que le permite a la primera ganar sistematicidad y especificidad como un instrumento para elevar las condiciones de vida de la familia rural, bajo el influjo de un nuevo clima de ideas impulsado por la sociología rural norteamericana y por organismos internacionales como la CEPAL y el IICA (De Arce & Salomón, 2018). En este sentido, en 1956 junto con la creación del INTA se establece el Servicio Nacional de Extensión Agropecuaria (SNEA). De esta manera se busca otorgar un marco a todas aquellas iniciativas tendientes a “contribuir al mejoramiento del bienestar de la población rural, a través del aumento de la producción y productividad agropecuarias” (Barrientos, 2008, p. 140), mediante el cambio tecnológico –la asistencia técnica a los productores– y cultural –los CHR para mujeres y los Clubes 4-A para jóvenes–.

Capítulo 2. INTA: investigación y extensión, bajo un mismo techo desde 1956

La integración de investigación y extensión agropecuaria como instrumentos para la promoción de la tecnología y el mejoramiento de la vida rural definen el propósito y alcance de la creación del INTA. (Reichart, 1982)

El Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) es creado el 4 de diciembre de 1956 por el gobierno de facto de Pedro Eugenio Aramburu, poco más de un año después del derrocamiento de Juan Domingo Perón. La nueva institución es considerada un órgano autárquico del Estado, cuyos objetivos principales consisten en “impulsar, vigorizar y coordinar el desarrollo de la investigación y extensión agropecuaria y acelerar con el beneficio de estas funciones fundamentales la tecnificación y el mejoramiento de la empresa agraria y de la vida rural” (Decreto-Ley 21.680, 1956, art. 1).

Sus motivaciones están en consonancia con las ideas de tecnificación, mecanización y aumento de la productividad en el agro promovidas desde la CEPAL y el IICA, organismos que desempeñan un papel central en el impulso a la institucionalización de los Servicios de Extensión Agropecuaria en toda América Latina en las décadas del '40 y el '50 (Barrientos, 2008; Losada, 2003; Otero & Selis, 2016). Además, la creación del INTA se inscribe en un marco de surgimiento y consolidación de “instituciones estatales que garantizaron la continuidad del proceso desarrollista” (Ivickas Magallán, 2017, p. 94) impulsado por los gobiernos militares y radicales del período 1955-1966, como el Instituto Nacional de Tecnología Industrial (INTI), el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), la Comisión Nacional de Administración del Fondo de Apoyo al Desarrollo Económico (CAFADE) y el Consejo Nacional para el Desarrollo (CONADE).

En la bibliografía acerca de la creación del organismo existe un reconocimiento casi unánime a la importancia que tiene en esta decisión el llamado “informe Prebisch”, producto de una solicitud de asistencia por parte del gobierno de facto de Argentina a la Organización de las Naciones Unidas (ONU) en enero de 1956, como parte de sus esfuerzos por “desperonizar” la economía. El estudio de la situación es encargado por la ONU a la CEPAL, y es llevado a cabo por su Secretario Ejecutivo, el economista argentino Raúl Prebisch. El trabajo realizado por Prebisch tiene como resultado un informe titulado “Análisis y proyecciones del desarrollo económico. El desarrollo económico de la Argentina”, en el que se presenta un diagnóstico

desolador sobre la economía argentina. Las soluciones propuestas ante este panorama están en sintonía con las ideas sobre la modernización y el desarrollo que Prebisch impulsa en su período al frente de la Secretaría Ejecutiva de la CEPAL (1950-1963).

Con respecto al agro, el informe hace hincapié en el atraso tecnológico del sector y en la creciente pérdida de competitividad frente a los países europeos, que ya habían empezado a recuperarse de las consecuencias de la Segunda Guerra mundial. La causa a la que se adjudica el declinamiento de la producción agropecuaria es la carencia de incentivos y recursos para corregir deficiencias de inversión que se venían arrastrando desde la depresión mundial de los años '30. Se sostiene que, con el fin de elevar el nivel de vida socioeconómico de la familia rural, el Estado debe promover el desarrollo agrario y la búsqueda de un aumento en la productividad (Losada, 2005). En este sentido se señala que la expansión de la frontera agraria en Argentina había alcanzado su límite, por lo que el aumento de la productividad sólo podría darse por medio del crecimiento del rendimiento de los suelos.

El informe concluye planteando la necesidad de una revolución tecnológica en el campo argentino, que incluya un estímulo permanente a la investigación agropecuaria, las tareas de extensión y la enseñanza, tanto para formar investigadores y divulgadores como para proporcionar al agro hombres capaces de llevar a la práctica la nueva tecnología. Como resultado de las recomendaciones del informe se constituye una comisión conjunta entre el gobierno argentino y la CEPAL con el propósito de elaborar una política que tienda a modificar el cuadro de situación actual. La comisión recomienda que se dé un vigoroso impulso al cambio tecnológico y que para ello se cree un instituto con misiones específicas. Siguiendo estas recomendaciones se elabora el estatuto legal de un organismo apto para impulsar la tecnificación de la producción agropecuaria, diseñado como un ente autárquico dotado de amplios márgenes de acción para promover la modernización tecnológica del agro, al que se le asigna también una finalidad social (Albornoz, 2015).

Si bien la influencia del informe en la creación del INTA es innegable, puede actuar como un obstáculo para percibir el importante trabajo de investigación y extensión agrícolas desarrollado antes de la existencia del instituto, cuyos niveles se ven subvalorados por el estudio de Prebisch (León & Losada, 2002). Más allá de su novedad en términos institucionales, el INTA no carecía de antecedentes ni fue la primera intervención pública en temas agropecuarios. Desde comienzos del siglo XX se habían creado algunas instituciones dedicadas a la investigación agropecuaria, no sólo en el ámbito del MAN, sino también de algunos gobiernos provinciales (Albornoz, 2015, p. 45). Además, como vimos en el capítulo

anterior, la extensión también había tenido sus antecedentes en los esfuerzos por impulsar la enseñanza extensiva a todas aquellas personas que no pudieran acceder a cursos regulares. Sin embargo, recién a partir de mediados de siglo la extensión adquiere un carácter más sistemático y cobra una mayor relevancia, en sintonía con las líneas de pensamiento de la sociología rural norteamericana, el Servicio de Extensión del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos y el IICA.

Este instituto es creado por la Unión Panamericana (organismo más tarde reemplazado por la OEA, Organización de los Estados Americanos) en 1942 con el objetivo de organizar la producción agrícola en el continente americano. Por intermedio de nuevas instituciones como el IICA y la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), la Secretaría de Agricultura y el Servicio de Extensión de Estados Unidos buscan impulsar en América Latina políticas agrarias de “desarrollo de la comunidad” en las que la extensión juega un papel crucial (Otero & Selis, 2016). Desde su concepción estos organismos se dedican a la promoción del concepto de “extensión agrícola” en todo el continente, como una forma de acercarle al productor avances tecnológicos para incrementar su producción, y así poder transformar al sector agropecuario en un área más productiva y completamente incorporada al mercado.

Como resultado de una serie de investigaciones de sociología rural, dirigidas a propiciar la educación y a estimular el desarrollo socioeconómico de las comunidades, en el año 1950 el IICA aprueba el Proyecto 39 de “Enseñanza Técnica para el Mejoramiento de la Agricultura y de la Vida Rural”, en el marco del “Programa de Cooperación Técnica” de la OEA. El Proyecto 39 tiene como objetivo capacitar profesionales en especialidades que no hayan sido debidamente consideradas en los planes de estudios de las universidades latinoamericanas y que tengan una importancia fundamental en el desarrollo económico de esos países. Se pone énfasis en la extensión, por considerar que se trata al mismo tiempo del punto más débil de los programas de desarrollo de estos países, y de una herramienta esencial para llegar hasta el agricultor y enseñarle métodos más eficaces de cultivar la tierra. En el marco del proyecto se implementa una estrategia que consiste en brindar capacitaciones a técnicos, y en el año 1952 se lleva a cabo en Uruguay el Primer curso Internacional de Extensión Agrícola, auspiciado por el IICA, en el que participan extensionistas de toda la región que luego actuarán como multiplicadores de la propuesta en sus respectivos países (Otero & Selis, 2016). Al regresar al país, los agrónomos regionales argentinos que habían participado de este curso desarrollan un ciclo de seminarios cortos para capacitar a otros técnicos.

Paralelamente, en esos años comienza a ganar terreno una nueva concepción de extensión rural que va desplazando a la tradicional y más estática concepción de “fomento rural”, como mera difusión de tecnología (Barrientos, 2008; León & Losada, 2002). En este sentido, la extensión conlleva la idea de la participación de los productores, y es entendida no sólo como un vehículo para el aumento de la productividad, sino como forma de elevar las condiciones de vida de la familia rural, elevando su educación, su sanidad y su prosperidad. Si bien esta idea no es enteramente novedosa y presenta similitudes con los objetivos de la enseñanza extensiva de la primera mitad del siglo, recién a partir de este momento se sientan las bases para la formación de un servicio nacional de extensión integral y orgánico que pretende otorgar a las iniciativas una sistematicidad de la que antes no gozaban.

En 1954 se pone en marcha el Plan de Agronomías Regionales Piloto para el Desarrollo Rural, en el marco del cual se crean por primera vez en el país tres experiencias de extensión rural radicadas en Pergamino, Mendoza y Concepción del Uruguay. En sintonía con la renovada concepción de extensión rural, el objetivo de estas iniciativas es tender a mejorar la vida del productor y su familia. No se busca sólo mejorar económicamente la productividad y la rentabilidad, sino que se considera que ese es el camino para lograr el mejoramiento de la vida de la familia rural. En este sentido, se procura trabajar con todos los miembros de la familia y no solamente con los productores varones. Las Agronomías Regionales Piloto son dotadas de un equipo técnico integrado por Asesoras del Hogar Rural, Asesores de Clubes Juveniles 4-A, y agrónomos regionales, un sistema de trabajo que el INTA luego replica en sus Agencias de Extensión (Anuch, 1981).

A pesar de no contar con una política científico-tecnológica explícita para el sector, durante estos años se va delineando una estructura de investigación agropecuaria, que por primera vez introduce al menos algunos elementos de programación a nivel nacional, pone el acento en la descentralización de la generación de tecnología e introduce el embrión de la extensión rural, que se expresa de modo elocuente en las Agronomías Regionales Piloto. Todas estas acciones eventualmente servirían para preparar los fundamentos sobre los cuales se organizaría el Servicio Nacional de Extensión Agropecuaria (SNEA), cuya fundación se concreta en 1956 con la creación del INTA. Las experiencias y enseñanzas adquiridas en aquellos años se reflejan en las bases y objetivos institucionales de la ley de creación del instituto, con el que se intenta dotar a la investigación de una dinámica autónoma de las decisiones coyunturales de los ministerios de agricultura, superar la falta de coordinación entre los diferentes programas de investigación de las estaciones experimentales y el Centro Nacional de

Investigaciones Agropecuarias ubicado en Castelar, y reducir la incertidumbre en torno al presupuesto de la estructura de investigación (León & Losada, 2002).

Un aspecto insoslayable del proceso que deriva en la creación del Instituto es su vinculación con una serie de circunstancias políticas, sociales, económicas e ideológicas, que no sólo permiten su nacimiento, sino que también le imprimen una marca de origen determinante. El derrocamiento de Juan Domingo Perón en septiembre de 1955 (con el consecuente recambio de dirigencias y elencos técnicos), la agudización del éxodo rural, y la crisis económica caracterizada por el estancamiento en los saldos exportables de los productos agropecuarios, configuran una situación en la que una política más favorable para el sector agropecuario que incluya la difusión de tecnología no sólo es posible sino también deseable (De Arce & Salomón, 2018). En el plano ideológico, la orientación del INTA está influenciada por el pensamiento “cepalino” desarrollista al que suscribe Raúl Prebisch.¹⁴

Esta corriente de pensamiento concentra su análisis en la desigualdad de los términos del intercambio entre los países del centro y la periferia de acuerdo con la división internacional del trabajo, poniendo especial atención en los obstáculos estructurales para el desarrollo de los países periféricos. De acuerdo con la CEPAL, ante el alto grado de vulnerabilidad externa, los grandes desequilibrios en el ritmo de funcionamiento de la economía, y las severas restricciones estructurales en la transferencia del progreso técnico de los países centrales a los periféricos, es necesario encarar un conjunto de reformas estructurales entre las cuales se destaca la industrialización como la más importante (Lázzaro, 2012). El papel reservado al sector agropecuario es el de convertirse en el generador de recursos externos para que el sector industrial pueda madurar y adquirir competitividad internacional, para lo cual es imprescindible incrementar la productividad del sector agropecuario (Alemany, 2002). Debido a la importancia de la generación y transferencia de tecnología para desarrollar estos procesos, la organización de la investigación y la extensión rural adquiere un espacio privilegiado en esta etapa: de ahí la importancia de la creación del INTA.

El nuevo organismo cuenta con una Comisión Asesora Nacional, presidida por el ministro de Agricultura y Ganadería de la Nación, que cuenta con “representación de la política, la ciencia, la técnica y los factores productivos”, ya que está conformado por un representante de cada una de las provincias que adhieren al régimen del decreto-ley 21.680/56, un representante de cada una de las Facultades de Agronomía y Veterinaria de las universidades

¹⁴ Para un análisis de la relación entre Prebisch, CEPAL y desarrollo, la llegada de las teorías desarrollistas al país y su aplicación práctica durante la presidencia de Arturo Frondizi, véase Altamirano, 1998.

nacionales, y dos representantes de los productores por cada una de las áreas de influencia de los Centros Regionales introducidos por el INTA (Ivickas Magallán, 2017, p. 100). A pesar de contar con una estructura directiva centralizada (a la Comisión Asesora se le suma el Consejo Directivo, y los miembros de ambas deben tener la aprobación del Poder Ejecutivo Nacional), para la ejecución de las políticas formuladas rige un criterio de descentralización que se expresa en los siete Centros Regionales en los que se divide el país (Chaqueño, Noroeste, Mesopotámico, Pampeano, Andino, Rionegrense y Patagónico) y en las Estaciones Experimentales Agropecuarias (EEA) que de ellos dependen (cuadro 1). Para el INTA, estas EEA que se encuentran diseminadas por todo el país “constituyen las reales unidades de trabajo, integradas con sus servicios de investigación y de extensión” (INTA, 1960, p. 86), y cada una de ellas tiene como parte integrante un número de Agencias de Extensión Agropecuaria (AEA) que se encargan de desarrollar los programas de extensión en el terreno.

Cuadro 1. Organización del INTA a nivel nacional al momento de su creación (1956).



Fuente: elaboración propia a partir de los datos de INTA, 1996.

Muchas de las EEA estaban en funcionamiento desde antes de la creación del INTA, por lo que resulta lógica la decisión de tomarlas como las unidades básicas de trabajo. Por otra parte, el nuevo organismo no sólo recibe 28 EEA que estaban en funcionamiento al momento de su creación de parte del MAN (Losada, 2005, p. 23), sino que también hereda un cuerpo de funcionarios que hacía años que venían trabajabando en las direcciones de investigaciones,

lo que les otorga una valiosa experiencia sobre la problemática agropecuaria y la manera de afrontarla.

La filosofía de extensión del INTA

El incremento de la productividad agropecuaria no es el único objetivo del nuevo organismo, sino que al mismo tiempo se persigue un aumento en el bienestar de las familias rurales y sus comunidades. El desarrollo no debe ser comprendido únicamente desde una perspectiva económica-tecnológica, su impacto social también debe ser considerado. En este sentido, no alcanza con propiciar mejoras técnicas en las labores y una mayor eficiencia en la comercialización para lograr una mejor calidad de vida, sino que es necesario que la comunidad rural sea el centro de acción. Es por eso que el Servicio Nacional de Extensión Agropecuaria es organizado en el seno del INTA, para combinar la investigación y la extensión agropecuarias bajo una misma dirección, y así perseguir los objetivos principales del Instituto.

De acuerdo con los argumentos a favor de esta combinación de tareas, la extensión se vería claramente beneficiada. En un informe inédito de 1956 el Ingeniero Agrónomo Walter Kugler –director del Centro Regional Pampeano de Investigaciones Agrícolas del MAN, continúa en sus funciones tras la creación del INTA– sostiene que las relaciones entre investigación y extensión se nutren mutuamente, necesitan una fuerte interacción, y “más que una coordinación, debería llegarse a una verdadera integración entre ambas” (León & Losada, 2002, p. 79) para fortalecer el impacto de la transferencia de innovaciones tecnológicas a los productores agropecuarios. Kugler sostiene que la falta de resultados por parte de los técnicos de las Agronomías Regionales y Locales del MAN se debe a que apenas pueden dedicar un 10% de su tiempo a tareas de educación de los productores. En cambio, destaca lo realizado en las experiencias de las Agronomías Regionales Piloto inauguradas en 1954, donde se logra desarrollar verdaderos programas de extensión que involucran la educación de los agricultores, sus esposas y sus hijos en técnicas de producción más eficientes y mejores condiciones de vida.

En esta misma dirección se expresa uno de los propulsores de la nueva concepción de la extensión rural: el Ingeniero Agrónomo Norberto Reichart, Director General de Agricultura del Ministerio. Su trayectoria laboral y de vida ejemplifica, por un lado, las continuidades en la extensión antes y después de la creación del INTA; y por otro lado, la influencia de los

organismos internacionales y las ideas de la sociología rural norteamericana con respecto al agro. Además del cargo que ostenta en el MAN, entre 1943 y 1953 Reichart se desempeña como representante de Argentina ante la FAO, al mismo tiempo que mantiene estrechos contactos con los servicios de extensión agrícola de los Estados Unidos y con las experiencias y resultados obtenidos en aquel país, difundidos en el continente a través del IICA. Tras la creación del INTA en 1956, de la cual participa activamente, es elegido como el primer Director Nacional Asistente de Extensión y Fomento Agropecuario del Instituto (INTA, 1960).¹⁵

Desde ese puesto, Reichart establece los lineamientos de lo que debe ser el trabajo de extensión del INTA. El principal objetivo es el mejoramiento de la comunidad rural, desde las bases de la doctrina del desarrollo de la comunidad y la búsqueda del bienestar rural como correlato necesario del desarrollo económico, impulsado éste por una progresiva y constante tecnificación de los medios de producción. Al mismo tiempo es necesario llevar adelante un proceso educacional que permita a los agricultores determinar sus propios problemas y que los ayude a adquirir conocimientos e inspirarlos a tomar acción como el resultado de sus propios esfuerzos, capacidad y convicciones. En sintonía con la definición de la FAO desde mediados de los '50, el bienestar rural incluye tanto elementos materiales (salud, nutrición, educación, vivienda, etc.) como intangibles (códigos morales, creencias religiosas, reglas de conducta) y es pensado principalmente en términos subjetivos (FAO, 1954. Citado por de Arce & Salomón, 2018, p. 185).

¿Qué entiende el INTA por “comunidad”? No se trata de un distrito o un municipio, sino de “un grupo, grande o pequeño, de personas unidas por acuerdo, respecto de las cosas que aman” cuya cualidad dinámica reside en los intereses, deseos y propósitos de las personas que la forman. “Para tener o formar una comunidad es necesario que las personas trabajen juntas; para tener una mejor comunidad ellas deben tener principios comunes”, afirma Reichart (1962).

En cuanto al concepto de “desarrollo de la comunidad”, según una definición de la ONU, designa aquellos procesos en los cuales “los esfuerzos de una población se suman a los de su gobierno para mejorar las condiciones económicas, sociales y culturales de las comunidades, integrar a éstas en la vida del país y permitirles contribuir plenamente al progreso nacional” (Reichart, 1962). Dos elementos son esenciales en estos procesos: la participación de la

¹⁵ Véase <http://anav.org.ar/reichart-norberto-a-ring-agr/>

población misma en los esfuerzos para mejorar su nivel de vida, en lo posible a partir de su propia iniciativa, y el suministro de servicios técnicos en formas que estimulen la iniciativa, el esfuerzo propio y la ayuda mutua y aumenten su eficacia. La importancia del primero de estos elementos es insoslayable para Reichart. Las utilidades abundantes no son garantía por sí mismas de un mejor vivir, no basta tener los medios para lograr una agricultura eficiente y una buena vida si el productor no tiene la capacidad para aprovechar esos medios. Además, las novedades tecnológicas no son aceptadas por la gente si su significado en términos de bienestar propio no puede ser captado; todo programa de gobierno será ineficaz en la medida en que la gente no logre comprenderlo ni identificarse con él.

La tarea fundamental de difundir entre los productores los resultados de la investigación y experimentación que resultasen ventajosos para la producción recae en los y las extensionistas, quienes se ocupan de divulgar conocimientos desde las Agencias de Extensión ubicadas a lo largo y a lo ancho de todo el país. Sin embargo, la asistencia ofrecida no se limita a la aplicación de la técnica en el aprovechamiento de las parcelas, sino que cada agencia complementa el asesoramiento técnico con la asistencia cultural y social de las mujeres y los jóvenes rurales, como se había empezado a hacer en las Agronomías Regionales Piloto del MAN. En este sentido, la función de los extensionistas está vinculada a la familia rural entendida como una célula social agraria (Losada, 2003, p. 32) que debe funcionar correctamente, para que así lo haga el conjunto de la comunidad. Los problemas en diferentes planos de la vida cotidiana rural que conciernen a todos los integrantes de la familia (la vivienda, el trabajo, la producción, la comunicación, la salud) inciden, en mayor o menor medida, en la existencia y calidad de vida. Cualquier inconveniente en estos niveles “altera el equilibrio de la familia rural y pone serias restricciones, en última instancia, a la función productiva”, y es por eso que la extensión rural debe buscar soluciones a aquellos problemas que comprendan a toda la familia rural (Anuch, 1981, p. 4).

Para alcanzar el desarrollo de la comunidad es necesario formar hogares rurales atractivos que permitan mejorar el nivel de vida familiar. En extensión no se puede prestar atención únicamente al desarrollo productivo pensando que a través de él aumentará automáticamente el nivel de vida de las familias rurales, ya que los patrones de vida pueden ser tan tradicionales como los métodos de cultivo. En la visión de Reichart (1971), las familias rurales no sólo necesitan demostraciones de métodos mejorados de producción, sino también de mejores formas de vida. Para que el hogar cumpla su función como factor contribuyente a la unidad familiar y al mejoramiento de la vida, cada uno de sus miembros deberá encontrar

en él -como en tiempos anteriores- las satisfacciones materiales y espirituales propias del cumplimiento de sus respectivos deberes. En este sentido, “la educación y preparación de la mujer resulta factor básico y esencial” (Reichart, 1962). Las mujeres tienen una “importante misión en el hogar rural y en la vida del hombre de campo” de la que deben ser conscientes; a ellas les corresponde la responsabilidad de mantener el hogar propicio a la unidad familiar, mejorando su confort, “participando en las tareas y actividades *menores* del campo, así como en su organización y administración, contribuyendo a la economía general de la empresa y creando y manteniendo siempre despierto el interés de los hijos en actividades útiles”.¹⁶

Es preciso destacar que Reichart desarrolla y enuncia estas ideas en un periodo en el que se profundiza el éxodo del campo a las ciudades y se registran cambios llamativos en el mercado laboral en términos de género. En este contexto, sobre todo en el ámbito urbano – desde el cual se pronuncia el Director de Extensión del INTA–, algunos cuestionamientos a ciertas prácticas y valores que rodean la vida cotidiana y familiar amenazan con producir importantes cambios dentro de las relaciones de género. En sintonía con el renacer público del feminismo y el desarrollo de otros movimientos sociales a nivel internacional, en Argentina se produce una “explosión callejera” que se traduce en una incipiente revolución sexual, en parte debido a la difusión de los anticonceptivos orales –sobre todo entre las clases alta y media de la sociedad–, aunque luego se ve limitada por el contexto político y económico de la década del '60 y el creciente autoritarismo de la sociedad (Felitti, 2000, pp. 155–160).

Los cuestionamientos al modelo de familia nuclear y las transformaciones que se dan en lo referente al mundo de la sexualidad y sus prácticas tienen como protagonistas a los y las jóvenes de clase media, principalmente urbana. Estos cambios se dan de manera lenta, con marchas y contramarchas, como parte de un proceso de modernización cultural más problemático que lineal (Cosse, 2008). Sin embargo, a pesar del carácter moderado y la limitada influencia de la ruptura en la moral sexual, se desarrolla “un núcleo primario de ansiedades vinculado a la percepción de una creciente ‘movilidad’ por parte de las adolescentes de clase media” según el cual las acciones de las jóvenes pone en riesgo la estabilidad familiar y el proyecto futuro de país (Manzano, 2007, pp. 2–3). Al mismo tiempo, al compás del aumento de la participación femenina en el mercado laboral, el ideal de mujer doméstica consolidado en la primera mitad del siglo XX comienza a recibir cuestionamientos, mientras que los medios de comunicación “modernizantes” valorizan la

¹⁶ El resaltado es nuestro.

realización personal extra doméstica “en el marco de un modelo de mujer ‘moderna’, ‘independiente’, ‘liberada’, [...] asociada con las nuevas generaciones y el prestigio cultural de las carreras profesionales, intelectuales y artísticas” (Cosse, 2014, pp. 48–49).

En este contexto, Reichart (1962) admite que la evolución de la sociedad moderna demanda que las mujeres participen activamente en la vida económica, social y política, pero sostiene que deben hacerlo sin abandonar su “función natural esencial de madre y ama de casa”. Para poder desempeñar este múltiple rol, el auxilio de mayores comodidades en el manejo del hogar y su capacitación para una organización del trabajo más adecuada resulta esencial. Debido a las grandes responsabilidades que se asigna a las mujeres rurales, su preparación constante se transforma en un requisito para que las familias gocen de todas las ventajas de la vida social moderna. Desde la Dirección de Extensión del INTA, esta preparación es encarada a través de un programa orientado hacia las mujeres que comprenda, entre otras cuestiones, las principales nociones de economía doméstica y manejo del hogar.

Planificación de un Programa de Economía Doméstica en extensión agrícola

La capacitación de mujeres en cuestiones de granja y de cuidado del hogar no es una completa novedad a fines de los años cincuenta. Como hemos visto, desde principios de siglo se viene impulsando desde el MAN la enseñanza extensiva del “hogar agrícola”, y en las décadas anteriores a la creación del INTA surgen iniciativas de gestión privada como AFAR y los cursos de la FAA, entre otras. La idea de formar “clubes” de encuentro y trabajo entre mujeres aparece por primera vez en la década del ‘40, y desde 1948 –como se ha mencionado en el Capítulo 1– se cuenta con un Instituto de Formación de Profesoras del Hogar Agrícola, ubicado en la ciudad de Bolívar. Todos estos antecedentes constituyen la base sobre la cual se planifica el programa de extensión orientado hacia las mujeres del INTA. Por otra parte, es insoslayable la influencia de organismos internacionales como IICA y FAO, y del Servicio de Extensión Cooperativo (SEC) de los Estados Unidos.

Esta influencia se verifica principalmente en la similitud que adquieren las estructuras de los servicios de extensión de los distintos países latinoamericanos, creados en las décadas del ‘40 y ‘50,¹⁷ entre sí y respecto a la organización del propio SEC estadounidense. En este marco, las acciones de extensión se destinan al conjunto de las familias rurales y en casi todos los servicios instalados en ese período se dividen en tres componentes principales: asistencia

¹⁷ Ver Cuadro 1 en Otero y Selis, 2016, p. 48.

técnica en producción agropecuaria (orientada a los varones adultos), clubes juveniles y programas para el mejoramiento del hogar rural (orientados a las mujeres). En este sentido, en otros países latinoamericanos surgen iniciativas análogas al Programa Hogar Rural desarrollado por el INTA: el programa “Mujer Campesina”, en Ecuador; la sección de “Demostración en el Hogar”, en Honduras; los servicios de “Mejoramiento del Hogar”, en Nicaragua, entre otros (Otero & Selis, 2016, p. 53).

Por otro lado, en el marco del Proyecto 39 el IICA continúa la estrategia de formación de recursos humanos iniciada en el año 1952 con el Primer curso Internacional de Extensión Agrícola en Uruguay. Esta estrategia incluye capacitaciones de técnicos en diferentes países de la región por medio de cursos dictados por profesores de universidades de Estados Unidos, visitas de funcionarios latinoamericanos al SEC, investigaciones, cursos de posgrado, traducciones de libros y materiales de difusión destinados a extensionistas. Entre 1956 y 1958 el IICA envía a sus técnicos a participar de los cursos “*Train the trainer*” (adiestrar al adiestrador) en Estados Unidos, y desde 1959 se adapta este programa de comunicaciones a las condiciones latinoamericanas. También se avanza en la formación de especialistas en extensión a través del dictado de la Maestría en Extensión Rural en 1964 en Turrialba, Costa Rica, donde se encuentra la sede central del IICA (INTA, 1996; Otero & Selis, 2016). Con respecto al Programa Hogar Rural, el Instituto colabora con el INTA en la realización de cursos de perfeccionamiento para asesoras, y otorga becas para una mayor capacitación en el Área Demostrativa de San Ramón, Uruguay. Si bien el número de becas es reducido con respecto a las necesidades del programa (INTA, 1960, p. 89), le permiten al INTA contar con personal experimentado que contribuya en el desarrollo de los planes y en la supervisión de equipos de asesoras.

La influencia del SEC y de las Universidades estadounidenses también se refleja en un informe publicado por el INTA en 1962, titulado “Promoción de un programa de Economía Doméstica en Extensión”. Se trata de la traducción de unas sugerencias escritas por la especialista estadounidense en economía doméstica y extensión Genevieve Feagin de Kallander,¹⁸ dirigidas a quienes deseen emprender un programa de trabajo en estas áreas.

¹⁸ Nacida en Texas, Feagin de Kallander es graduada en Economía Doméstica y MSc. (“*Master of Science*”) en Educación en Extensión por la Universidad de Cornell, además de haber realizado estudios complementarios en la Universidad de Syracuse y la Escuela de Moda Traphagen de Nueva York. A mediados de la década del '40 se incorpora al Servicio de Extensión Agrícola de Hawaii como supervisora de demostraciones del hogar, cargo que ocupa durante trece años. En este período también realiza consultorías en economía doméstica en distintos puntos de Europa, el sudeste asiático y el Pacífico (Islas Marianas y Ryūkyū). Al momento de la publicación de este informe se desempeña como docente de economía doméstica en la escuela secundaria de la Reducción de Indios Apaches de Arizona, dependiente del Servicio para Indígenas de Estados Unidos.

Según la autora, un programa de este tipo consiste en un plan de educación informal para familias con el objetivo principal de mejorar su nivel de vida. La familia debe ser el foco principal de este tipo de programas. En este sentido, los objetivos específicos deben variar, no solamente dependiendo del país y de la comunidad en la que se desarrolle el programa, sino también de la familia con la que se trabaje (Feagin de Kallander, 1962).

Algunos de los argumentos principales de la autora son absorbidos y replicados por los encargados de llevar adelante el Programa Hogar Rural. Según Feagin de Kallander, lo que diferencia a la extensión de otros programas educativos en economía doméstica, es que el extensionista “no busca hacer cosas para la gente, sino [que] trata de inspirar a los mismos interesados [a] que obren en su propio beneficio”, ayudándolos a que perfeccionen sus conocimientos y adquieran la capacidad necesaria para cumplir por sí mismos su labor (Feagin de Kallander, 1962, p. 7). Otra característica singular de estos programas es la promoción y el uso de líderes locales para expandir su influencia. La capacidad de estas líderes de transmitir a otros lo aprendido es la mejor prueba del propio aprendizaje, y al mismo tiempo, al enseñar a otros se perfeccionan las habilidades y conocimientos adquiridos. En cuanto a la metodología, es variada y queda a criterio de la asesora del hogar, lo importante es encontrar los medios para “ayuda[r] a la gente para que se ayude a sí misma en buena medida para mejorar su nivel de vida” (Feagin de Kallander, 1962, p. 9).

Si bien las actividades del Programa Hogar Rural comienzan a desarrollarse en 1958 –poco tiempo después de la creación del INTA, aprovechando el trabajo realizado en años anteriores desde el MAN– la planificación del programa es simultánea a su funcionamiento. Las reflexiones acerca de cómo llevar adelante las tareas de extensión orientadas hacia las mujeres son constantes en los primeros años de la década del '60. Además de la utilización de bibliografía proveniente de otros países, como el informe de Feagin de Kallander, se realizan seminarios en los que se discuten los propósitos de la extensión, la metodología más adecuada, el trabajo en conjunto con las otras ramas de extensión del INTA (asesoramiento técnico y clubes juveniles 4-A), y los obstáculos que se deben superar, entre otros temas.

En marzo de 1960, con el auspicio de FAO y la colaboración de la OEA, el INTA organiza el Seminario de Economía Doméstica en Extensión Agrícola, primer encuentro nacional de su tipo. Los objetivos propuestos incluyen estudiar diversos aspectos de la vida familiar rural en diferentes regiones del país para proporcionar una base sólida a los servicios de extensión, analizar el progreso conseguido por el Programa Hogar Rural en sus primeros dos años y determinar en qué medida esa política se basa en las necesidades de la familia rural, y

establecer bases sólidas para la capacitación del personal de extensión, sobre todo en materia de economía doméstica. En un sentido más amplio, el seminario busca lograr “la coordinación y unión de esfuerzos de las personas e instituciones de todo el país, que sienten una preocupación y una responsabilidad común en el mejoramiento de las condiciones de vida del campo y de la comunidad rural en general”, en palabras del director de extensión del INTA, Norberto Reichart (INTA, 1960, p. 5). Por esta razón, además del personal del SNEA participan del seminario representantes de numerosas instituciones y organizaciones, estatales y privadas, vinculadas al mejoramiento de la vida rural. Entre ellas se encuentran la FAO, el IICA, la Secretaría de Agricultura y Ganadería de la Nación, los Ministerios de Asistencia Social y Salud Pública, y de Educación y Justicia de la Nación, las Universidades Nacionales de Buenos Aires y el Litoral, el Consejo Nacional de Educación, el Instituto Superior del Hogar Agrícola de Bolívar (representado por su directora, la Ingeniera Agrónoma Haydée Bidigorri¹⁹), la Federación Agraria Argentina, el Movimiento Rural Femenino Acción Católica, y el Instituto de Cultura Religiosa Superior. También es extendida una invitación a la Asociación Femenina de Acción Rural, pero desisten de participar debido al poco tiempo disponible para preparar una presentación acerca del trabajo realizado por la institución.

Desde la Dirección de Extensión se considera al seminario como un “jalón fundamental en el largo camino recorrido por todos aquellos que [...] se han ocupado de la mujer y de la familia rural”, entre quienes se reconoce a Tomás Amadeo y a las primeras maestras egresadas del Hogar Agrícola “Dr. Ramón Santamarina” de Tandil. En este largo proceso, la creación y organización del SNEA en el marco del INTA señala el comienzo de una nueva etapa, transformando “la acción, hasta entonces, esporádica o temporaria de la economía doméstica rural en una labor permanente, orgánica y sistemática” (INTA, 1960, p. 6). Por supuesto, la extensión agrícola no puede concentrar todos los esfuerzos en pos de un mayor bienestar rural, sino que debe complementarse con otras políticas como la enseñanza formal, la educación sanitaria, la construcción de obras públicas, el otorgamiento de créditos, la legislación social y actividades referentes a la reestructuración de la propiedad. La propuesta del seminario es contribuir a crear un “estado espiritual y mental” común entre los

¹⁹ Egresada de la Facultad de Agronomía y Veterinaria de la Universidad de Buenos Aires en 1944, Bidigorri se hace cargo de la dirección del Instituto Superior del Hogar Agrícola desde su fundación en 1948 hasta 1973. En 1961 obtiene el título de *Magister Agriculturae* de parte del Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas (IICA). Su tesis, titulada “Determinación de conocimientos técnicos y pedagógico-sociales en la economía doméstica de las extensionistas de Costa Rica”, es producto de una investigación iniciada en 1953 como becaria de la OEA en el marco del Proyecto 39 –Enseñanza técnica para el mejoramiento de la agricultura y de la vida rural– (De Arce, 2017, p. 16). Tiene una actividad destacada como asesora del IICA, como representante argentina en el Programa Interamericano Para la Juventud Rural y en el Taller educativo interamericano sobre juventudes rurales.

funcionarios presentes para lograr la coordinación de estas actividades concurrentes en beneficio del desarrollo y mejoramiento de la comunidad rural (INTA, 1960, pp. 7–8).

De acuerdo con la modalidad elegida para el seminario, los representantes de las distintas instituciones invitadas realizan una serie de exposiciones sobre diversos temas que luego son discutidos por grupos de trabajo formados por todos los presentes. En una de esas exposiciones, Frances MacKinnon, Asesora Regional de Economía Doméstica para América Latina de la FAO, sostiene que no ha existido un interés de parte de las estaciones experimentales o las universidades latinoamericanas por la realización de estudios acerca del hogar y la familia campesina. En este sentido, se lamenta por los pocos datos de los que disponen las asesoras del hogar para fundamentar sus programas. El resultado es que, en los planes de estudio y entrenamiento en servicio para asesoras del hogar, casi todo el material es idéntico y no se tienen en cuenta las diferencias considerables en las condiciones climáticas, geográficas y demográficas entre los distintos países del continente. Sin embargo, MacKinnon nota una tendencia en algunos de los cursos ofrecidos por el IICA que puede ofrecer una solución: mientras trabajan en el terreno, algunas asesoras aprovechan para realizar pequeñas encuestas a las familias campesinas y discuten los resultados para alcanzar un mejor planeamiento de los programas de extensión. Si bien es necesario llevar a cabo estudios más profundos y de más largo plazo, estas encuestas sencillas pueden echar luz sobre lo que esperan las familias rurales de los servicios de extensión, y los datos y opiniones obtenidos pueden ser utilizados como una base para planear el futuro de los programas (INTA, 1960, p. 12).

La importancia de trabajar con las familias se deriva de su conceptualización como unidades socio-económicas que “condiciona[n] todo el mecanismo de la vida agropecuaria del país”, según la ingeniera agrónoma María Enriqueta Piangiarelli de Vicién,²⁰ quien se desempeña como Asesora Nacional de Clubes Hogar Rural, es decir, dirige el Programa Hogar Rural entre 1958 y 1974 (INTA, 1960, p. 16). En sintonía con lo expresado por otros, como Tomás

²⁰ Nacida en 1916, egresa de la Facultad de Agronomía de la Universidad de Buenos Aires (UBA) en 1943 y a lo largo de su vida desempeña una extensa labor en el medio rural desde diversos ámbitos. A principios de la década del '50 trabaja como auxiliar en la Dirección General de Tierras del Ministerio de Agricultura y Ganadería, al mismo tiempo que coordina una iniciativa de la Acción Católica Argentina orientada al trabajo de jóvenes en el ámbito rural (Vázquez, 2017, p. 101). Tras la creación del INTA dirige el Programa Hogar Rural desde su puesto de Asesora Nacional y lleva adelante el liderazgo de los Clubes 4-A, posicionándose como una referente regional en lo que respecta a la extensión rural dirigida a mujeres y jóvenes de América Latina (De Arce, 2017, p. 18). Luego de su salida del organismo a mediados de los '70 continúa su actividad en la vida pública, convirtiéndose en diciembre de 1980 en la primera presidenta de Adelco (Acción del Consumidor), una organización no gubernamental dedicada a la defensa de los consumidores creada por miembros de otras asociaciones ligadas a las elites sociales argentinas: la Liga de Amas de Casa, la Liga de Madres de Familia, el Club de Leones, el Rotary Club y las Misiones Rurales Argentinas, entre otras (Pryluka, 2016, pp. 87–88).

Amadeo y José Rivas,²¹ la familia es descripta como la “célula natural y primera de toda sociedad”, la base que mantiene firme el poder de la nación y por consiguiente a sus instituciones políticas y sociales. Indefectiblemente, el centro de todo programa de extensión agrícola y de mejoramiento del hogar debe ser entonces la familia; la “transformación total de la vida agrícola” sólo se puede lograr si primero se estudia a las familias y se conocen sus necesidades y sus problemas. El estudio de las situaciones concretas puede revelar estos problemas y contribuir al desarrollo de la economía doméstica en el marco del Programa Hogar Rural.

Según el ingeniero agrónomo Luis Castelli, los estudios realizados en materia técnica, social y cultural, deben tener un sentido eminentemente práctico. En este sentido, “las investigaciones que realizan las distintas entidades oficiales y privadas, entre ellas el INTA, deben de conducir a la realización de programas de acción en los que coordinadamente se contemplen los distintos aspectos como integrantes de un todo” (INTA, 1960, p. 86). La colaboración entre instituciones es primordial: los Consejos de productores (para varones), los Clubes 4-A y los del Hogar Rural, no pueden ser los únicos medios para mejorar la comunidad, sino que es necesario aprovechar la ayuda de las demás organizaciones que trabajan en ese mismo sentido.

Quizás para congraciarse con los presentes, o a modo de agradecimiento por su concurrencia al seminario, Castelli (representante del INTA) sostiene que la realización del encuentro y la colaboración prestada por las entidades invitadas son pruebas del deseo de trabajo común, y de que se están superando el individualismo y los resquemores entre las instituciones (INTA, 1960, p. 89). Sus palabras resultan significativas, en tiempos en que la legitimidad de las reparticiones gubernamentales es cuanto menos endeble, como resultado de la inestabilidad democrática y la proscripción del peronismo –la fuerza política mayoritaria– tras el golpe de estado de 1955.

De todas formas, para asegurar que el trabajo en pos del desarrollo de la comunidad sea efectivo lo más importante es tener un conocimiento previo de la situación de aquellas personas a las que apunta la política. Sin una investigación exhaustiva como base, la extensión no tiene una dirección clara, y puede redundar en esfuerzos innecesarios que no provean los resultados esperados. En este sentido, el Dr. Francisco Suárez de la Dirección de Sociología Rural de la Secretaría de Estado de Agricultura y Ganadería de la Nación sostiene

²¹ Jefe de la División de Enseñanza Extensiva del MAN en la década del '40.

que el estudio de las condiciones de vida rural no sólo “representa una inquietud de orden especulativo, [sino que] supone una intervención posterior a la investigación con el objeto de elevar el nivel de vida” (INTA, 1960, p. 19).

Este tipo de estudios permiten cotejar los componentes del nivel de vida entre distintas zonas y hacia el interior de las mismas, dejando al descubierto los desniveles existentes a lo largo y ancho del país. A partir de estas comparaciones se puede establecer una política de prioridades en la intervención y se pueden modificar aspectos del trabajo de extensión de acuerdo con la comunidad con la que se interactúa. Con estos objetivos en mente, a lo largo de la década del '60 se llevan a cabo una serie de estudios para conocer la realidad de las condiciones de vida en diferentes espacios rurales. Estas investigaciones se desarrollan principalmente en la región pampeana, lo que revela tanto la importancia de esta zona agroexportadora en la matriz económica y productiva como los desequilibrios regionales en materia social. De esta manera, se busca contribuir al planeamiento de actividades en el marco del Programa Hogar Rural.

La investigación como fundamento de la extensión: los estudios de caso y el Seminario Nacional de Investigación en Hogar Rural

Los estudios realizados por el SNEA con los que contamos para el período del que se ocupa este trabajo (1958-1974) son fuentes heterogéneas; se diferencian entre sí en más de un aspecto. El área geográfica que buscan analizar puede abarcar una provincia entera o una pequeña localidad de apenas 750 habitantes. En algunos casos se cuenta para su desarrollo con la asistencia de asesoras del IICA, y en otros casos, por la falta de presupuesto las propias extensionistas tienen que realizar actividades que originalmente pensaban tercerizar. Los temas varían ampliamente: mientras que estudios más abarcativos se proponen conocer el “estado de las familias” o la “situación de los hogares rurales” (y cuentan, por lo tanto, con personal capacitado en diferentes áreas), otros se preocupan por cuestiones más puntuales, como el estado de nutrición o las condiciones de un ambiente de la casa en particular. La población estudiada puede no tener relación alguna con el INTA, o puede tratarse exclusivamente de miembros de Clubes del Hogar Rural. Sin embargo, todas las investigaciones tienen el mismo propósito: proveer información confiable y actualizada al Servicio de Extensión para colaborar en el planeamiento de actividades del Programa Hogar Rural.

Uno de los primeros trabajos de investigación se lleva a cabo en 1964 en la localidad de Ibarra, partido de Bolívar (Buenos Aires). Se trata de un estudio descriptivo de las características de la vivienda rural, realizado con la orientación técnica de Virginia Lattes Deik, educadora del hogar del IICA, y la cooperación de una economista del hogar del IICA, una estadística-matemática de la EEA de Pergamino, y el personal de la AEA de Bolívar. El interés por el estado de las viviendas rurales se debe a la falta de información confiable sobre las mismas, a diferencia de las viviendas urbanas, de las que se poseen datos (aunque insuficientes) que permiten realizar una estimación de las condiciones en las que se encuentran y planificar en consecuencia. La obligación de “conocer por investigaciones objetivas las condiciones y características” está relacionada con “la función social que deben cumplir” (Berry et al., 1964, p. 1). Este estudio, considerado el primero de una serie, se centra en las características físicas de la vivienda, sin descuidar cuestiones como la relación entre la vivienda y la satisfacción de las funciones familiares, las características del vecindario y las formas de interacción, y la consideración de los valores y las normas de las familias que hacen a la vivienda. El objetivo es que estos primeros datos permitan formular recomendaciones a ser consideradas por el equipo de extensión en sus planificaciones.

A pesar de que el Programa Hogar Rural se dirige a todas las mujeres del agro argentino sin distinción de etnia o de clase, la selección del área en la que se realiza este estudio puede darnos un indicio de la población con la que efectivamente se interactúa en la práctica. La zona de Ibarra es elegida porque, según el criterio del personal de la AEA de Bolívar, es el espacio más apto para realizar las mejoras que se consideran necesarias: existe una mayoría de productores de situación económica favorable, con una “composición étnica homogénea”, receptivos para el cambio, y que pueden tomar decisiones con respecto a su vivienda (Berry et al., 1964, p. 3). De todas formas, el estudio no abarca la localidad entera, sino que se limita al radio de acción del Club Hogar Rural “Siempre Unidas”, que funciona desde principios de 1963. Al no contar con datos sobre la población que permitieran la formación de estratos, se decide efectuar un muestreo simple y al azar. Mientras que la información de las características demográficas y económicas, y de las aspiraciones de las familias con respecto a la vivienda es obtenida mediante el uso de un cuestionario (que incluye como ítems importantes el sistema de tenencia y la superficie del predio), los datos sobre el aspecto físico de la construcción se recogen mediante un registro de observación.

Además de contribuir a “fundamentar los futuros programas de economía del hogar que desarrollan las Agencias del INTA” (Berry et al., 1964, p. 2), el estudio busca adiestrar al

personal del Programa Hogar Rural en técnicas de investigación en economía doméstica y probar un método de investigación para el estudio de la vivienda rural que pueda ser aplicado en otras áreas con características similares si resulta adecuado. En este sentido, en las conclusiones del informe se realizan recomendaciones para la implementación del Programa Hogar Rural por parte de la AEA de Bolívar, y también para futuras investigaciones sobre vivienda rural en zonas de características similares a la de este estudio. En cuanto a las recomendaciones para extensión, se sostiene que es necesario “elevar las aspiraciones, en cuanto hace al mejoramiento de la vivienda y a las funciones que ésta debe cumplir”. Ante la manifestación del 57% de las familias encuestadas de querer introducir cambios en sus casas, las extensionistas podrían facilitar material informativo con ideas prácticas, orientando a las familias para un mejor empleo de sus recursos naturales y económicos en la construcción de sus viviendas, indicándoles buenas técnicas y el uso de materiales de construcción adecuados (Berry et al., 1964, p. 44).

Una investigación realizada dos años más tarde en el área de Pergamino, cuyo énfasis no está puesto en la vivienda, comparte el propósito general y los objetivos más específicos con el estudio de Ibarra. La finalidad principal de este trabajo es “recopilar la información necesaria para planear y ejecutar un programa de extensión referente al mantenimiento del hogar, que permitiese elevar el nivel de vida de las familias rurales”, utilizando los datos obtenidos como una base para la identificación de problemas y la planificación de futuros programas por parte del SNEA (De Baca, 1966, p. 1). Al igual que en el estudio anterior, otros de los objetivos perseguidos son la capacitación del personal de extensión en el reconocimiento de las condiciones existentes en su área geográfica de trabajo (es decir, en investigación), y la utilización de este trabajo “como un ejemplo de método científico de investigación, relacionado con la vida familiar” (De Baca, 1966, p. 3).

En este caso el foco no está puesto en la vivienda, sino que para conocer las condiciones socio-económicas y la vida familiar rural en el área de Pergamino se indaga acerca de las amas de casa. Más específicamente, se busca conocer cuáles son las actividades que llevan a cabo, la cantidad de tiempo destinado a cada una de ellas, y cual es la relación entre ese uso del tiempo y ciertos factores como las condiciones socio-económicas de la familia y las características de la casa o “chacra”. El estudio está pensado para representar a las amas de casa, a las que define como “una mujer que hace el principal trabajo y toma la mayoría de las decisiones sobre el quehacer doméstico” (De Baca, 1966, p. 4). La metodología utilizada es la entrevista, que se realiza a 123 mujeres, siendo el único requisito para participar del estudio

la residencia permanente en la chacra. No se impone ninguna restricción en cuanto a la tenencia de la tierra (un 35% de las entrevistadas no son propietarias de la chacra que habitan) ni en cuanto al tamaño de las chacras, que oscila entre 1 y 1.200 hectáreas.

Las tareas llevadas a cabo por las amas de casa son clasificadas en ocho rubros: dormir y descansar; preparación de la comida para la familia; limpieza diaria y semanal; cuidado de la ropa; atención personal y de la familia; ayuda en las tareas de la chacra; contabilidad y planificación; y recreación. El rubro de preparación de la comida, que incluye otras actividades como poner la mesa, lavar los platos, el trabajo en la huerta, la conservación de alimentos y la compra de vegetales, es el que más tiempo consume por varios factores. Entre ellos se encuentran la importancia que se le da a la comida, la falta de ciertos alimentos en el mercado, el uso de pocos elementos que permitan ahorrar tiempo, y la poca participación de los varones de la familia en estas tareas, sobre todo en la preparación de las comidas y el lavado de platos, actividades que desempeñan en menos del 10% de los casos (De Baca, 1966, p. 27).

Con respecto a las tareas de la chacra, en ningún momento se hace referencia en el informe a que éstas constituyan algún tipo de “trabajo”: cuando las realizan las mujeres se las considera una “ayuda”, que consiste principalmente en el cuidado de gallinas y pollos (cuadro 2). En este rubro, sólo se nombra al trabajo cuando se hace referencia al arado y sembrado, tareas más ligadas a los varones, y aún así se reemplaza su uso por el de “ayuda” cuando se habla de las mujeres: “Muy pocas amas de casa realizaban *trabajo* de arado y sembrado; 21 amas de casa *ayudaban* en las cosechas de verano y 14 en las de invierno” (De Baca, 1966, p. 32).²² De todas formas, queda claro que el trabajo (ya sea denominado como tal o como “ayuda”) es lo que predomina en la vida de las amas de casa: en un día normal ocupan, en promedio, 12,5 horas en trabajar y apenas 0,6 en ocio, y casi dos tercios de las entrevistadas manifiestan un claro deseo de aumentar su tiempo de esparcimiento.

Cuadro 2. Número de amas de casa que ayudan en el cuidado de animales de granja y el tiempo (promedio) que utilizan para ese fin durante el invierno y el verano.

Animales de granja	Verano		Invierno	
	Nº de amas de casa	Tiempo promedio en horas	Nº de amas de casa	Tiempo promedio en horas

²² El resaltado es nuestro.

Gallinas	80	0,57	78	0,79
Pollos	80	0,84	72	0,82
Abejas	3	1,70	2	0,60
Cerdos	15	0,59	16	0,48
Vacas	9	0,95	9	0,62
Caballos	1	0,02	1	0,02
Otros	16	0,20	16	0,20

Fuente: De Baca, 1966, p. 32.

En este caso, una vez finalizado el estudio las recomendaciones se dirigen principalmente a la preparación del personal que lleva adelante el Programa Hogar Rural, ya que se percibe una falta de instrucción en nociones de economía del hogar que limita las posibilidades de apreciar las necesidades reales de las familias rurales. En este sentido, se proponen medidas como el establecimiento de un curso universitario de grado en Ciencias en Economía del Hogar, la expansión de los programas de entrenamiento en economía del hogar existentes (como los del Instituto de Bolívar), y el desarrollo de un servicio de información que publique trabajos acerca de economía del hogar dirigidos especialmente a extensionistas, para que puedan estar al corriente y en coordinación con las necesidades del programa.

El Secretario de Agricultura y Ganadería de la Nación, el ingeniero agrónomo Walter Kugler (ex director del Centro Regional Pampeano entre 1949 y 1963, bajo la órbita del MAN primero y del INTA después) destaca la importancia del estudio y de sus conclusiones en el marco de la Cuarta Convención Nacional de Clubes Hogar Rural de 1965. Kugler valora las herramientas que brinda este trabajo

[...] para que la acción de los clubes responda en relación al enorme esfuerzo que cuesta promoverlos y mantenerlos para que se multipliquen y cumplan con su finalidad, de coadyuvar en la tarea de crear mayor riqueza y lograr su justa distribución, motivando consecuentemente el interés para mejorar las condiciones de vida en el hogar rural. (INTA, 1965, p. 11)

Si bien la experiencia de extensión hasta el momento da un sentido de independencia a las mujeres rurales al participar en actividades fuera de su casa, promueve la interacción entre ellas y las capacita en algunas fases del manejo del hogar, es un problema que la programación disponible esté limitada a la experiencia y formación de cada extensionista. Es por ello que la capacitación de las Asesoras del Hogar Rural es un área en la que se debe seguir trabajando. Este hincapié destaca el rol fundamental del trabajo a campo de las

extensionistas, al mismo tiempo que supone una subordinación de las socias ante los niveles de conocimiento o capacitación de las técnicas, cuya formación –de todos modos– se considera insuficiente.

Otros estudios son presentados en el marco del Primer Seminario Nacional de Investigación en Hogar Rural, organizado en conjunto por el INTA y el IICA en la ciudad de Buenos Aires del 16 al 28 de octubre de 1966, cuyo tema principal es la investigación en economía del hogar. Los objetivos principales del seminario son coordinar los trabajos iniciados en los distintos centros para unificar criterios y fijar los alcances de los estudios e investigaciones que se realizan en el INTA; utilizar de manera práctica la información sobre los estudios e investigaciones que se llevan a cabo; fijar los métodos adaptados al trabajo y que respondan a la política de la institución; considerar y preparar proyectos sobre vivienda y finanzas; y planear el trabajo de investigación para el año siguiente. Según la coordinadora general, Enriqueta P. de Vicién, el Seminario es organizado por la Asesoría Nacional de Clubes que ella dirige pero responde al deseo expresado reiteradamente por las supervisoras, asesoras y especialistas que forman parte del Programa Hogar Rural (INTA, 1966, p. 10). En esta dirección, el foco está puesto en los problemas de vivienda y finanzas debido a que las posibles participantes habían manifestado que eran los temas de mayor interés.

Las principales directrices acerca de cómo, por qué, y hacia dónde se debe dirigir la investigación en economía doméstica son expresadas por la directora del seminario, la Dra. Linda Nelson, educadora del hogar y adjunta de economía y ciencias sociales del IICA. La investigación debe estar necesariamente orientada a su implementación práctica, ya que una de las razones principales por las que se lleva a cabo es para poder programar mejor en extensión y así poder resolver problemas y ayudar a la gente. Desde el planteamiento de un estudio determinado los investigadores “debe[n] poder indicar como va[n] a utilizar los resultados de un estudio para guiar la programación o fijar los problemas que requieren mayor estudio, pero la cadena de estudios no debe ser demasiado larga antes de llegar a la acción” (INTA, 1966, p. 29). Según Nelson, es necesario poner más atención en el planeamiento de los trabajos y orientarlos a resolver problemas: en América Latina no se deberían iniciar estudios para los cuales no se puedan señalar frutos prácticos para un programa de acción. En este sentido, antes de iniciar un estudio se debe tener seguridad de que se contará con los recursos financieros, de personal y de conocimientos para llevar a cabo el programa de acción planeado al finalizar la investigación. Pronunciadas apenas cuatro meses después de un golpe de estado –el tercero en once años en Argentina–, las palabras de

la asesora internacional pecan de ingenuidad: la situación política y económica nacional no permite garantizar esas seguridades que Nelson exige.

En cuanto a los temas de investigación, es necesario que los investigadores establezcan contacto estrechos con las asesoras y frecuenten el medio rural para estar al tanto de los problemas de la gente. Sin embargo, también deben poder mirar hacia el futuro y buscar “posibles soluciones a problemas que la gente no reconoce aún” (INTA, 1966, p. 30). Con respecto a la metodología, no hay “un” método que permita resolver todos los problemas: incluso la encuesta, el más utilizado, no proporciona toda la información necesaria aunque esté bien hecha. Nelson se lamenta del (demasiado) rápido avance en el entrenamiento de personal en la aplicación de técnicas sueltas sin que puedan comprender la utilidad y los peligros que acarrear dichas técnicas. Otro problema recurrente, que marca la jerarquización de los conocimientos de los investigadores por sobre los de los extensionistas, es la presentación únicamente de datos crudos por parte de los primeros, ya que la preparación de los segundos no necesariamente incluye entrenamiento en el análisis e interpretación de esos datos, con lo cual el aporte de la investigación no es aprovechado del todo.

Las asistentes al seminario, entre las que se encuentran supervisoras de los diferentes Centros Regionales del INTA, cuatro Asesoras de Hogar Rural, y especialistas en numerosas disciplinas (nutrición humana, educación sanitaria, estadística, investigación en economía del hogar, administración del hogar, etc.), son sometidas a un cuestionario para evaluar cuáles consideran que son las razones más importantes para hacer investigación. A cada una de las razones postuladas por el cuestionario, las asistentes deben asignarle uno de los cinco valores siguientes: Indispensable; Muy importante; Importancia regular; Poca importancia; Ninguna importancia. En este sentido, razones como “planear o programar en extensión”, “resolver problemas” y “ayudar a la gente” son señaladas por un alto porcentaje de respuestas como Indispensables o Muy importantes. Por otro lado, razones como “formular teoría”, “aprender algo (personalmente)” y “mostrar creatividad” son consideradas importantes por las asesoras y las especialistas, pero no así por las supervisoras del Programa. En cambio, ganar prestigio y/o dinero no son razones apropiadas para desarrollar la investigación: un 80% de las asistentes le asigna poca importancia o ninguna (INTA, 1966, pp. 25–28). A partir de estas respuestas puede conjeturarse que se espera un cierto nivel de altruismo de parte de las extensionistas, y que por ese motivo ellas opinan que es más importante investigar para resolver problemas y ayudar a la gente que para obtener prestigio y dinero.

En este marco, se presentan estudios realizados por algunas de las asistentes en sus zonas de origen. La nutricionista Neide Cetera del Centro Regional Santafesino, a partir de una investigación desarrollada en cinco distritos del Departamento Castellanos (del área de influencia de la AEA Rafaela) expone acerca de su experiencia en cuanto al trabajo de las Asesoras de Hogar Rural como encuestadoras. Si bien un único estudio no permite formular generalizaciones acerca de este tema, puede servir para orientar la discusión en el seminario.

El objetivo general del estudio es conocer el estado de nutrición de la población rural y los factores que lo determinan, para orientar los planes de educación nutricional a ser desarrollados por el SNEA. La metodología utilizada incluye encuestas familiares estructuradas, entrevistas a informantes de la comunidad, aplicación de cuestionarios a escolares y observación estructurada, para conocer índices directos (antropometría y frecuencia de enfermedades de nutrición) e indirectos (consumo de alimentos), considerando que esta situación está determinada por muchos factores: la disponibilidad de alimentos a nivel comunal, la producción familiar de alimentos, el nivel económico, la cultura alimentaria, y aspectos sanitarios, entre otros.

En un primer momento se había solicitado la contratación de siete encuestadoras por el término de un mes, pero esta petición fue declinada por el Centro Regional Santafesino, por lo que se decidió que esos lugares sean ocupados por siete Asesoras en Hogar Rural. Los motivos del rechazo de este pedido habrían sido el impacto que tendría en el desarrollo de habilidades en el relevamiento de información y en la creación de actitudes favorables hacia la investigación sistemática, y principalmente el ahorro de dinero que significaría. Las siete asesoras seleccionadas, todas ellas maestras con entre 1 y 6 años de experiencia, reciben material de referencia sobre técnicas de la entrevista y sobre la encuesta, y forman parte de un curso de 18 horas en la EEA Rafaela con el objetivo de “favorecer la capacitación de las encuestadoras para el relevamiento de información, con el objeto de lograr mayor validez de la misma y mayor eficiencia” (INTA, 1966, p. 47).

En este caso, se elige no entrevistar a familias que tengan relación directa con los Clubes para no hacer peligrar la confiabilidad de la información. De todas formas, la recolección de datos llevada a cabo mediante un registro de actividades y un formulario de actitud del encuestado debe enfrentarse a problemas como la barrera del idioma, la enfermedad del ama de casa y el rechazo. Según el informe, estos porcentajes son mayores que los encontrados en estudios similares en la provincia de Buenos Aires, pero se trata de condiciones fundamentalmente distintas, por lo que es difícil establecer comparaciones.

La conclusión general es que el trabajo de las Asesoras de Hogar Rural como entrevistadoras es altamente satisfactorio, por lo cual se detallan los factores que contribuyen a alcanzar este resultado, y que por eso deben ser tenidos en cuenta: la interiorización de los objetivos del estudio y la toma de conciencia de su responsabilidad como participantes; la oportunidad de un “adiestramiento lo más completo posible” (INTA, 1966, p. 54); la dedicación de tiempo completo a la investigación; la organización previa de todos los detalles logísticos; la supervisión constante; y el compañerismo y buen clima de trabajo.

Otro estudio es presentado por Inés Berry, Asesora del Hogar Rural de la AEA Resistencia. Se trata del “Informe de la investigación social a nivel de Clubes Hogar Rural. Características del ambiente cocina”, basado en una investigación realizada en las viviendas de las socias de los siguientes Clubes de la provincia de Chaco: “Santa Justina”, de la AEA Las Breñas; “Abejitas”, de la AEA Villa Angela; “Irupé”, de la AEA Resistencia; “Sol de Mayo”, de la AEA Gral. San Martín; “Flor de Lis”, de la AEA Tres Isletas; “Rincón Feliz”, de la AEA Ibarreta; y “Rayito de Sol”, de la AEA Pcia. Roque Sáenz Peña. El objetivo de la investigación es disponer de información objetiva que permita conocer las condiciones de la cocina y la actitud de las socias frente a la misma, para poder establecer algunas líneas de trabajo en lo referente a su mejoramiento. A partir de una guía y mediante la observación, las asesoras buscan registrar algunos datos sobre la vivienda y, más específicamente, la cocina.

Se trata del “centro de la actividad hogareña, y el hecho de haber tomado la cocina como unidad de estudio, se debió a los siguientes motivos, que se conocen a través de la observación”: es el lugar de la casa donde la higiene y la conservación son más deficientes; es un ambiente que suele estar mal iluminado, donde las áreas de trabajo están mal distribuidas y los techos, paredes y aberturas evidencian la falta de reparación y pintura; en su gran mayoría no cuentan con una instalación adecuada para efectuar la tarea de lavado ni tienen depósitos de agua cercanos; y sobre todo, se constituyen en ambientes antihigiénicos con incidencia en la salud, comodidad y bienestar de las amas de casa, quienes pasan gran parte del día o de sus horas de trabajo en estos espacios (INTA, 1966, p. 57).

Mediante un registro de observación, el levantamiento del plano de la vivienda y la cocina, y un cuestionario llenado en el transcurso de las entrevistas con las socias, se releven los datos de 72 hogares rurales. En la exposición se realiza un análisis de la distribución y el uso de las habitaciones, y se describen los materiales de construcción y el equipamiento de las cocinas. De las entrevistas surge que dos tercios de las socias no están satisfechas con la cocina que tienen, y las que sí lo están, en algunos casos es por conformismo. Una amplia mayoría

(88%) manifiesta el deseo de realizar mejoras en el ambiente (construcción, instalaciones, renovación de muebles), y el resto (12%) no lo hace por no disponer del dinero para comprar los materiales necesarios. En cuanto a las expectativas con respecto a la ayuda que podrían recibir del Club del Hogar Rural del que forman parte, el 33% considera que el Club podría facilitarles un préstamo, el 21% espera que contribuya con ideas o sugerencias, el 18% manifiesta no necesitar ayuda del Club y un 5% espera recibir colaboración de sus compañeras para la ejecución del trabajo. De acuerdo con Inés Berry, estas opiniones deben ser consideradas importantes porque indican la actitud de las socias y las expectativas que tienen con respecto a la relación de dependencia con su Club.

A partir de los problemas puestos en evidencia por la investigación, se formulan recomendaciones que puedan ser consideradas en los programas de las AEA en las que se llevó a cabo el estudio. Algunas de las recomendaciones más destacadas son convencer a las socias para que interesen a sus maridos en la refacción de la cocina, facilitar a las familias material informativo con ideas prácticas para proyectar mejoras adecuadas al medio rural y las necesidades de la familia, y realizar los trabajos por etapas para que las primeras mejoras estimulen el interés en otras más importantes. Como los problemas encontrados “configuran una situación bastante similar para todas las agencias, estas recomendaciones si bien de tipo general, se aplican –con ciertas adecuaciones– a todas las zonas” (INTA, 1966, p. 66).

Algunas asistentes al seminario presentan estudios actualmente en curso. Es el caso de Elba Rossi, especialista en economía del hogar del Centro Regional Pampeano, quien expone la necesidad de realizar estudios sobre la estructura dinámica del grupo familiar, ya que todo aporte al conocimiento del sistema de relaciones de este grupo contribuye a la realización del bienestar de la familia rural, que es el objetivo final del INTA. De todas las unidades de relación que se encuentran en una familia, “grupo social primario por excelencia”, para este estudio se decide tomar la de padres e hijos, con el objetivo fundamental de “suministrar datos concretos acerca de las formas de educación de los hijos de la familia rural, para basar los planes de Relaciones Familiares en Hogar Rural” (INTA, 1966, p. 87). Otras metas incluyen conocer los principios y procedimientos educativos de las familias, e indagar acerca de las aspiraciones de los padres con respecto a la instrucción, ocupación y personalidad de sus hijos. Posiblemente detrás de estos objetivos subyace una preocupación por el éxodo rural-urbano, ya que la educación de los hijos es uno de sus factores esenciales.

Resulta curioso que dentro de los objetivos específicos se busca conocer la conducta de las madres en referencia a una serie de actitudes y actividades de los niños (decisiones en cuanto

a vestimenta y juegos, asunción de responsabilidades, agresividad, educación social y sexual), pero no así la de los padres. Es cierto que, por razones prácticas ligadas al costo de viáticos y pasajes, se considera que no será posible la participación de los padres varones, por lo que la información únicamente será recabada de las madres. Pero otros objetivos específicos que se relacionan con las aspiraciones y expectativas respecto de los niños, están orientados tanto a los padres como a las madres, con lo cual la omisión de los primeros en algunas de las metas resulta significativa. De todas formas, únicamente se consideran para el estudio aquellas familias que están “completas”, es decir, que tengan padre y madre. Para llevar a cabo el estudio se elige una comunidad de trabajo del radio de acción de distintas AEA de Buenos Aires y Santa Fe (Lincoln, Junín, 9 de Julio, Vedia, 25 de Mayo, Chivilcoy y Rufino) y se entrevista a las madres de los niños de 6 a 10 años de una o más escuelas. Una vez obtenida la información se prevén dos instancias de análisis: primero se realizará un análisis descriptivo en términos estadísticos y se emplean medidas de asociación o correlación para los objetivos correspondientes; después, se hará un análisis comparativo de los datos, de acuerdo a grupos diferenciados por un índice de status socio-económico.

Por su parte, la señorita María Estela Defagot, especialista en investigación en economía del hogar, presenta una investigación acerca de las posibles relaciones existentes entre la evolución de las etapas del ciclo de vida familiar y la toma de decisiones financieras por parte de familias rurales de propietarios. Este estudio se encuentra en curso en distintos distritos del Departamento Castellanos, que pertenece al área de influencia de la EEA Rafaela. Los objetivos son explorar el proceso de toma de decisiones financieras de las familias rurales en diferentes etapas del ciclo de vida familiar, averiguar el grado de participación de la familia en el proceso de toma de decisiones financieras de la chacra y el hogar, buscar patrones relacionados con las etapas del ciclo de vida familiar, el sexo, y los rubros de la administración del hogar y la chacra en los que se realizan inversiones, ensayar la aplicación de métodos para verificar su confiabilidad, validez y aplicación futura, y desarrollar un estudio que sirva como base para otros posteriores sobre aspectos relacionados. La investigación se encuentra en el proceso de prueba de los instrumentos diseñados, con el fin de verificar su confiabilidad y validez, y de efectuar los ajustes que sean necesarios.

Todas estas exposiciones son presenciadas por el resto de las asistentes al seminario, quienes luego son divididas en cuatro grupos de trabajo en los cuales discuten acerca de las conferencias y los temas planteados. En un plenario, realizado el último día del Seminario, se presentan las conclusiones finales de cada grupo con respecto a los distintos temas tratados.

En cuanto al alcance de las investigaciones en Hogar Rural, una de las recomendaciones principales es que los estudios de situación sean, en la medida de lo posible, integrales, abarcando administración rural y economía del hogar. Para esto sería ideal equiparar al Programa Hogar Rural a las ramas agropecuarias de la extensión (un reclamo que se repite a lo largo de los años), integrando equipos de especialistas que respalden la labor de las asesoras, quienes a su vez deben ser entrenadas en técnicas de observación. Otra propuesta es la realización, en primera instancia, de “estudios de situación” o estudios básicos de corta duración que no sólo permitan fundamentar el trabajo de extensión, sino también la selección de los temas de investigación a largo plazo.

Con respecto a la coordinación en investigación para extensión en Hogar Rural, se recomienda la realización de reuniones de especialistas e investigadoras previas a las de programación, y posteriores, durante la marcha de los planes, para conocer progresos, inconvenientes y problemas. El planeamiento debe hacerse en equipo y deben participar todos los que formen parte del estudio en cualquiera de sus etapas: especialistas, investigadoras y extensionistas. Cada una de ellas debería poder colaborar cuando las circunstancias lo requieran a lo largo del estudio. También sería importante la participación de instituciones u organismos específicos en el planeamiento de estudios, y/o en la realización de los mismos. Por otra parte, los planes de investigación deberían coordinarse entre distintas AEA (de un mismo Centro Regional, o de distintos centros pero cercanas en el espacio) que se encuentren en situaciones similares o tengan características y problemas semejantes, ya que podrían producirse planes de acción comunes.

Asimismo, en las conclusiones se realizan una serie de demandas al SNEA para asegurar el correcto funcionamiento de la investigación para extensión en Hogar Rural. En este sentido, se considera necesario “que se aseguren y concreten los recursos humanos y materiales para la realización de estudios”; que se integre un equipo asesor constituido por especialistas e investigadores a nivel nacional y otros a nivel de Centro Regional y/o EEA, y que se definan sus roles y responsabilidades para facilitar la coordinación en los distintos niveles; que se complete a nivel nacional el equipo de especialistas con las áreas de administración del hogar, vivienda y relaciones familiares; que se trabaje continua y sistemáticamente en la capacitación del personal especializado en investigación para extensión en Hogar Rural, que a su vez debe estar actualizado en cuanto a la realidad del país; y que se disponga por lo menos de un estadístico dedicado a investigación para extensión en Hogar Rural.

Es difícil conocer el verdadero impacto de las investigaciones presentadas en el seminario, tanto en la aplicación práctica del programa como en la realización de nuevos estudios más adelante. Lo que sí sabemos es que la preocupación por parte del SNEA por mejorar la práctica de extensión sigue estando presente en los años siguientes, ejemplificada en la realización del Seminario de Extensión en Hogar Rural en noviembre de 1971, que analizaremos en el próximo capítulo. También persiste el interés por el conocimiento de las comunidades rurales para un mejor planeamiento en materia de extensión, como lo demuestra el estudio de la comunidad de Los Médanos realizado entre 1972 y 1973 por Elena Hidalgo de Avila, Asesora de Hogar Rural de la AEA Caucete (San Juan), con el objetivo de obtener información sobre la realidad socio-económica y cultural de las familias de la región para fundamentar y orientar planes de acción. Además de interesarse por la estructura demográfica y ocupacional de la comunidad, el nivel real de ingresos, y las características que adquieren las relaciones sociales, cabe destacar que uno de los objetivos específicos de la investigación es conocer cuál es la percepción sobre la situación social de la mujer (Hidalgo de Avila, 1974, p. 4).

El universo de investigación comprende a la totalidad de las familias residentes en Los Médanos, entendiéndose como “familia” a la pareja con o sin descendientes –lo que implica un cambio en la concepción de años anteriores–, que habita en forma estable bajo el mismo techo, con una convivencia mayor a los dos años. Para recolectar los datos se efectúan entrevistas personales a la totalidad de las familias del área, en las cuales se realiza una encuesta con preguntas abiertas y cerradas, intentando encuestar simultáneamente a ambos miembros de la pareja con el objeto de eliminar, dentro de lo posible, la influencia recíproca. Un dato llamativo que surge de las entrevistas es el limitado alcance de la educación formal. En el caso de las mujeres se destaca el alto grado de analfabetismo (alcanza al 70,7%), y entre los varones, la dificultad para terminar los estudios: apenas el 3,5% tiene la primaria completa y ninguno tiene estudios secundarios, contra porcentajes del 10,3 y el 3,5 respectivamente para las mujeres. Ante este panorama es necesario adecuar la metodología en situaciones educativas: el empleo de folletos, hojas informativas y cualquier otro recurso escrito pierde toda su utilidad, y es necesario recurrir a “comparaciones o asociaciones simples de la vida cotidiana que no exijan abstracciones, incrementando el uso de audiovisuales y la enseñanza directa y personal” (Hidalgo de Avila, 1974, p. 10).

Las respuestas a otra de las preguntas contradicen una afirmación que se sostiene desde principios de siglo, ligada a la emigración rural y al papel cumplido por las mujeres en este

proceso. Ante la pregunta acerca de la predisposición al abandono del lugar de residencia como una oportunidad para alcanzar el nivel de ingresos deseados, la respuesta de varones y mujeres no varía significativamente: el 60,6% de los jefes de familia y el 63,8% de sus esposas estarían dispuestos a alejarse de Los Médanos, ante la perspectiva de mejorar su nivel de vida actual. De todas formas, en el informe de la investigación se sostiene un argumento similar al esgrimido desde la época de Tomás Amadeo, responsabilizando a las mujeres del éxodo rural: al coincidir las respuestas de varones y mujeres, “hay una doble predisposición como factor positivo para el éxodo. Cabe pensar que, ante la posibilidad de abandonar la zona, las mujeres alentarán a sus esposos para hacerlo en más de la mitad de los casos” (Hidalgo de Avila, 1974, pp. 13–14).

Una novedad de este estudio es que, a diferencia de los anteriores, se problematiza el lugar de las mujeres en las familias rurales, en términos del proceso de toma de decisiones y de la percepción que los propios miembros de la familia tienen sobre ellas. En cuanto a las decisiones sociales y económicas relacionadas con la familia y la empresa agropecuaria, en el marco del estudio se presentaron situaciones hipotéticas (diecisiete en total) ante las cuales debían elegir entre cuatro alternativas: decisiones tomadas sólo por el varón adulto, sólo por la mujer adulta, por la pareja en conjunto, y por la pareja con los hijos. Las respuestas son contundentes: los varones afirman tener el poder de decisión en soledad en todos los escenarios y las mujeres reconocen este poder, apenas buscando compartir la responsabilidad en cuanto a la partida de los hijos por motivos laborales, la participación de las propias mujeres en agrupaciones (como los Clubes Hogar Rural), y el manejo de los ingresos producidos por la finca. Ante este dominio casi total de los varones, se postula la necesidad de interesarlos e involucrarlos en aquellas actividades realizadas por sus esposas y sus hijos, y al mismo tiempo el imperativo de capacitar a estos últimos para que puedan tomar sus propias decisiones.

Con respecto a la percepción del lugar de las mujeres dentro de las familias, un alto porcentaje de los entrevistados y las entrevistadas considera que se encuentran en un plano de igualdad con respecto a los varones. Curiosamente, es mayor el porcentaje de mujeres que considera que ocupan un lugar inferior al de sus maridos (32,8%, contra un 25,9% de hombres), pero también el de aquellas que se perciben en un lugar superior (17,2%, contra un 6,9% de hombres). Ante la pregunta acerca del salario que deberían recibir mujeres y varones

por igual trabajo, una cuestión que sigue sin saldarse en la actualidad,²³ la mayoría de las parejas consideran que el salario debe ser igual, pero un 12% de varones y un 20% de mujeres sostienen que las mujeres deben ganar algo menos; “para explicar estas últimas opiniones, llaman la atención comentarios tales como ‘por ser mujer’” (Hidalgo de Avila, 1974, p. 46). En este mismo sentido, es prácticamente nula la competencia que ambos miembros de la pareja asignan a las mujeres para opinar en temas relacionados con política, manejo de la chacra y problemas comunitarios. Es por eso que las recomendaciones en esta área están dirigidas a crear conciencia sobre la importancia de la participación activa de las mujeres a nivel social, sobre todo en proyectos de promoción de la comunidad.

Más de tres lustros después de iniciado el Programa Hogar Rural, no sólo se sigue intentando mejorar el trabajo de extensión, sino que se discuten permanentemente las características que debería tener de acuerdo con la zona en la que se aplica. En este caso, las conclusiones van más lejos que en años anteriores en lo relativo al bajo nivel de ingreso de las familias, al notar que se encuentran en una situación de subsistencia y se ven obligadas a destinar la mayor parte de sus ingresos a la alimentación. Esta situación –posiblemente producto de un contexto nacional y regional de fragilidad económica e inestabilidad política– no puede ser revertida si la parte del ingreso que corresponde a las familias no sigue el ritmo de incremento que obtienen los precios del producto generado con su trabajo. En este sentido, es necesario corregir cuestiones estructurales a nivel socio-económico:

Urge analizar en profundidad la economía provincial y la estructura ocupacional agrícola, desde el punto de vista obrero y sus agremiaciones, del sector patronal y de los entes estatales competentes. La inercia ante la situación económica que revela el presente informe, contribuye a la despoblación paulatina y definitiva de vastas áreas de nuestro territorio (Hidalgo de Avila, 1974, p. 50).

De todos modos, las iniciativas de extensión basadas en la investigación previa tienen una gran utilidad, siempre y cuando no se conciben como una mera difusión de tecnología o prácticas de economía doméstica, sino que tengan en cuenta e involucren al público al que van dirigidas. Si bien en el informe del estudio llevado a cabo en Los Médanos no se hace referencia al “desarrollo de la comunidad” y sí a la “organización” de la misma (una de las bases filosóficas del pensamiento peronista, nuevamente en el poder tras dieciocho años de proscripción), lo cierto es que ambas se logran únicamente “cuando el hombre no es un mero

²³ Ver Paz (2019), Carranza y Alderete (2014), e INDEC y Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social (2014).

instrumento de una acción determinada, sino una persona que conociendo múltiples alternativas se torna capaz de optar y decidir, ejerciendo así mejor su libertad” (Hidalgo de Avila, 1974, p. 1). Este es el objetivo del Programa Hogar Rural, y por extensión de los Clubes, que deben funcionar como espacios de desarrollo personal y comunitario.

Capítulo 3. El Programa “Clubes del Hogar Rural” entre 1958 y 1974

En su exposición en el Seminario de Economía Doméstica en Extensión Agrícola de 1960 acerca de la organización de un programa a nivel nacional, María Enriqueta Piangiarelli de Vicién (la Asesora Nacional de Clubes Hogar Rural) sostiene que una de las principales necesidades de las familias para cumplir con su “misión en el medio rural” es la de una mejor instrucción, sobre todo en el caso de las mujeres. Las características del trabajo agrícola y el planeamiento de las tareas de manera ordenada requieren un determinado nivel de capacitación. Ya no alcanza con ser “una buena ama de casa”; las mujeres deben acompañar y aconsejar a los varones, y para ello es necesario “interesarla[s] en los trabajos de la explotación rural en general y en particular en los trabajos apropiados a su físico”, que participen en la dirección de la explotación, que conozcan el valor y manejo del dinero, teniendo una idea exacta del valor social del mismo, contabilizando gastos y formando fondos de previsión y ahorro. Las bases del Programa Hogar Rural, en funcionamiento desde 1958, deben contemplar estas necesidades para difundir y dar a conocer “a la[s] mujer[es] cuál puede ser su función en el hogar y en la explotación” (INTA, 1960, p. 93).

Como hemos visto, las políticas de extensión del INTA no se limitan a perseguir un aumento de la productividad de las explotaciones agropecuarias sino que pretenden tener un impacto a nivel sociocultural, incluyendo en sus programas a sujetos relevantes del mundo rural como las mujeres y las juventudes, con los que se trabaja de manera especializada por intermedio de los Clubes Hogar Rural y 4-A respectivamente (Gárgano, 2017a; Gutiérrez, 2014). En el caso de los Clubes Hogar Rural el propósito es “establecer, a través del Servicio Nacional de Extensión Agropecuaria, una estructura nacional que permita la creación de espacios de socialización y debate para las mujeres del agro” (Ivickas Magallán, 2017). En sintonía con los objetivos generales de la extensión del INTA, el Programa Hogar Rural busca capacitar de manera integral a las mujeres “para la vida familiar y comunitaria, colaborando directamente en la tecnificación del agro, para el aumento del nivel de vida por una mayor producción, que se traduce en bienes económicos y sociales” (INTA, 1965, Prefacio). A lo largo de los años de duración del programa distintas autoridades del INTA (los presidentes René Delpech y Gastón P. Bordelois) y la Secretaría de Agricultura y Ganadería de la Nación (el ingeniero agrónomo Walter Kugler) se encargan de reforzar el vínculo entre sus objetivos y las metas establecidas por el decreto-ley de creación del organismo (INTA, 1961a, p. 6, 1965, p. 10, 1967, p. 11), sosteniendo la búsqueda de “llevar al agro beneficios económicos y

sociales”, “elevar eficientemente el nivel de vida de la población agraria” y que “en un futuro no lejano lleguen allí todos los beneficios” del progreso técnico-científico.

La idea no es crear “simples grupos de mujeres que por cualquier motivo esporádico se han reunido”, sino que se busca un desenvolvimiento de la personalidad de esas mujeres, a través del intercambio de experiencias vividas y compartidas, en el cual cada una trata de ir forjando un liderazgo para que haya una dinámica continua de superación (INTA, 1965, p. 8). La capacitación de las mujeres rurales es considerada imprescindible: sus beneficios superan ampliamente a sus costos, ya que los esfuerzos orientados en este sentido tienen un impacto directo sobre el total del grupo familiar y comunitario. Si las mujeres están capacitadas, podrán ayudar a acrecentar los recursos, serán más eficientes en la administración de los bienes disponibles, podrán formar mejor a las nuevas generaciones, y descubrirán mayores alternativas en la toma de decisiones. Enfocado en el desarrollo sociocultural de las familias rurales, el programa busca transformar a cada lugar del país donde actúen los Clubes en “centros que posibiliten a los miembros de la familia en el ejercicio de sus derechos, asumir sus propias responsabilidades y unirse a otros para lograr cooperativamente la concreción de sus aspiraciones” (INTA, 1970b, p. 8).

Más allá de la retórica modernizadora y el énfasis en el desarrollo personal y comunitario, los contenidos del Programa²⁴ y la modalidad del trabajo de extensión del INTA (asistencia técnica para los varones, Hogar Rural para las mujeres) evidencian el objetivo de reafirmar la estructuración de género vigente en los ámbitos rurales. En un período marcado por el aumento de las migraciones a las ciudades (Recchini de Lattes & Lattes, 1969, 1975) y un creciente acceso de las mujeres urbanas al mercado de trabajo (Lobato, 2007), el interés por capacitar a las mujeres rurales no responde a una demostración de altruismo por parte de las autoridades gubernamentales (al menos no totalmente), sino más bien a la intención de sostener el orden jerárquico que caracteriza a las relaciones de género (Stølen, 2004), en un contexto en el que puede verse severamente cuestionado.

Los Clubes Hogar Rural no son concebidos como una imposición por parte del INTA. La participación del organismo pretende ser exclusivamente orientadora: uno de los objetivos de esta política es que los Clubes sean formados como consecuencia de un deseo de las personas que sienten la necesidad de agruparse. En este sentido, son creados por las comunidades y pertenecen a ellas, no al INTA, y para que resulten realmente útiles es necesario que se

²⁴ Las propuestas de trabajo del INTA para las mujeres son analizadas a lo largo de este capítulo, sobre todo en el último apartado.

desenvuelvan de manera independiente. Si bien es lógico que en sus comienzos reciban un apoyo mayor por parte de la institución, la idea es que con el correr del tiempo se desarrollen sin la tutela permanente del Instituto. En otras palabras, el deber del organismo es orientar a los grupos de mujeres, “pero no hacer lo que a ellos les corresponde, digamos ayudarlos a que se ayuden a sí mismos” (INTA, 1960, p. 90). En sintonía con las recomendaciones de Genevieve Feagin de Kallander (1962) en su informe traducido y publicado por el INTA que hemos analizado en el capítulo anterior, y de manera novedosa con respecto a las iniciativas anteriores destinadas a las mujeres rurales, para que los Clubes se desempeñen de manera autónoma es necesario descubrir los líderes en cada comunidad, aunque lo sean potencialmente. La independencia de los Clubes (o al menos su pretensión) es fundamental para aumentar su número y expandirlos a todo el país, integrándolos a sus comunidades y tendiendo al desarrollo de las mismas.

Objetivos y formación de los Clubes

En el acto de clausura de la Cuarta Convención Nacional de Clubes Hogar Rural en 1965, la Asesora Nacional sostiene que la finalidad del Programa es lograr la elevación de la familia rural mediante una formación integral de las mujeres que incluya conocimientos económicos, sociales y culturales. El desarrollo de proyectos individuales y colectivos en los Clubes es el vehículo para forjar esos elementos que se traducirán en un mayor bienestar y un nivel de vida digno.

En línea con los preceptos de la extensión del INTA elaborados por el ingeniero agrónomo Norberto Reichart (ver capítulo 2), Piangiarelli de Vicién plantea la importancia de no contemplar sólo el nivel de vida desde lo económico, ya que así no se alcanzará el verdadero desarrollo: “para que la humanidad en su conjunto sea mejor, debemos fijarnos como meta el desarrollo integral de los seres humanos. Progresar en lo físico, y en lo espiritual, en lo económico y lo cultural, crecer en todo sentido” (INTA, 1965, p. 83). De esta manera, la extensión no puede limitarse a la transferencia de tecnología y al contacto entre técnicos y productores, sino que es necesario promover la formación de lazos comunitarios. En el caso del Programa Hogar Rural, se postula que gracias al encuentro con otras mujeres es posible superar las deficiencias que se sufren en el campo, incentivando la gestión de los propios sujetos de sus (pobres) condiciones de vida. Estas deficiencias no pueden ser vencidas con

esfuerzos aislados: según la Asesora Nacional, “cada una sola puede poco, todas unidas podemos muchísimo” (INTA, 1965, p. 83).

Algunos años más tarde, en una exposición realizada en la Reunión de Extensión Rural de junio de 1971 en la Estación Experimental Regional Agropecuaria (EERA) de Paraná, Piangiarelli de Vicién reafirma que el desarrollo agropecuario del país no depende exclusivamente de factores económicos como el aumento de la producción agropecuaria y el incremento de los ingresos, sino que debe alcanzarse también un desarrollo a nivel social y cultural. “Si la filosofía del trabajo de extensión, es el mejoramiento del productor, su familia y la comunidad, es necesario dar igual importancia a la tecnificación del campo y a la promoción del individuo: hombres, mujeres y jóvenes” (Piangiarelli de Vicién, 1972b, p. 2). El desarrollo económico no puede ser alcanzado únicamente enseñando cómo producir más, debido a que un productor no puede ser eficiente si sufre problemas de bienestar que no están siendo considerados.

Para comprender la relevancia que se le otorga a la extensión orientada hacia las mujeres debemos retomar la idea de “conceptos normativos” formulada por Scott (2008) para referirse a uno de los elementos que implica la noción de género. Estos conceptos, expresados en las doctrinas religiosas, educativas, científicas, legales y políticas, adquieren la forma de oposiciones binarias fijas y “afirman de forma categórica e inequívoca el sentido de hombre y mujer, de lo masculino y lo femenino” (Scott, 2008, p. 66). Estos juicios normativos dependen del rechazo o de la represión de otras posibilidades alternativas, pero para que funcionen adecuadamente la posición dominante debe quedar establecida como la única posible. En este sentido, cuando se afirma que “la mujer es el eje en torno al cual se mueve la familia: [...] es la educadora natural de los hijos; es la que conduce el hogar y le da fuerzas para renovar aptitudes positivas hacia la familia y la comunidad” (Piangiarelli de Vicién, 1972b, p. 1), no sólo se busca construir sentidos acerca del lugar de las mujeres en las familias rurales, sino que al mismo tiempo se clausuran otras posibilidades y se oculta la disputa en torno a los conceptos normativos.

Los Clubes proveen a las mujeres de un bien considerado escaso en el medio rural: un espacio de capacitación y formación para que puedan “desenvolverse al máximo y en forma eficaz en la vida del hogar y la comunidad” (Piangiarelli de Vicién, 1972b, p. 3). Se busca de esta manera paliar las deficiencias culturales y sociales que impiden alcanzar un nivel aceptable de bienestar en el campo, al entender que éste es uno de los principales motivos por

el cual las mujeres tienden a migrar hacia centros urbanos (DPE, s/f; Holubica, 1988; Recchini de Lattes & Lattes, 1969, 1975; Rothman, 1967). De acuerdo con Piangiarelli de Vicién la participación de las mujeres en los Clubes Hogar Rural, la solución de problemas fundamentales de las familias y la capacitación en diversos temas con un fuerte acento en lo agrario son elementos que promueven el arraigo de las mujeres y sus familias en el campo.

Para evitar el éxodo, el INTA busca transformar cada rincón del país estimulando la participación femenina en el desarrollo de las comunidades, promoviendo la agrupación de mujeres que tratan de buscar soluciones a sus problemas (y los de su entorno) con la asesoría de las extensionistas, cuya labor analizaremos más adelante en este capítulo. El ámbito elegido para la realización de este ideal es el de los Clubes del Hogar Rural, que de acuerdo con su estatuto agrupan a “señoras y señoritas mayores de 18 años con el objeto de intercambiar ideas sobre actividades comunitarias y de la familia en todos sus aspectos, y capacitarse como participantes activos del proceso de desarrollo del país” (INTA, 1970c, p. 3). En última instancia se busca que las socias “sean útiles a su hogar y en consecuencia al país”, pero en sintonía con las declaraciones de Piangiarelli de Vicién el foco no está puesto en el aspecto económico del desarrollo, sino más bien en un tipo de crecimiento menos tangible. Se busca “despertar sus inquietudes y fomentar la vocación por la vida rural”, impulsar “reuniones de carácter cultural y social que permitan el acercamiento espiritual, el estrechamiento de vínculos amistosos y el mejoramiento de la comunidad rural”, y “promover y alentar toda iniciativa que tienda a elevar los conocimientos de [las] asociadas en procura de su perfeccionamiento” (INTA, 1970c, pp. 3–4), intentando superar el aislamiento característico de la vida rural debido a deficiencias en transporte y comunicación.

Poco tiempo después de su asunción como Presidente del INTA, el ingeniero agrónomo René Delpech²⁵ reafirma uno de los conceptos fundamentales del trabajo de extensión, que marca el desarrollo del Programa Hogar Rural y el proceso de formación de los Clubes. En su intervención en la Segunda Convención Nacional de Clubes Hogar Rural, uno de sus primeros actos públicos como presidente de la institución, Delpech sostiene que si bien el Estado debe promover el desarrollo económico, “no es quien debe hacer, sino facilitar que se haga”; en este sentido, desde el INTA se busca “desarrollar el espíritu de comunidad, para que los grupos de personas hallen ellos mismos la solución de sus problemas, y trabajen

²⁵ Egresado de la Universidad de Cornell en Estados Unidos, donde obtiene el título de “Master of Science” en Economía Agrícola en 1941, Delpech ocupa la presidencia del INTA desde el 6 de septiembre de 1961 hasta el 20 de octubre de 1963. Anteriormente había formado parte de la Junta Nacional de Algodón, y luego de su desvinculación del instituto se desempeña como Administrador Nacional del Instituto de Colonización y Régimen de la Tierra.

eficientemente para ello” (INTA, 1961a, p. 6). En el marco del Programa, esta visión del rol del Estado se traduce en una advertencia a las extensionistas, quienes trabajan en el terreno: los Clubes no son una creación del INTA, sino que deben surgir necesariamente de un deseo de las mujeres de solucionar sus problemas mediante el encuentro y la asociación.

Las recomendaciones básicas de la Asesoría Nacional de Hogar Rural a las extensionistas con respecto a la formación de grupos de mujeres se encuentran en un folleto titulado “Plan de formación de Clubes Hogar Rural” (INTA, 1962). En estas páginas destinadas a las asesoras se detallan seis pasos a seguir para la creación de un nuevo Club en aquellas zonas en las que aún no exista uno. En cada uno de estos pasos se repite enfáticamente la misma indicación: la función de la asesora no es promocionar a los Clubes ni sugerir la fundación de uno, sino que la iniciativa siempre debe surgir de las propias mujeres.

En primer lugar se sugiere la realización de una recorrida de la comunidad para tomar contacto con las potenciales socias y con organizaciones locales, con el objetivo de conocer la ubicación de los distintos predios, obtener una idea de los principales problemas de la comunidad, y conocer qué medios utiliza la comunidad para informarse. Se destaca en mayúsculas que la Asesora no debe hacer mención alguna a las vecinas sobre la formación de un Club, únicamente debe preocuparse por los problemas de las familias rurales. Tampoco debe hacerlo en el segundo paso, que consiste en una nueva recorrida por la comunidad, una vez determinados los problemas que la aquejan. Lo que sí puede hacer es sugerir que una solución posible a esos problemas es la asociación entre mujeres. En estas visitas las extensionistas deben reconocer a las “líderes en potencia”, aquellas vecinas que gozan de mejor reputación, tienen más amistades o son más respetadas por la comunidad.

Una vez establecida la lista de líderes potenciales, el tercer paso consiste en hablar con ellas respecto del resultado que los Clubes Hogar Rural han tenido en otros lugares, y observar si hay interés en formar uno en la zona. En el caso de que sea así, la asesora debe ser cuidadosa. Ante los ojos de la comunidad no debe ser ella la responsable de la organización del Club, sino que este papel le corresponde a las líderes potenciales; “así estará deseosa la comunidad y se sentirá orgullosa de cualquier éxito” (INTA, 1962). A continuación, la extensionista debe realizar una reunión con las líderes en la que se las instruye acerca del modo de impulsar a la comunidad a asociarse, y se realiza una demostración para que “las líderes tengan oportunidad de esparcir en la comunidad la idea de que la asesora ‘sabe’ algo nuevo para ellas”. De esta manera, las autoridades del Programa buscan crear en las potenciales socias el deseo de formación de un Club, sin tener que realizar la propuesta de manera explícita. En

este sentido, se afirma que las mujeres deben quedar convencidas de que “el resultado de la formación o no de un Club depende de ellas y no de la asesora”, que “la asesora les presta a ellas un servicio y no ellas a la asesora”, y que “la asesora trabaja con ellas y no para ellas”.

La misma intención se ve reflejada en la descripción del paso siguiente, que consiste en una nueva demostración por parte de la asesora, esta vez abierta a toda la comunidad. Allí se afirma que la extensionista debe intentar “indirectamente, [que] las asistentes se den cuenta de que hay organizaciones denominadas Clubes que están funcionando en beneficio de las comunidades”. Si el número de asistentes es representativo de la zona de trabajo, la asesora “creará ambiente” para la formación del Club en una próxima reunión. En consonancia con lo expresado anteriormente, las citaciones para esa nueva reunión las debe realizar un comité provisorio y no la asesora, para no dar la impresión de que ella está formando el Club. En el folleto se afirma que la extensionista sólo presta apoyo a la idea de la comunidad, que al conocer las ventajas de asociarse, determina la fundación de un nuevo Club. En este sentido podemos marcar un contraste entre los dos tipos de extensión del INTA: la rama “técnica” orientada al trabajo con los varones adultos, y la rama más “social” orientada al trabajo con mujeres y jóvenes (Club Hogar Rural y 4-A). Mientras que la primera se basa en la legitimidad del saber de los ingenieros agrónomos como expertos en su campo (aunque su transferencia no siempre sea directa ni unidireccional), en la segunda existe un margen mayor de negociación entre los saberes de las técnicas y de las socias. Si bien persiguen objetivos divergentes, es difícil afirmar con certeza cuál de los dos enfoques resulta más exitoso.

De todas formas, es muy probable que estas recomendaciones no siempre hayan sido acatadas al pie de la letra por las Asesoras del Hogar Rural, pero no caben dudas de que su espíritu está en sintonía con la idea de ayudar a la comunidad a ayudarse a sí misma, presente en los principios de extensión del Instituto. Una vez creados, los Clubes deben ajustarse al estatuto y reglamento definido por el INTA, aunque parcialmente consensuado con las socias asistentes a la Segunda Convención Nacional de Clubes Hogar Rural, en la que se discuten las funciones y deberes de la Comisión Directiva y otros temas relativos al funcionamiento de los grupos. De acuerdo con el estatuto, pueden ser socias “todas las señoras y señoritas mayores de 18 años que expresen sus deseos de llevar a cabo trabajos relacionados con el hogar y actividades agrarias y de la comunidad” (INTA, 1970c, p. 4). No deben abonar cuota alguna para asociarse, pero su permanencia en el Club es condicional durante el primer año. Si cumplen con los requisitos establecidos, al finalizar ese año se les entrega un diploma que las acredita como socias plenas. Todas las socias deben concurrir a las reuniones demostrativas

que se realizan de manera quincenal o mensual, para informar sobre la marcha de los trabajos que llevan adelante y recibir instrucciones; quienes no puedan concurrir deben informar a la presidenta del Club el motivo de su ausencia, pudiendo quedar excluidas del mismo las socias que no justifiquen cinco faltas consecutivas.

La Comisión Directiva de los Clubes, formada por seis miembros (presidenta, secretaria, tesorera y tres vocales), es elegida por voto secreto y es renovada por mitades anualmente en la asamblea general, en la que también se tratan el informe anual y los planes de trabajos para el año siguiente. En el caso de que un Club deje de funcionar, sus bienes pasan a otro Club Hogar Rural o 4-A de la zona. Si estos no existieran, obedeciendo a la lógica del cuidado como responsabilidad femenina, se distribuyen los bienes en espacios generalmente manejados por mujeres: “las Sociedades Cooperadoras de las escuelas de la localidad, Sala de Maternidad y Sala de Primeros Auxilios” (INTA, 1970c, p. 7). El estatuto descripto debe ser aplicado sin distinción en todo el país pero los Clubes pueden realizarle modificaciones, siempre y cuando tengan la aprobación de la AEA que los asesora, y la conformidad de las tres cuartas partes de sus asociadas. En el mismo sentido, cualquier situación no prevista en el estatuto puede ser elevada para su consideración y solución a la AEA, por lo que en última instancia el poder reside en el INTA, más allá de la pretendida independencia de los CHR.

En cuanto al reglamento establecido por el Instituto, principalmente se encarga de delimitar las funciones de la Comisión Directiva y sus integrantes. En este sentido plantea una jerarquía bien delimitada, que está en consonancia con la intención de fomentar los liderazgos locales de las mujeres que conforman los Clubes. La Presidenta debe representar al CHR en todos los actos, presidir las reuniones, preparar el informe anual (junto a la Secretaria) y el balance (junto a la Tesorera), e informar a la Asesora sobre la marcha del Club y los proyectos sugeridos por las socias. La Secretaria es la encargada de llevar al día el registro de socias y el libro de actas, avisar a las socias sobre los días y horas de las reuniones, llevar la correspondencia del Club, y reemplazar a la Presidenta en su ausencia con los mismos deberes y atribuciones. La Tesorera es responsable de custodiar todos los fondos que ingresen al Club, y de presentar mensualmente una relación de los ingresos y gastos generados.

En conjunto, los miembros de la comisión tienen la responsabilidad de dirigir y orientar las actividades del Club (con la colaboración de la Asesora), realizar las reuniones mensuales, preparar la exposición anual y redactar el informe anual y el balance de actividades. Con respecto a las socias, los únicos deberes que les son asignados por el reglamento son la realización de un trabajo de mejoramiento del Hogar Rural (sin especificar en qué consiste

ese trabajo), la asistencia a las reuniones para recibir las indicaciones necesarias, y la participación activa en esas reuniones.

La valoración del programa en los distintos informes del INTA es positiva desde los inicios del mismo. Aunque admite no estar “en condiciones de ofrecer [...] una verdadera evaluación de resultados demostrativa del progreso logrado” (INTA, 1960, p. 91), el ingeniero agrónomo Luis Castelli²⁶ afirma que la acción es muy bien recibida por las amas de casa. En algunas zonas la aceptación supera a la asistencia técnica a los productores, lo que Castelli considera “inexplicable” ya que se trata de un terreno nuevo de acción: “a la mujer de campo prácticamente nunca se había llegado en forma continuada, es más, posiblemente sea una de las primeras veces que se va a escuchar sus problemas y sus deseos, y se le abre un panorama de mejoramiento”. Si bien el técnico omite las políticas de enseñanza agrícola extensiva para mujeres desarrolladas en la primera mitad del siglo XX (ver capítulo 1), es cierto que la metodología de trabajo es innovadora con respecto a las iniciativas pasadas. Por supuesto, la novedad metodológica no implica que la propuesta sea necesariamente superadora: los presupuestos de género que orientan los lineamientos de esta política y las actividades ofrecidas a las mujeres no difieren sustancialmente, más allá de la promoción de liderazgos.

En cuanto al éxito del programa, el aumento continuo y sostenido en el número de Clubes Hogar Rural y de socias parece justificar la afirmación y el optimismo de Castelli (cuadro 3). La promoción de los Clubes desde la Asesoría Nacional de Hogar Rural, comandada por Piangiarelli de Vicién, es constante. En el marco de la Cuarta Convención Nacional de 1965, la ingeniera agrónoma sostiene que “siempre hay motivos fundamentales para que las mujeres, sea cual fuere su situación económica o social, se reúnan en los Clubes Hogar Rural, para resolver problemas propios y problemas de los demás” (INTA, 1965, p. 8). Los Clubes existentes deben tener continuidad, y en todos los rincones del área rural deben promoverse y constituirse “grupos de mujeres que quieran tomar sobre sí esta magnífica oportunidad de ayudarse y ayudar”. En este sentido, el mejoramiento de la comunidad se convierte en una nueva responsabilidad que deben atender las mujeres, y que se suma a la reproducción biológica, cotidiana y social de la familia, y al trabajo extra-doméstico o en la propia producción. Este triple rol, que se traduce en una triple jornada laboral, no sólo no se cuestiona sino que es activamente promovido desde la Jefatura del Programa.

²⁶ En el informe citado no se aclara la función que cumple Castelli dentro del organigrama del Instituto cuando se celebra el Seminario. Posteriormente, luego de graduarse como “*Master of Science*” en la Universidad de Cornell, desde mediados de la década del '60 se desempeña como Director Asistente en Extensión y Fomento Agropecuario del INTA.

Cuadro 3. Evolución del número de asesoras de Hogar Rural, CHR y socias, 1958-1972.

<i>Año</i>	<i>Asesoras HR</i>	<i>Clubes HR</i>	<i>Socias</i>
1958	20	18	677
1959	52	23	1.097
1960	64	34	2.500
1961	87	66	2.570
1962	115	212	4.500
1963	109	310	4.970
1964	127	362	5.620
1965	136	386	6.557
1966	171	439	8.570
1967	184	500	11.000
1968	128	562	10.605
1969	130	522	10.345
1970	141	597	10.800
1971	134	569	10.172
1972 (1° semestre)	129	622	10.600

Fuente: Piangiarelli de Vicién, 1972a, pp. 8–9.

La metodología de trabajo y el rol de las extensionistas

En el desarrollo de los Clubes es muy importante el trabajo llevado a cabo por las extensionistas o “Asesoras del Hogar Rural”. Como señala Talía Gutiérrez (2014), la tarea realizada por estas mujeres tiene muchas aristas docentes; la formación básica requerida es el magisterio, y en los primeros años la mayoría de las Asesoras de los Clubes tienen el título de maestras normales. En este período no se les exige un alto grado de capacitación técnica. Sin embargo, con el transcurso del tiempo las extensionistas comienzan a temer que las socias requieran una formación mayor que la que ellas puedan suministrarles. En el marco de un estudio de evaluación del Programa Hogar Rural desarrollado por la consultora técnica Aleta McDowell Crawford, las asesoras indican que necesitan “perfeccionar sus conocimientos científicos para solucionar las dificultades suscitadas en los hogares” (INTA, 1964, p. 16).

Los resultados de la encuesta realizada a 55 asesoras refuerza esta noción, ya que si bien cuentan con una buena preparación en filosofía de extensión y métodos de enseñanza,

muchas carecen de una capacitación adecuada en Economía Doméstica.²⁷ Una de las conclusiones de la realizadora del estudio es que el progreso de las familias rurales podría acelerarse si el personal del INTA estuviera mejor preparado técnicamente desde antes de ingresar al Instituto, y si fuera permanentemente capacitado para diseminar enseñanzas de un modo más directo y en relación con las necesidades de las familias rurales. En este sentido, en los años siguientes se incorporan al Programa Hogar Rural extensionistas con otras profesiones: durante el primer trimestre de 1971 el Programa cuenta con licenciadas en ciencia política, asistentes y trabajadoras sociales, educadoras sanitarias, una médica veterinaria, y numerosas profesoras y asistentes del “Hogar Agrícola” egresadas del Instituto Superior “Tomás Amadeo” inaugurado en 1948 en Bolívar, dependiente de la Secretaría de Agricultura y Ganadería de la Nación, (Piangiarelli de Vicién, 1972b, p. 5).

Alejandra de Arce (2017) sostiene que, a lo largo del siglo XX, son pocas las mujeres que logran integrarse entre los expertos y técnicos estatales en los proyectos de extensión agropecuaria. Sin embargo, “en algunos casos, las mismas concepciones de género permiten el desarrollo profesional de las ingenieras agrónomas en espacios ‘pensados como femeninos’, como lo son la educación y la economía doméstica” (de Arce, 2017, p. 13). En este sentido el caso del INTA es paradigmático: mientras que las autoridades del organismo y la mayoría de los ingenieros y técnicos ligados a la generación y difusión de tecnología son hombres, la única dirección que está a cargo de una mujer es la de Hogar Rural (la mencionada María Enriqueta P. de Vicién), y las asesoras que se desempeñan bajo su mando son en su totalidad mujeres. Son ellas las encargadas de la asistencia social y cultural de sus congéneres, a quienes deben movilizar para que formen a los Clubes del Hogar Rural.

Según los lineamientos del Servicio Nacional de Extensión, en cada una de las Agencias de Extensión Agropecuaria (AEA) debe trabajar, al menos, un Asesor Técnico, una Asesora del Hogar Rural y un Asesor de Juventud Rural (encargado de los Clubes 4-A). Sin embargo, como detallan de Arce y Salomón, “uno de los primeros problemas que enfrentó el Instituto para cumplir con estos lineamientos es la escasez de personal formado para atender todos los requerimientos regionales” (2018, pp. 13–14), por lo que la capacitación del personal se convierte en una de las principales líneas de acción. De todos modos, una década y media después de la creación del INTA ese problema todavía no alcanza una solución, ya que en el primer trimestre de 1971 el organismo cuenta con 134 Asesoras del Hogar Rural distribuidas en 199 AEA (Piangiarelli de Vicién, 1972b, p. 9). Al año siguiente la situación empeora: para

²⁷ Ver Cuadros I y II en INTA, 1964, pp. 17-18.

el primer semestre de 1972 el número de Asesoras se reduce a 129, mientras aumentan la cantidad de Clubes del Hogar Rural (de 569 a 622) y de socias (de 10.172 a 10.600) (Piangiarelli de Vicién, 1972a, p. 8). El contraste entre este déficit y el crecimiento sostenido del personal de planta del INTA (entre 1958 y 1974 hay un incremento neto de 181 trabajadores por año (Pellegrini, 2014, p. 108)) parece indicar que el Programa no era una prioridad para la Dirección Nacional, al menos en términos de recursos humanos.

De acuerdo con sus principios y objetivos, la modalidad de trabajo de los Clubes del Hogar Rural y 4-A no tiene en cuenta las particularidades de la estructura social agraria, ya que “presupone una homogénea factibilidad de aplicación de las políticas para todas las regiones y producciones” (de Arce & Salomón, 2018, p. 11). Sin embargo, el trabajo llevado a cabo en el terreno y la capacidad de adaptación de los y las extensionistas a la realidad que los rodea, les permite trascender los lineamientos del programa y establecer importantes vínculos comunitarios con sus interlocutores. Los testimonios de algunas Asesoras de Hogar Rural nos permiten conocer más de cerca el funcionamiento efectivo de los Clubes.

Marta Rossini, quien inicia su labor en el INTA en 1966 como Asesora de Hogar Rural en Santa Fe, sostiene que la idea del trabajo de extensión es mejorar la calidad de vida de la familia rural. Hasta principios de la década del '70 la estrategia utilizada apunta a la promoción del arraigo de la familia a la tierra. En las reuniones de los Clubes, realizadas una vez por mes, Rossini destaca “el clima de interés que se llegaba a generar en las familias que integran los diferentes grupos cuando comprendían la importancia de lo que podían hacer” (Moscatelli & Tomino, 2006, pp. 190–191), por ejemplo en cuanto a la conservación de alimentos, la utilización de los excedentes de la huerta, o lo que pasa con los productos que se le entregan a un acopiador.

Por su parte, Beti Braicovich, una maestra que se incorpora al Programa como Asesora a mediados de los años '60, describe las reuniones de los Clubes dependientes de la EEA Bordenave (sudoeste de la provincia de Buenos Aires). En ellas “las actividades domésticas se alternaban con charlas, proyecciones de películas con consejos para el chacarero y la chacarera, discusiones y reuniones de trabajo. Desde el INTA se cumplían funciones muy variadas, como acercar informaciones” hasta aportar la camioneta para pasar a buscar a las socias (Gutiérrez, 2014, p. 233). Algunos temas técnicos se combinan con conversaciones informales, ya que para las mujeres se trata de un momento de sociabilidad muy esperado. De todas formas, según Braicovich la división de género que caracteriza a las actividades es muy marcada: aunque ella intentara encarar iniciativas que mejoraran la vida rural y la comunidad,

“sin someterse tanto al determinante de género, la formación misma de las mujeres las llevaba a proponer actividades atribuidas tradicionalmente al sector femenino” (Gutiérrez, 2014, p. 234).

El desarrollo del programa no está exento de obstáculos cuya diversidad es comprensible si tenemos en cuenta la amplia variedad de territorios en los cuales surgen los Clubes, una característica que excede el marco de la iniciativa y que atraviesa a toda la configuración de actividades del INTA. Ante estas dificultades cobra una relevancia aún mayor la labor de las extensionistas, cuya cercanía con el territorio y las interacciones sociales en los ámbitos familiar y comunitario, les provee de información vital para fijar los objetivos de su propio accionar. Como sostienen de Arce y Salomón (2018), los informes y seminarios son algunos de los mecanismos mediante los cuales los y las extensionistas del INTA mantienen informados a sus superiores acerca de sus actividades operativas. El balance de las actividades suele ser ampliamente positivo, como es de prever, pero esto no implica que se oculten o ignoren las dificultades que se plantean en el trabajo diario en el terreno, en un contexto de recuperación del agro pampeano (la producción cerealera aumenta en términos de superficie y mejora sus rendimientos), disparidad regional, y una marcada disminución de la población rural, en términos absolutos y relativos (Barsky & Gelman, 2009).

A fines de la década del '60, después de más de diez años de desarrollo del Programa Hogar Rural, las Asesoras comienzan a manifestar su interés por la realización de una reunión a nivel nacional para discutir algunas cuestiones relacionadas con la conceptualización de los Clubes y la función de las extensionistas. Esta inquietud alcanza a las supervisoras de las nuevas Estaciones Experimentales Regionales Agropecuarias,²⁸ quienes en la Reunión de Supervisión de 1970 acuerdan la realización de un Seminario Nacional de Extensión en Hogar Rural al año siguiente. Por cuestiones operativas no es posible realizar un encuentro a nivel nacional con todas las extensionistas; en cambio, éstas participan en encuentros regionales en cada una de las EERA, cuyas conclusiones son luego utilizadas para confeccionar los documentos de trabajo del Seminario Nacional. En este evento se discuten los obstáculos a los cuales deben enfrentarse las extensionistas, y se vislumbra cómo entienden su propio trabajo las encargadas de llevar el Programa a la práctica.

²⁸ A fines de la década del '60 se modifica el organigrama del INTA: los Centros Regionales son eliminados y sus funciones son absorbidas por las EEA más importantes de cada territorio, que pasan a ser denominadas Estaciones Experimentales Regionales Agropecuarias (EERA). Debido al aumento de Clubes, socias y asesoras del Hogar Rural, cada una de estas EERA cuenta con una o más supervisoras, encargadas de coordinar el funcionamiento del Programa en su región.

La Jefa de Extensión en Hogar Rural, la Ing. Agr. María Enriqueta Piangiarelli de Vicién, destaca la participación de las asesoras en las reuniones realizadas a nivel regional, tanto por su gran número como por el entusiasmo demostrado. Sin embargo, al mismo tiempo que elogia a las extensionistas por su “deseo de aportar experiencias para mejorar en todos los aspectos este trabajo (...) que llevan a cabo en las comunidades rurales” (INTA, 1972, p. 5), realiza una velada crítica por la falta de reconocimiento de dicha labor, al sugerir que muchas veces es poco valorada y en ocasiones directamente desconocida (sin mencionarlo directamente, parece aludir a la propia Dirección del INTA). A continuación, refuerza el engrandecimiento de la misión de “ese grupo de mujeres que tienen grabado en su espíritu la certeza de que mejorando las condiciones de la mujer rural y su familia, están construyendo las bases que llevarán al país al pleno desarrollo” (INTA, 1972, p. 5).

El Seminario de Extensión en Hogar Rural se lleva a cabo en la Ciudad de Buenos Aires el 17 y 18 de noviembre de 1971, en un contexto signado por el aumento de la conflictividad social y de los reclamos por la apertura democrática, tras más de cinco años de gobierno militar. Los temas que se tratan son los objetivos de los Clubes del Hogar Rural y la función de las extensionistas en su promoción. Además de Piangiarelli de Vicién, quien coordina el encuentro, participan del Seminario representantes de casi todas las EERA (Mendoza, Paraná y San Carlos de Bariloche no envían delegadas al seminario, aunque no se deja constancia del motivo de las ausencias), especialistas en nutrición humana, educación sanitaria y administración del hogar, y tres observadoras. En consonancia con la división sexual del extensionismo del INTA, no sólo en términos de los destinatarios de la política sino también de los propios extensionistas, 19 de las 20 participantes son mujeres.²⁹

Los participantes son divididos en dos grupos de trabajo en los que se discuten los documentos elaborados a partir de las conclusiones de las reuniones regionales. En éstos se hace referencia a diferentes temas, como la conceptualización y las problemáticas de los Clubes, su integración en el desarrollo de las comunidades, la revisión de la metodología de Hogar Rural, y algunas consideraciones generales de las extensionistas sobre su propio trabajo. Los documentos de trabajo y las conclusiones de los grupos acerca de ellos se ven plasmados en un informe publicado por el INTA en abril de 1972.

En este sentido, comprendemos que no estamos escuchando directamente las voces de las Asesoras, sino que éstas nos llegan después de haber transitado un largo camino en el que

²⁹ El único varón es el Ing. Agr. Jorge A. Pico, representante de la ECEEA Hilario Ascasubi.

pueden haber sufrido alteraciones y reescrituras por parte de las autoridades del Programa. De todos modos, consideramos que en los documentos de trabajo podemos encontrar indicios acerca de las preocupaciones de las extensionistas, de las dificultades a las cuales deben enfrentarse, y de sus reflexiones acerca de su propio accionar y de cómo mejorarlo.

En los documentos, elaborados por el Servicio Nacional de Hogar Rural, los Clubes son definidos como grupos voluntarios que actúan como agentes educativos que participan en la formación integral de las mujeres en las áreas rurales y las capacitan para un desempeño eficaz de sus actividades (tanto en el hogar como en la explotación y en su comunidad), fomentando la idea del trabajo mancomunado para lograr cambios que se traduzcan en un mayor bienestar general. Los Clubes son bien recibidos por las socias, quienes no sólo aprovechan los elementos que reciben para actuar en forma más abierta y decidida, sino que comienzan a generar expectativas en torno al Programa y a realizar exigencias al mismo. Además de promover y estimular el desarrollo de la personalidad de sus miembros, los Clubes ofrecen a las mujeres del agro la oportunidad de reunirse y actuar en conjunto en procura de objetivos comunes.

Es posible que las extensionistas se encuentren con grupos femeninos ya formados en las comunidades a las que se dirigen, aunque estos son definidos como “vacíos de contenido y de objetivos precisos” (INTA, 1972, p. 15). Si bien en la mayor parte de las EERA se establece como norma dar apoyo y asesoramiento a estos grupos cuando lo requieran, aunque no formen parte del Programa, las extensionistas consideran que el trabajo con los Clubes como grupos organizados y formales ofrece múltiples ventajas sobre el asesoramiento esporádico. Por esta razón el énfasis debe estar puesto en la promoción, organización y formalización de los Clubes como ejes de la capacitación de la mujer rural y germen del desarrollo comunitario, ya que su existencia

[...] facilita la concentración de las actividades de la extensionista, favorece la difusión de la imagen del INTA como institución al servicio de la familia rural, y da lugar a proyectar a las comunidades rurales, la materialización de los esfuerzos en procura de la elevación de su nivel de vida (INTA, 1972, p. 14).

Una de las dificultades que puede afectar el desarrollo de un Club es el estancamiento debido a la falta de perspectivas futuras y de un estímulo concreto para las socias, lo que genera un debilitamiento de su interés y de su participación. Para evitar este problema, las extensionistas sugieren no enfocarse únicamente en las prácticas manuales, ya que los Clubes

que priorizan estas actividades por sobre otras suelen decaer después de dos o tres años de funcionamiento. En cambio, es necesario promover acciones grupales que permitan satisfacer una necesidad manifiesta, lograr un impacto social y medir rápidamente los resultados. En este sentido, con la realización de proyectos comunitarios “cada socia puede tomar conciencia de su propio valor, confianza en los esfuerzos compartidos y seguridad en sus propias fuerzas y las de los demás”, lo que inevitablemente conduce a un fortalecimiento de las integrantes y, por extensión, del Club mismo.

Otros problemas a los que se refieren las extensionistas son aquellos que no acontecen a nivel de los Clubes, sino que tienen que ver con cuestiones institucionales y estructurales que están fuera de su control. Sin embargo, esto no impide que hagan un reclamo con la esperanza de modificar estas situaciones, sobre todo aquellas relativas al INTA y a la dirección del programa. Con respecto a los problemas estructurales, se hace referencia a la crisis del sistema político-económico, el régimen de tenencia de la tierra y el difícil acceso al crédito, el éxodo y movilidad de la población rural, y la carestía de la vida “que crea a la mujer la necesidad de aportar cada vez más su mano de obra en tareas rurales” (INTA, 1972, p. 21). Ante estas dificultades, el documento concluye que las extensionistas pueden crear conciencia de la situación, interesar a los sectores competentes en la búsqueda de soluciones, y disponer a quienes padecen el problema hacia la acción individual y cooperativa. Si bien no se incentiva de manera explícita la militancia política, sí se fomenta el involucramiento en la realidad del país y la posibilidad de cambiarlo, aunque la magnitud de algunos problemas exceda el marco de acción del Programa.

En cuanto a los problemas institucionales, es probable que estos reclamos sean compartidos tanto por las Asesoras del Hogar Rural, como por las autoridades del programa reunidas en el seminario. Las cuestiones que se denuncian tienen que ver con la falta de información proveniente de investigaciones que avalen los programas; la inexistencia de un adecuado servicio de evaluación, de acuerdo con los objetivos de programación vigente, que refleje el grado de eficiencia del Servicio de Extensión, no sólo en cuanto a los métodos utilizados sino principalmente a los cambios logrados y los recursos invertidos; y los pedidos de capacitación adecuada a los programas en ejecución, y de apoyo de especialistas para encarar planes referidos a problemas específicos de cada realidad local.

El énfasis puesto en la solución de problemas locales no es casual. El trabajo de extensión en Hogar Rural tiene como objetivo producir cambios en las mujeres rurales en su “triple faz”: como persona, como miembro de una familia, y como integrante de una comunidad. “En el

desarrollo de toda comunidad local, cabe un gran papel a la familia y por ello a la mujer, pues siendo ésta factor fundamental en la vida familiar, también lo es en la comunidad” (INTA, 1972, p. 27). Podemos interpretar estas palabras como una utilización del “ideal de mujer doméstica” como estrategia de promoción de la mujer, de acuerdo con lo postulado por Nari (2004, p. 71), quien afirma que lo “doméstico” puede entenderse como un espacio de acción extensible a la sociedad, ya que la familia es su base. Mientras tanto, en el ámbito urbano las mujeres continúan incorporándose al mercado de trabajo remunerado; quizás uno de los motivos del ensayo de esta estrategia por parte del INTA.

La labor de las extensionistas consiste en lograr que las mujeres rurales valoricen su capacidad para descubrir y plantear problemas, y que formen un juicio crítico para una mejor resolución de los mismos, priorizando la acción colectiva. De esta manera, no sólo logran tomar conciencia de sus responsabilidades, sino que uniéndose a otros grupos organizados pueden incorporarse al desarrollo de la comunidad en pos del mejoramiento de las condiciones económicas, sociales, culturales y humanas de la misma. Como grupos formales de la comunidad, los Clubes pueden coordinar acciones con otros grupos y organizaciones para elaborar en común planes de gran envergadura. Si bien se pueden presentar dificultades y su realización no siempre es rápida, los programas integrados permiten aumentar los recursos y utilizarlos más racionalmente. De esta manera es posible planear y ejecutar obras de mayor proyección,³⁰ que contribuyen al desarrollo de la comunidad y al mismo tiempo les otorgan prestigio a los Clubes.

La metodología del trabajo de extensión es otro de los temas discutidos en el Seminario. La importancia de la revisión de la metodología utilizada hasta la fecha reside en la posibilidad de hacer una elección inteligente y un uso eficaz de los métodos a disposición, una vez exploradas sus posibilidades y limitaciones. Los distintos métodos y la intensidad con la que son aplicados sufren variaciones a lo largo del tiempo, y se ven afectados también por la comunidad con la que se trabaja. De acuerdo con la información extraída de los documentos

³⁰ Entre las obras realizadas se citan las siguientes: “proyectos de alumbrado público y domiciliario; provisión de agua potable a nivel familiar y comunitario; creación de cooperativas de trabajo y consumo; vivienda, obras y servicios públicos; mutuales farmacéuticas; instalación y atención de guarderías infantiles; salas de primeros auxilios y estafetas postales; mejoramiento de caminos; construcción de refugios peatonales; señalización de calles; gestiones para la instalación de teléfonos públicos; creación, mantenimiento y atención de roperos escolares y comunitarios; organización y asesoramiento de uniones vecinales y centros comunales; preparación y construcción de juegos e instalaciones de parques infantiles; construcción y mejoramiento de viviendas; construcción de capillas; creación de una escuela técnica; ayuda a barrios de emergencia” (INTA, 1972, pp. 29–30).

de trabajo de las EERA, los métodos aplicados se pueden dividir en tres grandes grupos: individuales, grupales y “masales” o de masas.

Dentro del primer grupo, las visitas a las “fincas” implican una serie de dificultades (insumen mucho tiempo y dinero, en algunas regiones pocas técnicas deben hacerse cargo de muchas tareas) pero resultan imprescindibles, sobre todo cuando la actividad está comenzando, para que las extensionistas puedan conocer mejor a las personas con las que van a trabajar y a su situación. Otro motivo por el cual estas visitas son útiles en los primeros años es que el trato personal resulta beneficioso para la capacitación de “líderes”, quienes después pueden convocar a más mujeres. Sin embargo, a medida que pasa el tiempo se pueden reemplazar por visitas de estas líderes a las asesoras en las AEA y EERA, para que la relación crezca y las extensionistas puedan evaluar el desarrollo de los objetivos en marcha sin tener que desplazarse tanto.

Las reuniones y cursos son los métodos grupales por excelencia, ya que mediante una amplia variedad de técnicas (charlas, grupos de discusión, demostraciones) se logra una mayor interacción y se “propician los cuatro mejores medios del aprendizaje: VER – OIR – DISCUTIR y ACTUAR”³¹ (INTA, 1972, p. 37). También se realizan cursos acelerados para impartir conocimientos y enseñar habilidades y destrezas que permitan a las mujeres satisfacer necesidades personales y del hogar. Estos métodos no deberían limitarse al trabajo con las socias de los Clubes, sino que deberían ser abiertos a otras mujeres de la comunidad que deseen participar.

Por último, se entiende por métodos “masales” a la difusión de las actividades de los Clubes por medio de la prensa, la radio y la televisión. En este sentido, se señala la necesidad de que el INTA cuente a nivel nacional y regional con un servicio de comunicaciones y relaciones públicas eficiente para realizar una coordinación y un aprovechamiento adecuado de estos medios, en apoyo del trabajo de extensión.

Debido a la mencionada falta de un sistema de evaluación adecuado, es imposible determinar exactamente qué método resulta más eficiente. Sin embargo, las autoridades participantes del Seminario llegan a la conclusión de que los mejores resultados se obtienen utilizando los distintos métodos de manera conjunta: ninguno constituye por sí mismo la solución integral para los problemas de extensión en Hogar Rural, pero si se planifica y se los combina entre sí, cada método puede prestar una ayuda significativa. De todas formas, los métodos grupales

³¹ Las mayúsculas son del original.

parecen propicios para aumentar el alcance de la labor extensionista y la profundidad en términos de los contenidos educativos.

Otras sugerencias para obtener mejores resultados son: propiciar un mayor intercambio de socias a nivel nacional, entre AEA dependientes de diferentes EERA; promover actividades de carácter regional y nacional en las que participen socias de todos los Clubes y otras personas de la comunidad; incrementar la capacitación de las extensionistas; establecer un sistema de evaluación de métodos en extensión; y contar con fondos oficiales o privados que respalden la concreción de estas actividades. Por último, se destaca la necesidad de trabajar de manera conjunta con el resto de las iniciativas de extensión del INTA, ya que en

[...] las comunidades en las que las tres ramas del Servicio de Extensión trabajan coordinadamente, la labor de educación para el hogar logra mejores resultados, ya que la acción no se dirige sólo a la mujer sino que se toma a la familia como una unidad (INTA, 1972, p. 42).

Las “tres ramas” a las que se hace referencia en el fragmento citado son las de Asesoramiento Técnico, Hogar Rural y Juventudes (Clubes 4-A). Esta diferenciación obedece exclusivamente a cuestiones de funcionamiento, pero se relaciona estrechamente con la división sexual del extensionismo en el INTA; mientras que los Asesores Técnicos (varones) trabajan con los productores (en su gran mayoría, si no totalmente, varones), las asesoras de Hogar Rural se ocupan de las mujeres, y los y las extensionistas de los Clubes 4-A se hacen cargo del trabajo con los jóvenes. El problema es que en la práctica esta separación se va convirtiendo en una brecha que separa caminos con objetivos, audiencias, formas de trabajo y hasta prioridades distintas. Según las asesoras, la falta de integración y la desconexión del resto del Servicio de Extensión constituyen graves limitaciones al trabajo de Hogar Rural, en tanto las obliga a considerar a las mujeres en forma aislada, abordando los problemas que sufren de forma parcial. Además, las extensionistas consideran que “como consecuencia de la insuficiente integración de las tres ramas en todos los niveles, y de las prioridades otorgadas a mejoramiento agropecuario, algunas veces se ha subestimado el trabajo con respecto a Hogar Rural” (INTA, 1972, p. 45).

La organización del trabajo en las AEA (al menos un asistente técnico, una asesora de Hogar Rural y un/a asesor/a de Clubes 4-A), considerada “la célula mínima en la estructuración del INTA” (INTA, 1961b, p. 6), tiene como objetivo posibilitar una coordinación ágil del trabajo de extensión, que permita llegar a la familia rural y al mismo tiempo signifique “una

economía en el presupuesto del Instituto”. Sin embargo, las limitaciones del INTA en cuanto a recursos humanos dificultan el cumplimiento de esta regulación. Por otra parte, aún en aquellos casos en los que se logra reunir representantes de las tres ramas de extensión en una misma AEA, ello no implica la integración exitosa de sus labores. Estos problemas son abordados en el seminario de 1961 acerca de la coordinación de actividades en el trabajo de Economía Doméstica y Asistencia Técnica al productor.

Los participantes de este seminario incluyen al Jefe del SNEA, Mario Griot; a la Asesora Nacional de Hogar Rural, Enriqueta Piangiarelli de Vicién; a las supervisoras del Programa Hogar Rural de los Centros Regionales Pampeano, Andino y Mesopotámico; a los jefes de siete AEA; y a doce Asesoras del Hogar Rural y de Clubes 4-A. Entre los temas tratados se incluyen reflexiones y recomendaciones sobre la coordinación de actividades entre las diferentes áreas de la extensión, se presentan los inconvenientes más comunes demostrados por la experiencia personal o colectiva, y se realizan aportes y recomendaciones para un mejor trabajo en equipo. Se plantea la necesidad de trabajar con la familia rural como un todo debido a su carácter dual de unidad productiva/familiar, integrando los esfuerzos realizados por los y las extensionistas. De acuerdo con lo expresado en el seminario, esta unidad debe tener una estructuración de género con una clara jerarquía, que podríamos asimilar al concepto de “sistemas de género” propuesto por Stølen (2004). En este sentido, las mujeres rurales se ven limitadas a un rol subordinado, obligadas a cumplir con “su misión femenina y hogareña, compenetrada de los problemas del momento y capacitada para contribuir a la felicidad de los suyos dentro y fuera de la órbita familiar”. Por otra parte, “la finca y el hogar no pueden tratarse separadamente puesto que se complementan” (INTA, 1961b, p. 23), lo que implica que el trabajo de extensión realizado por los técnicos y las asesoras debe estar en permanente coordinación.

Una década más tarde esta pretendida integración sigue siendo motivo de reclamos por su inexistencia: la experiencia demuestra que se trata de un ideal difícil de alcanzar. La necesidad de integrar la acción de las tres ramas del SNEA a partir de sus objetivos comunes se considera impostergable, ya que permitiría al Programa dirigir la acción hacia la familia en su totalidad, abarcando problemas que no afecten sólo a las mujeres sino a todos sus miembros. De esta manera se estaría contribuyendo con la adaptación de las mujeres a las situaciones que viven, y con su proyección e integración a la comunidad. Estos cambios son necesarios porque la “transformación de la vida actual” o “los efectos del cambio” modifican la visión del mundo de las mujeres, según las extensionistas en 1971.

La mayor participación social formal e informal, el aumento en la disponibilidad de la información y las facilidades de comunicación “[han] creado nuevos intereses, necesidades y expectativas que van más allá de su desenvolvimiento como ama de casa. Ya no desea sólo aprender prácticas y técnicas domésticas” (INTA, 1972, p. 47). Es probable que este deseo de otros conocimientos no relacionados a los quehaceres domésticos estuviera presente en las socias (al menos, en algunas de ellas) desde los inicios del Programa. De cualquier manera, lo que resulta interesante es que las asesoras recogen los reclamos de las socias, quienes buscan “mejorar las condiciones de vida y de trabajo, participando activamente en la transformación del mundo” que las rodea (INTA, 1972, p. 47). En este sentido, además de manifestar la necesidad de tener en cuenta esas nuevas metas y expectativas, y abogar por una ampliación del abanico de actividades disponibles en los Clubes, también reclaman por la participación representativa de las mujeres en los distintos niveles de los Consejos Asesores del INTA. Sin embargo, no existen indicios de que este reclamo haya sido escuchado.

“¿Sabe usted qué se hace en los Clubes del Hogar Rural?”: captación, formación y propuestas de trabajo

Además del contacto a través de las extensionistas, otra manera de comunicarse con las socias utilizada por la Asesoría Nacional de Hogar Rural es la impresión y distribución de folletos que buscan captar a las mujeres rurales, incentivándolas a formar nuevos Clubes o a sumarse a los que ya existan en su zona. Estos volantes cubren distintos temas que incluyen los objetivos del programa, la descripción de las tareas llevadas a cabo por las socias, propuestas de actividades para mejorar el hogar rural, y consejos de alimentación y saneamiento ambiental, entre otros. Según Ivickas Magallán, la folletería “pretendía crear vínculos y solidaridades estables a partir de un imaginario común”, en el que el rol de las mujeres (como buenas amas de casa, más económicas y mejores madres) coincide “con las ideas propuestas por Arturo Frondizi vinculadas con la racionalización de la economía y el arraigo del productor y su familia en el agro” (2017, pp. 107–108).

Uno de los folletos más tempranos, publicado por primera vez en agosto de 1958, lleva en su portada la pregunta que se replica entrecomillada en el título de este apartado. Junto a esta interrogación se pueden ver algunos dibujos que parecen ensayar una respuesta a esa pregunta: una mujer que atiende una huerta, un proyector o cinematógrafo con una pantalla, y un conjunto de utensilios de cocina (una sartén, un palo de amasar y una olla o caldero). En la

contratapa podemos ver otra ilustración que muestra a una mujer trabajando con una máquina de coser ante la atenta mirada de otras cuatro mujeres (figura 1), y una breve lista de tareas desarrolladas en los Clubes: “Mejoramiento del hogar”, “Administración del hogar”, “Conservación de alimentos” y “Cuidado del vestido” (INTA, 1958).

En el interior del folleto se precisa a quiénes está dirigido el programa, es decir, quiénes pueden formar parte (“ser socias”) de los Clubes del Hogar Rural. En este sentido se revelan las limitaciones de la concepción del INTA en cuanto a los roles que desempeñan las mujeres rurales. De acuerdo con el volante, las mujeres pueden ser socias de un Club si son “ama[s] de casa con inquietudes por su hogar”, o jóvenes “que tienen interés en ser buenas amas de casa” (figura 2). El destino de las mujeres como amas de casa se da por sentado, tanto para las adultas como para las jóvenes, y no se concibe la posibilidad de que estén interesadas en explorar otro tipo de actividades o en alcanzar un desarrollo personal independiente de la formación de una familia.

Figura 1. Contratapa del folleto titulado “¿Sabe usted qué se hace en los Clubes del Hogar Rural?”



Fuente: INTA, 1958.

Figura 2. Interior del folleto titulado “¿Sabe usted qué se hace en los Clubes del Hogar Rural?”



Fuente: INTA, 1958.

En cuanto a los beneficios de formar parte de un Club, se apuntan sus tres funciones principales: ayudan a mejorar el hogar, dando a conocer a las socias técnicas modernas que permiten ahorrar tiempo, dinero y energía; facilitan la recreación, mediante la asistencia a “reuniones entretenidas” en las cuales se puede intercambiar ideas con las vecinas y planear

salidas interesantes; y orientan la economía de las amas de casa, colaborando con la comunidad y ayudando a comprender y mejorar los problemas de los que viven en el área rural. Esta forma de promocionar a los Clubes parece apuntar a mujeres de las clases media o media-alta rurales: no precisan del trabajo extra doméstico, cuentan con movilidad para asistir a las reuniones y el problema con el dinero no es la completa escasez del mismo, sino la posibilidad de ahorrarlo.

Es probable que este folleto esté dirigido a las mujeres rurales de manera individual y no colectiva, ya que se les recomienda asociarse al Club más cercano a sus casas y no se menciona la posibilidad de crear uno nuevo. La formación de nuevos grupos es incentivada unos años más tarde en el marco de un “Plan de Promoción de Clubes Hogar Rural”, por medio de una publicación destinada a mujeres interesadas que, además de contener el estatuto y el reglamento de los Clubes, incluye un modelo de acta de fundación (INTA, 1970c).

Otro folleto de ese mismo plan apunta nuevamente a las mujeres de manera individual, buscando que se unan al programa asociándose a un Club existente. En este caso, la página central consiste en un plano medio corto de una mujer que se señala a sí misma, mientras expresa, en forma de pregunta, un silogismo cuya conclusión claramente no se deduce de las premisas (figura 3). Luego de infantilizar a la potencial socia, la narrativa continúa en las páginas interiores del folleto con una serie de fotografías y textos que ilustran una conversación entre ella y otra mujer, que representa a una Asesora de Hogar Rural. La extensionista le explica a su interlocutora en qué consisten los Clubes Hogar Rural, cuáles son las tareas que se llevan a cabo en el seno de los mismos, y cuáles son los requisitos para formar parte de ellos.

Para determinar si la futura socia tendría interés en formar parte de un Club, la asesora le pregunta si le gusta reunirse con amigas, aprender cosas nuevas y colaborar con su comunidad. La futura socia responde que le gustan esas cosas, y no se opondría a que “alguien [la] guiara para hacer cosas con otras”, en clara referencia a la extensionista. También afirma que se siente responsable de su familia y, en parte, de la comunidad en la que vive, pero subraya la dificultad que implica la falta de tiempo debido a que tiene “esposo”, “tres hijos”, “la quinta” y “algunas flores”. La asesora sostiene que su caso es común y que les “pasa a todas”, pero que al mismo tiempo cree que es “la persona más indicada para ser una socia más del Club Hogar Rural” y que “le encantará” (INTA, 1970a). Allí la futura socia se reunirá una o dos veces por mes para tratar temas diversos y asistirá a charlas de personas especializadas “sobre temas como la alimentación del niño, conservación de frutas y

hortalizas, primeros auxilios...”. Pero lo más importante es que aprenderá a ahorrar tiempo, dinero y energías, lo que le permitirá “beneficiar a su esposo, hijos, hermanos y a su comunidad”. Es decir, las reuniones entre mujeres tienen como objetivo que estén preparadas para asistir mejor a los varones que forman parte de sus vidas. En este sentido, el “ideal de mujer doméstica” consolidado entre fines del siglo XIX y principios del XX sigue vigente, y se lo considera aplicable al ámbito rural aun en 1970. El rol de las mujeres en sus comunidades viene a sumarse a sus responsabilidades productivas y reproductivas para configurar una triple labor, que deben realizar con entrega y abnegación (y sin esperar una remuneración).

Figura 3. Interior del folleto “¿Está usted enterada?”



Fuente: INTA, 1970a.

Al comprender que “debe colaborar” y que “la necesitan”, la potencial socia decide sumarse al Programa Hogar Rural con una reflexión que reafirma la centralidad de los varones como motivación: “Ayudaré a mi esposo e hijos pensando con ellos... Ayudaré a mi comunidad pensando para ellos...” (INTA, 1970a). En la parte posterior del folleto se aclaran algunas cuestiones que quedan fuera del dialogo entre ambas mujeres. Allí se afirma que los Clubes “capacita[n] a la mujer para cumplir su función en el núcleo familiar y en la comunidad”, las reuniones se hacen una o dos veces por mes, las socias deben ser mayores de dieciocho años, y gracias a su participación en el programa reciben información técnica que las ayuda a perfeccionar sus conocimientos en tareas del hogar.

Esta información llega a los Clubes por medio de las asesoras, y puede consistir en videos explicativos, demostraciones de las propias extensionistas, o folletos acerca de los proyectos que pueden llevar a cabo las socias de manera individual o colectiva. Un ejemplo de este último formato de divulgación es la “Guía de proyectos para mejorar el hogar rural” (INTA, s/f), un compendio de propuestas de trabajo para las socias. Si bien el listado de actividades que se ofrecen es amplio, resulta llamativo que en ningún caso se detallan los pasos a seguir, sino que simplemente se sugieren tareas en distintos rubros. No queda claro si se trata de un volante dirigido a las extensionistas o a las socias, y tampoco se especifica si los Clubes y/o sus integrantes, en el caso de querer llevar a cabo alguno de estos proyectos, pueden solicitar ayuda o instrucción de parte de la asesora o la AEA en la que ella trabaja.

Las propuestas en el área de la construcción y equipamiento del hogar incluyen la nivelación y construcción de pisos, abertura y construcción de ventanas, pintura y decoración de la cocina, construcción de muebles, y un ordenamiento adecuado de los mismos de acuerdo al tamaño de la pieza y el número de personas que la ocupan. También se incluyen sugerencias relativas a primeros auxilios, como aplicación de inyecciones, construcción y equipamiento de un botiquín, cuidados e higiene de la habitación del enfermo, interpretación de las indicaciones médicas, síntomas de las enfermedades más corrientes, y combate de insectos, ratas y ratones; nociones de puericultura, como los cuidados del niño pre y post-natal, la alimentación en las distintas épocas, la dentición y el destete; cuestiones de administración del hogar, como la contabilización de gastos del hogar y la explotación, y nociones de

contabilidad sencilla; y los servicios sanitarios (conveniencia de su uso, enfermedades que pueden evitarse, higiene del agua, apertura del pozo negro).

Se abordan temas como la costura (incluyen corte, preparación de ropa, labores y manualidades, y confección de pequeñas labores), el arreglo de alrededores (patios y jardines, trazados de caminos y canteros, arreglo y construcción de cercas, cultivo de plantas de adorno, conservación de la casa, pintura y exteriores, conservación del camino de acceso a la chacra, arreglo y construcción de desagües), y la granja (implantación y manejo de gallinero, apiario y conejeras). Además, pueden encontrarse sugerencias relativas a la alimentación, separadas en seis grupos distintos: industrialización (uso de olla a presión, envasado, esterilización, fabricación de dulces y conservas); producción (frutas, hortalizas, proyectos de huerta familiar y monte frutal); preparación de comidas balanceadas (confección de menú para quince días de acuerdo a los productos de estación); alimentación adecuada a los grupos vulnerables (bebés, niños, madres embarazadas, enfermos y ancianos); preparación de platos a base de granos (trigo, maíz, avena y arroz, en forma de sopas, papillas, postres, comidas y panes); y proteínas en la alimentación (huevo, leche, pescado, aves y carne). El amplio abanico de actividades propuestas demuestra las múltiples responsabilidades que les son asignadas a las mujeres, de las que deben hacerse cargo en su actividad diaria. Por otra parte, el carácter de algunos de los trabajos deja en evidencia la precariedad de las condiciones de vida, al menos en algunas zonas rurales, como se comprueba más tarde en algunos de los estudios de caso desarrollados por el propio Programa (Anuch, 1964; Berry et al., 1964; INTA, 1966).

La alimentación es abordada con mayor profundidad en otros folletos, preparados por la Asesora Nacional de Hogar Rural utilizando bibliografía de la FAO y el Departamento de Agricultura de Estados Unidos, dedicados a distintos grupos de alimentos como las hortalizas y frutas (INTA, 1961c), el pescado (INTA, 1963a) y el arroz (INTA, 1963b). En estas publicaciones se destaca la importancia de cada uno de los alimentos, el papel que desempeñan en la alimentación humana, se detalla su información nutricional, se dan instrucciones y pasos a seguir para prepararlos de manera correcta y aprovecharlos al máximo, y se presentan recetas para combinarlos con otros alimentos. En el caso de las hortalizas, se sugiere la siembra en la huerta de vegetales de estación, y el consumo de frutas y verduras de estación debido a que son más baratas y contienen mayores propiedades nutritivas.

Mediante la divulgación de recetas y otras informaciones acerca de diversos alimentos, el INTA retoma una actividad llevada a cabo por el MAN durante la década del '40. En este sentido, podemos mencionar la publicación de varios folletos por parte de la Sección Hogar Agrícola del MAN sobre distintos temas de economía doméstica, entre los cuales se encuentran los de “Aprovechamiento de los citrus en el hogar” y “50 recetas a base de maíz”, ambos muy solicitados por las mujeres rurales (MAN, 1942a, p. 56). Estos y otros folletos, como los de “Indicaciones útiles para la conservación de frutas y legumbres y algunas recetas de cocina sencilla y económica para el hogar campesino” y “Recetas varias de cocina sencilla y otras consideraciones útiles”, forman parte de un “plan de divulgación de recetas y procedimientos útiles, convenientes para ser aplicados por la mujer del campo, en beneficio de la economía y mayor comodidad de su hogar” (MAN, 1942b, p. 50). Además, en la revista “Anales de Enseñanza Agrícola” se incluye una sección titulada “Consultas”, en la cual distintos especialistas evacúan dudas postuladas por productores con respecto a procedimientos de los más variados. Entre los procesos detallados en esta sección se pueden encontrar la fabricación del vino de naranja, el secado de higos, la elaboración de licor o caña de duraznos (MAN, 1942a, pp. 56–57), el envasado de jugo de limones, y la preparación y el envasado del dátil (MAN, 1942b, p. 51).

En este capítulo hemos analizado los objetivos del Programa Hogar Rural, la metodología de trabajo de las técnicas extensionistas y el funcionamiento de los Clubes, luego de conocer la filosofía de extensión del INTA y los antecedentes de la primera mitad del siglo XX. Además, examinamos la folletería producida por la Asesoría Nacional de CHR para atraer a las mujeres, presentarles propuestas de trabajo, brindarles información relevante en materia de alimentación y reglamentar la formación de nuevos Clubes. De todas formas, el contacto entre el INTA y las socias no se limita al trabajo de las asesoras en el terreno o a las publicaciones impresas. Un ámbito muy importante para la puesta en común de experiencias, el conocimiento de otras realidades y la adquisición de nuevos conocimientos son las Convenciones Nacionales de Clubes Hogar Rural llevadas a cabo entre 1960 y 1973, cuyo desarrollo observaremos a continuación.

Capítulo 4. Espacios de encuentro, intercambio y reflexión. Las Convenciones Nacionales de Clubes Hogar Rural

Los beneficios y la importancia de agruparse para las mujeres rurales son señalados continuamente a través de los años por las autoridades del Programa. Los Clubes son presentados como un paliativo a las dificultades ocasionadas por las largas distancias que implica la vida en el ámbito rural, a las que se suma la escasez de medios de transporte. En este sentido, se sostiene que la regularidad de las reuniones en los CHR permite la formación de espacios de sociabilidad, aprendizaje e intercambio de conocimientos entre las socias a nivel local. Con el propósito de generar ámbitos similares con un alcance mayor, el INTA dispone la organización de una serie de encuentros que congregan a mujeres de todo el país: las Convenciones Nacionales de Clubes Hogar Rural.

Entre 1960 y 1973 se llevan a cabo, en intervalos irregulares, siete Convenciones Nacionales. Estos encuentros duran entre cuatro y cinco días y son realizados siempre en la ciudad de Buenos Aires, ya que se considera que gracias al “contacto de las delegadas con la gran urbe” éstas “pueden constatar que campo y ciudad no son dos medios antagónicos, sino que el uno y el otro se deben mutuo y necesario apoyo” (INTA, 1965, p. Prefacio). Además de contar con el apoyo y el incentivo de la OEA, en los informes de las Convenciones se agradece la colaboración de distintas instituciones de gobierno (Municipalidad de Buenos Aires, Secretaría de Estado de Promoción y Asistencia de la Comunidad, Secretaría de Estado de Salud Pública), organizaciones no gubernamentales (AFAR, Asociación de Cooperativas Argentinas, Federación Agraria Argentina, Liga de Madres de Familia, Federación Argentina de Cooperativas Eléctricas, entre otras) y empresas nacionales y extranjeras (Coca-Cola, General Motors Argentina, John Deere, Molinos Río de La Plata, Casa Harrods, General Electric Argentina, Shell, Nestlé, etc.).

A cada una de las Convenciones se le asigna uno o varios temas que son discutidos y trabajados en charlas, paneles y mesas redondas de las que forman parte las socias. Estos temas son previamente estudiados y discutidos por las socias en las reuniones de sus CHR, para luego poder intercambiar ideas en la Convención y a su regreso llevar “soluciones concretas para los problemas que impiden o puedan impedir una acción más vigorosa en la marcha de los Clubes” (INTA, 1961a, p. 3). Como parte del programa de los encuentros se realizan salidas en grupo que incluyen paseos turísticos, visitas a empresas y a edificios de

gobierno, entre las que se destacan las reuniones en la Casa Rosada con el presidente Arturo Illia en 1965 y con el dictador Juan Carlos Onganía en 1967.

En algunas Convenciones también se preparan concursos de demostraciones que tienen por objetivo “desarrollar en las socias condiciones para transmitir a otros conocimientos útiles a la vida del hogar y la finca” (INTA, 1967, p. 99). Las presentaciones de las delegadas abarcan una gran diversidad de temas: recetas y consejos culinarios (preparación de la leche de soja, conservación de alimentos, fabricación del bombón de cayote), saneamiento ambiental (potabilidad del agua, exceso de flúor y su eliminación), organización comunitaria e industrias domésticas (armado de un grupo de acción cooperativa, trabajo con cogollo de palmera), entre otros. También la firma Fleischmann Argentina Inc. –más conocida por su marca de productos alimenticios, Royal– organiza en una de las Convenciones un concurso que consiste en la presentación de recetas inéditas y originales. Tanto en éste como en los concursos organizados por el INTA, las socias que realizan las mejores presentaciones se hacen acreedoras de diversos bienes aportados por las empresas que patrocinan los certámenes. Sin embargo, muchos de estos “premios” son en realidad insumos que las mujeres deberán utilizar para desempeñar de una mejor manera el rol que se espera que cumplan: cocinas a gas (SIAM), garrafas (ESSO), juegos de cubiertos, aspiradoras y bolsos con productos Royal. En este sentido, los premios –con unas pocas excepciones ligadas al esparcimiento, como un tocadiscos a transistores marca Winco– sirven para reforzar las obligaciones que se les asigna a las mujeres rurales.

Las socias que asisten a las Convenciones son designadas por sus propios Clubes, aunque no queda claro el proceso de elección de los CHR que pueden enviar delegadas. Este proceso es necesario debido a que rápidamente el número de Clubes supera con amplitud el total de socias asistentes a las Convenciones Nacionales, que ronda entre las 100 y 120. Las presentaciones que realizan las delegadas en cada Convención, agrupadas en delegaciones por Centro Regional, dan cuenta de la capacidad de organización y el nivel de coordinación alcanzado por estas mujeres. Además de detallar la cantidad de Clubes y el número de socias que representan, en estos discursos se dan a conocer los proyectos individuales, grupales y comunitarios, realizados de manera independiente o en colaboración con otras instituciones de gestión pública o privada; otras actividades recreativas organizadas para la comunidad, como bailes, exposiciones y ferias; y los medios utilizados para darse a conocer, como la producción de pequeños segmentos para un canal de televisión local (INTA, 1965).

La presentación de las delegaciones nos permite observar algunas de las diferencias en el funcionamiento del Programa en los distintos Centros Regionales, sobre todo respecto a la articulación entre los Clubes y las Agencias de Extensión de una misma región. En este sentido se destaca el aporte de la socia Otilia H. de Decker, del CHR “Madreselva” de El Colorado (Formosa), quien presenta la delegación del Centro Regional Chaqueño en la Cuarta Convención Nacional de 1965. En su exposición la socia da a conocer las comisiones ejecutivas que se forman con delegadas de todos los Clubes que dependen de una AEA determinada, y en algunos casos son integradas también por delegados de los Clubes 4-A y de los Consejos de Productores, las otras ramas de extensión del INTA. A través de estas comisiones se planean las actividades de los Clubes, se estudian los problemas de la comunidad y se coordina el trabajo con otras entidades, organizaciones o instituciones del medio local o la provincia. Además, con el aporte de todos los CHR se forma un fondo común destinado a fomentar proyectos, becas de intercambio local y regional, y realización de actividades socio-culturales (INTA, 1965, p. 16).

A partir de los datos otorgados por estas presentaciones también podemos comprender la disparidad entre los Centros Regionales con respecto a la cantidad de Clubes Hogar Rural y de socias de los que son responsables. Como se puede ver en el cuadro 4, la distribución de CHR a lo largo y a lo ancho del territorio nacional en 1967 se corresponde con la importancia a nivel productivo y económico de cada región, en un período de recuperación del agro pampeano gracias a las innovaciones tecnológicas (provisión de maquinarias e implementos agrícolas) y de una marcada heterogeneidad en el resto del país (Barsky & Gelman, 2009). En este sentido, el Centro Regional Pampeano se destaca muy por encima de los demás, duplicando la cantidad de Clubes del Centro Regional Cordobés-Puntano y al menos cuadruplicando a los demás. La concentración de esfuerzos en este espacio en particular no es novedoso: desde fines del siglo XIX “las propuestas sobre la familia rural y los planes de capacitación agrícola” habían sido enfocados por los sectores dirigentes en la región pampeana, debido al lugar fundamental que ocupaba en el desarrollo socioeconómico argentino y en su integración al mercado mundial (Gutiérrez, 2007b, p. 35). En la Séptima Convención Nacional de 1973 las delegaciones ya no representan a los Centros Regionales porque éstos han sido suprimidos y sus funciones han sido absorbidas por las Estaciones Experimentales Regionales Agropecuarias (Gárgano, 2017a, p. 57). A pesar de que el territorio supervisado por el Centro Regional Pampeano pasa a estar en manos de cuatro estaciones distintas, tres de ellas siguen estando entre las cinco que más Clubes y más socias

poseen (cuadro 5), con excepción de la pequeña Estación Cooperativa de Experimentación y Extensión Agropecuaria (ECEEA) de Hilario Ascasubi (provincia de Buenos Aires).

Cuadro 4. Cantidad de Clubes Hogar Rural y socias por Centro Regional en 1967.

<i>Centro Regional</i>	<i>CHR</i>	<i>Socias</i>
Pampeano (Buenos Aires y La Pampa)	163	2.872
Cordobés-Puntano	84	1.550
Noroeste (Catamarca, Jujuy, La Rioja, Salta, Santiago del Estero y Tucumán)	41	905
Andino (Mendoza y San Juan)	35	700
Entrerriano	35	500
Mesopotámico (Corrientes y Misiones)	35	430
Santafesino	32	521
Chaqueño (Chaco y Formosa)	18	280
Rionegrense (Río Negro y Neuquén)	16	295
Patagónico (Chubut y Santa Cruz)	3	35

Fuente: elaboración propia a partir de los datos de INTA, 1967, pp. 19–34.

Cuadro 5. Cantidad de Clubes Hogar Rural y socias por EERA/ECEEA en 1973.

<i>EERA/ECEEA</i>	<i>CHR</i>	<i>Socias</i>
Pergamino (noroeste de Buenos Aires)	226	4.500
Marcos Juárez (Córdoba, San Luis y parte de Santa Fe)	136	s/d
Anguil (La Pampa y sudoeste de Buenos Aires)	74	1.204
Paraná (Entre Ríos)	69	1.131
Balcarce (sudeste de Buenos Aires)	60	1.423
Mendoza (Mendoza y San Juan)	56	1.200
Rafaela (Santa Fe y parte de Córdoba)	55	744
Corrientes (Corrientes y Misiones)	45	653
Famaillá (Catamarca, La Rioja, Santiago del Estero y Tucumán)	30	510
Alto Valle del Río Negro	21	280
Hilario Asacasubi (sur de Buenos Aires)	16	300

Presidencia Roque Sáenz Peña (Chaco y Formosa)	16	438
Salta (Salta y Jujuy)	16	373
San Carlos de Bariloche	7	150

Fuente: elaboración propia a partir de los datos de INTA, 1973, pp. 19–31.

En los informes de las Convenciones Nacionales se repite continuamente el rol que le corresponde a los CHR de acuerdo con los objetivos del INTA –medios para lograr el mejoramiento del nivel de vida familiar y comunitario–, y se sostiene que las mujeres han comprendido la importancia de agruparse para analizar y resolver problemas de sus familias y sus comunidades. Una década después de la Primera Convención la participación de las socias, tanto a nivel local y regional como nacional, es calificada como intensa (INTA, 1970b, Prefacio); en estas reuniones las mujeres discuten “los aspectos relacionados con el papel que les corresponde desempeñar en sus familias, en sus clubes y en sus comunidades” (INTA, 1970b, Introducción), en un contexto marcado por el recorte de las libertades por parte del gobierno de facto, una creciente actividad política y movilización social, y un aumento de la participación femenina en el mercado de trabajo remunerado. De todas formas, si bien se valora la participación pública de las mujeres y su desempeño en los debates, al dirigirse hacia ellas las autoridades del INTA reafirman nociones preconcebidas acerca de sus características, sus personalidades y el papel que les corresponde en el impulso al desarrollo de la Nación.

En la apertura de la Segunda Convención Nacional, uno de sus primeros actos públicos como presidente del INTA, el ingeniero agrónomo René Delpech reafirma la doble función (a la que se suma el trabajo productivo que realizan, muchas veces invisibilizado) que deben cumplir las mujeres rurales: en el hogar, trabajando por su mejoramiento para que alcance la plenitud del progreso humano, y en la comunidad, promoviendo iniciativas que tiendan a “acrecentar los esfuerzos aunados de las personas de la zona en procura del bien común” (INTA, 1961a, p. 6). Por otra parte, Delpech agradece a las socias por asistir a la Convención “dejando sus hogares y sus deberes”, estableciendo un orden de prioridades en el que las actividades del Programa son importantes pero la responsabilidad principal de las mujeres sigue siendo atender a sus hogares y sus familias. De esta manera expresa por primera vez una idea que será reiterada por otras autoridades del INTA, como Gastón Pedro Bordelois, presidente del Instituto entre 1963 y 1970.

En su discurso de inauguración a la Quinta Convención Nacional (1967), Bordelois valora el accionar de las mujeres al haber “consentido en *delegar la responsabilidad* de la conducción de su hogar, para darse generosamente a colaborar en una acción de promoción comunitaria como la que representa esta Convención” y les agradece por sacrificar “una parte del tiempo habitualmente consagrado a la atención de las tareas domésticas” para formar parte de los Clubes (INTA, 1967, p. 11). En una misma línea se expresa en la Sexta Convención (1970) la doctora Estela S. Menchaca,³² Vicepresidenta del INTA, quien felicita a las mujeres por el trabajo que vienen realizando y al mismo tiempo refuerza el ideal de domesticidad y el rol que deben cumplir en las familias rurales. En este sentido afirma que “la sola presencia de ustedes aquí, *abandonando* por unos días a sus familias y a su hogar, a sus esposos e hijos, pone de relieve el *espíritu de sacrificio* que las anima”³³ (INTA, 1970b, p. 25).

Por su parte, Piangiarelli de Vicién –la Asesora Nacional de Clubes Hogar Rural– sostiene una idea similar a lo largo de los años: la misión fundamental de las mujeres es la maternidad, “ama[n] el sacrificio y le[s] gusta darse a los que la[s] rodean sin medir esfuerzo” (INTA, 1961a, p. 38); los problemas que le corresponde resolver “por su misión específica [son] la atención del hogar, la maternidad, la educación de sus hijos” (INTA, 1967, p. 113); pueden participar activamente en la comunidad “sin descuidar su función primera con sus maridos, hijos, y miembros de sus familias” (INTA, 1970b, p. 32). Sin embargo, Piangiarelli de Vicién también reconoce el aporte de los CHR y valora positivamente las herramientas que éstos otorgan a las socias para desenvolverse por fuera del ámbito familiar.

De acuerdo con la Asesora Nacional el crecimiento de los proyectos llevados a cabo y su mayor envergadura implican que las socias vayan “ensanchando el marco de sus decisiones a través del trabajo en común, de su propia promoción, de su preparación cultural dentro del hogar, y del llamado a intervenir activamente en el progreso de la comunidad” (INTA, 1967, p. 9). Gracias a la preparación recibida en los CHR las mujeres han podido “hacer realidad la

³² Graduada de la Facultad de Ciencias Veterinarias de la Universidad de Buenos Aires en 1942, la doctora Menchaca llega a ocupar la Vicepresidencia del INTA en la segunda mitad de la década del '60. En 1970 ejerce de hecho la Presidencia del Instituto por seis meses, tras la salida del ingeniero agrónomo Gastón Bordelois el 2 de febrero de ese año. Sin embargo, no es designada formalmente como Presidenta por el solo hecho de ser mujer, y el cargo finalmente es ocupado por el ingeniero agrónomo Ernesto Lanusse (primo hermano del general Alejandro Agustín Lanusse, quien ejercería la presidencia de facto del país entre 1971 y 1973) desde el 6 de agosto de 1970. Este “techo de cristal” (un obstáculo que limita las carreras profesionales de las mujeres, sin necesidad de que existan leyes o reglas explícitas) no era una novedad para Menchaca: tras graduarse se había presentado a concurso en la Municipalidad de Buenos Aires, pero el puesto al que aspiraba no se le otorgó por ser mujer, a pesar de ser la primera en la selección. Decidida a luchar por ese puesto, hizo un juicio y lo ganó, “pero los colegas no se lo perdonaron nunca: la destinaron al Mercado de Concentración de Pescados, que funcionaba de noche y en el barrio de Barracas, donde trabajó por nueve años” (Barberis, 2010, p. 10).

³³ El resaltado es nuestro.

esencia del desarrollo, que radica en la libertad y capacidad [...] de tomar decisiones que llevan a satisfacer las necesidades propias, del hogar y de su comunidad”. Curiosamente, Piangiarelli de Vicién parece no reparar en el hecho de que el país se encuentra bajo un gobierno de facto; en todo caso, considera que esto no obstaculiza la “libertad y capacidad” de tomar decisiones de las mujeres rurales. Según la Asesora Nacional el paso de los años y el reconocimiento de diferentes experiencias en todo el país permiten afirmar el lugar destacado que ocupan las mujeres en el proceso de desarrollo gracias al nivel alcanzado “en lo intelectual, en lo económico y en lo social, como miembro[s] activo[s] de la comunidad”. En este sentido, sostiene que

La mujer rural se ha logrado mediante su actuación en el Club, poniendo de relieve su capacidad, su valoración y su talento. A través de este quehacer puso de manifiesto que no es un mero espectador, sino un participante activo en el proceso de desarrollo nacional, capaz de tomar decisiones y llevar a cabo proyectos que hacen al avance tecnológico y cultural del país (INTA, 1970b, p. 29).

Estos temas son discutidos por las propias delegadas en las actividades organizadas por el INTA durante los encuentros. En los primeros años las charlas brindadas a las socias se centran principalmente en cuestiones ligadas al presupuesto papel de las mujeres en el hogar, su rol como “centro afectivo de la vida familiar”, la maternidad y la educación de los hijos e hijas. Estas ponencias reproducen en general las ideas que el INTA tiene acerca de la familia, el hogar, y el rol que les “corresponde” a las mujeres rurales. En este sentido, si bien se destaca la importancia que tienen como ejes del hogar para impulsar el desarrollo y mejorar el nivel de vida en el campo, al mismo tiempo se plantea la necesidad de una estricta división de género entre las tareas productivas y reproductivas. La aspiración de muchas mujeres – sobre todo en las grandes ciudades, pero “por contagio” también en el campo– de ser esposas y madres a una edad joven y al mismo tiempo desarrollar una profesión es considerada poco realista, limitando las posibilidades de las mujeres: necesitan aprender nociones de economía doméstica para resolver los problemas creados por la vida moderna, y no es lo más acertado pretender que aporten dinero a la casa mediante el trabajo fuera del hogar o la atención de pequeñas industrias (INTA, 1961a, p. 9).

Las tareas rutinarias que demanda la vida familiar “no pueden delegarse” y “siempre o la mayoría de las veces recaen como una obligación exclusiva de la madre o de las hijas”. Si bien se reconoce esto como un problema, la solución propuesta no incluye la redistribución de esas tareas entre los otros miembros de las familias (es decir, los varones), sino que

consiste en la incorporación de la ciencia y la tecnología mediante “máquinas e implementos que simplifican, perfeccionan y hacen mucho más eficiente su realización” (INTA, 1961a, p. 9). La posibilidad de acceder a estas tecnologías no se cuestiona, así como tampoco se reflexiona acerca de las condiciones de vida en el agro y sus particularidades regionales, lo que nos puede dar un indicio del tipo de familias a las que se dirige esta propuesta.

En su demostración, la señora Amanda C. R. de Ramella³⁴ se encarga de exhibir algunos aparatos (un termostato, una máquina de tejer y una estufa parabólica, entre otros) y enumerar sus bondades: permiten “simplificar, conseguir perfeccionamiento, mayor ahorro de energía, ahorro de tiempo”. También elogia al gas y la electricidad, los elementos que permiten que los aparatos funcionen. Esta charla y la demostración que le sigue se inscriben en el proceso de tecnificación del espacio doméstico que busca racionalizar las tareas reproductivas sin poner en cuestión la división sexual del trabajo (Pérez, 2011). En este sentido, el papel de las mujeres sigue siendo preponderante: deben “armonizar y combinar todo lo que con su acción de madre pueden hacer, porque reconocen que en el hogar rural [...] se va forjando la juventud, sana e incontaminada, esperanza del país, para que la patria cumpla sus grandes destinos” (INTA, 1961a, p. 10).

Otras ponencias se refieren a distintos temas con la misma tónica, reproduciendo una estructuración de género con un claro orden jerárquico, en el que las mujeres aparecen subordinadas a los varones. En estas charlas se puede constatar la fuerte influencia de los postulados de la Iglesia Católica en la orientación de la extensión del INTA.³⁵ La exposición del matrimonio compuesto por la señora Fanny Palacios de Olivera³⁶ y el doctor Jorge Olivera comienza efectivamente con una escena bíblica, afirmando que

[...] la esposa es en realidad la colaboradora del hombre y puesta en el mundo después que Adán, para colaborar y ayudar. Dios la creó con esa idea de que no era bueno que el hombre estuviese solo y le hacía falta una compañera. Muchas veces tanto en la ciudad como en el campo la mujer usurpa el papel que le corresponde al hombre. Gravísimo error [...] (INTA, 1961a, p. 12).

³⁴ Profesora de economía doméstica, durante las décadas del '30 y el '40 conduce un programa de radio sobre esta materia en Radio Excelsior (Pite, 2013, p. 247).

³⁵ Cecilia Gárgano (2017a) traza un paralelo entre el caso del INTA y el peso de la religión en la extensión rural estadounidense, donde la instrucción de las conductas y las pautas de socialización del cristianismo acompañan permanentemente el trabajo con mujeres y jóvenes rurales. En cuanto al INTA, las influencias del catolicismo continúan permeando sus espacios y comunicaciones hasta la actualidad (2017a, p. 159).

³⁶ Sobrina del abogado y legislador socialista Alfredo Palacios, junto con su esposo Jorge Olivera (médico higienista del ejército) tuvo 11 hijos. El séptimo de ellos, Rafael, fue secuestrado y posteriormente desaparecido el 12 de julio de 1976 en la provincia de Mendoza (ver <http://www.robortobaschetti.com/biografia/o/35.html>)

Si bien sostienen que los varones deben participar en la educación de los hijos, se refieren a esta participación como una “ayuda” que debe consistir en colaborar “en el baño del niño, cambiarlo alguna vez, dormirlo, etc.” (INTA, 1961a, p. 15). Por otra parte, la especialista en relaciones familiares Jorgelina Ruibal afirma que “pasarse la tarde leyendo una revista” o demorarse “conversando con una vecina” puede ocasionar el incumplimiento de las tareas domésticas por parte de las mujeres, resultando en una acumulación del trabajo y en la falta de orden en el hogar, mientras que la doctora Modesta D. de Calabrese afirma que todas las mujeres son “mamas en potencia”, y que pocas parejas al momento de unirse piensan en “formar el clima adecuado al niño que *naturalmente* debe nacer, por la *condición intrínseca* de la mujer y la finalidad del matrimonio” (INTA, 1961a, p. 33).³⁷

Por otra parte, las asistentes a la Convención forman parte de mesas de trabajo en las que se discuten cuestiones relativas al funcionamiento de los Clubes, sus deberes, su acción en la comunidad, la conquista de nuevas socias, la creación de nuevos grupos y la realización de proyectos a nivel individual y grupal. En las conclusiones de una de estas mesas se hace referencia a la “doble misión” que tienen las mujeres (trabajar para mejorar sus hogares y sus comunidades), aunque se establece una clara jerarquía entre ambos espacios. Perseguir la elevación de la comunidad propia “no es motivo para desatender su hogar, su esposo y sus hijos; ordenando sus energías y tiempo puede dedicar horas a las actividades comunitarias” (INTA, 1965, p. 29).

Tras la llegada a la presidencia de la nación de Arturo Illia en octubre de 1963, quien designa a Walter Kugler como Secretario de Agricultura y Ganadería y a Gastón Bordelois como Presidente del INTA, se empieza a trabajar con las delegadas en dos temas específicos, orientados al desarrollo de las comunidades y al mejoramiento de la vida en el campo: la electrificación y el saneamiento básico rural. El trabajo en estas áreas se ve reflejado en los informes de las Convenciones Nacionales de Clubes Hogar Rural: en la Cuarta edición (1965) se realiza un panel con especialistas, socias y una asesora de Hogar Rural, en el que se plantea la importancia de la electrificación en el campo y las ventajas que ofrece a la población a nivel social y cultural. Dos socias de clubes bonaerenses (Felisa Oyarzum del CHR “La Familia” de Lobos, y Elba Moriones del CHR “Siempre Unidas” de Bolívar) presentan proyectos que ya están siendo desarrollados en su zona con participación de sus clubes, mientras que el ingeniero Antonio Sancho, supervisor en extensión del INTA, se

³⁷ El resaltado es nuestro. Con respecto a la señora Ruibal y la doctora de Calabrese, no se consigna su afiliación con ninguna entidad, y no hemos encontrado datos biográficos de ninguna de ellas.

refiere a la “organización cooperativa como recurso económico de eficacia para poder concretar la electrificación rural” (INTA, 1965, p. 38).

En la Quinta Convención (1967), luego de evaluar el grado de aceptación de los Clubes con respecto a estos temas, se busca iniciar a las socias en el liderazgo para la promoción de acciones que permitan desarrollar nuevos proyectos de electrificación y saneamiento en distintos rincones del país. Estas aspiraciones del INTA parecen dar cuenta del éxito de los Clubes (al menos parte de ellos) como espacios de acumulación de poder territorial y de la consolidación de los liderazgos de algunas socias en sus comunidades, ya que se les encomienda la tarea de coordinar acciones con otros organismos (a nivel provincial y municipal) para llevar adelante estos proyectos. Al mismo tiempo, en el marco de estas iniciativas se brindan charlas técnicas a las mujeres, cuyos contenidos contrastan con la caracterización de sus deberes en años anteriores por parte del INTA. Es posible que este giro responda a una realidad rural cambiante, o a una demanda de mayor complejidad por parte de las socias (o a ambas). Lo cierto es que los proyectos de saneamiento y electrificación se sostienen en el tiempo a pesar de los cambios políticos e institucionales (comienzan bajo el gobierno democrático de Illia y continúan en la dictadura de Onganía).

En uno de los paneles, conformado por cuatro ingenieros agrónomos de la Dirección de Saneamiento Ambiental de la Secretaría de Salud Pública de la Nación y la Oficina Sanitaria Panamericana,³⁸ se dan explicaciones respecto al saneamiento de la vivienda, la evacuación de excretas, el tratamiento de la basura y la disponibilidad y potabilidad del agua –además de su peligrosidad, producto de su potencial actuación como agente transmisor de enfermedades–. Según el ingeniero agrónomo Luis E. Loffi, el objetivo de este proyecto es que los CHR se transformen en centros difusores de buenas prácticas, “adquiriendo la magnitud de institución comunitaria que se proyecte a la comunidad a la que pertenece, o a la que pertenecen sus integrantes” (INTA, 1967, p. 56). Luego de las exposiciones se presenta una guía de discusión a las socias para debatir este tema.

Las delegadas llegan a la conclusión de que, como amas de casa, deben crear conciencia entre sus familiares y dar el ejemplo en la comunidad difundiendo conocimientos y buenas prácticas sanitarias. Por otra parte, consideran que no ha existido una acción coordinada y sistemática por parte de los organismos gubernamentales (no se especifica a cuáles se hace

³⁸ Actualmente denominada Organización Panamericana de la Salud, es la agencia especializada en salud del Sistema Interamericano encabezado por la OEA y funciona como la oficina regional para las Américas de la Organización Mundial de la Salud.

referencia), “cualquiera sea su nivel”. Más allá de la tarea permanente del INTA y los Clubes es necesaria “una mayor atención por parte de los poderes públicos hacia los problemas de la comunidad, y el aporte activo de ésta a la solución de sus problemas, colaborando en la construcción de obras de saneamiento” (INTA, 1967, pp. 101–102). En parte debido a estas conclusiones, a fines de 1967 se firma un convenio entre el INTA y el Departamento de Saneamiento Ambiental de la Secretaría de Salud Pública para poner en marcha un Plan de Saneamiento Básico Rural que se ocupe de la provisión de agua, el mejoramiento de las viviendas y la salud ocupacional agrícola. Las técnicas de los CHR (así como los y las técnicas de los Clubes 4-A) son capacitadas por la Secretaría de Salud Pública en el marco de este Plan para asistir en “la realización de diversas tareas concretas en el campo del saneamiento” (INTA, 1970d, p. 1).

En la Quinta Convención (1967) también se realiza un panel sobre electrificación rural en el que se tratan distintos subtemas relativos a esta cuestión, como la financiación de un plan de electrificación, la función de la organización cooperativa, la electricidad aplicada a las actividades agrícolas y en el confort del hogar. Las principales razones por las cuales se promueve la electrificación están en sintonía con los objetivos del Programa Hogar Rural. No se trata de una innovación tecnológica más entre otras, sino de “un agente acelerador del *desarrollo*, un factor dinámico de la economía, ligado a los cambios de la productividad”³⁹ (INTA, 1967, p. 69). Entre los beneficios que reporta el servicio eléctrico permanente se cuentan un aumento en las comodidades del hogar y el rendimiento de las labores domésticas, pero también un aumento de los ingresos, en tanto permite mejorar la calidad de la producción y facilita la conservación y manejo de los productos. Al mismo tiempo, estos beneficios se traducen en un aumento del valor de las propiedades electrificadas, lo que contribuiría al afincamiento de los productores y sus familias en el campo, evitando así los éxodos a las grandes urbes, cuyo ritmo aún no se desacelera (Holubica, 1988; Recchini de Lattes & Lattes, 1969, 1975).

El panel incluye una exposición acerca de la electricidad en el confort hogareño por parte del señor Guillermo Tetzlaff, técnico de General Electric Argentina. En línea con el proceso de tecnificación del espacio doméstico ya mencionado en este capítulo (Pérez, 2011), Tetzlaff se refiere a los artefactos eléctricos como herramientas de confort, “servidores silenciosos y eficientes que prestan una verdadera ayuda” y que han llegado a cambiar el estilo y el ritmo de las tareas hogareñas, permitiendo reducir la mano de obra necesaria para la atención de las

³⁹ El resaltado es nuestro.

diversas funciones que se cumplen en la casa (INTA, 1967, p. 76). Estos artefactos “permiten al ama de casa *multiplicar su acción* y organizar su tiempo en una forma tan eficaz como no lo podría hacer aún con numerosa servidumbre”.⁴⁰ Nuevamente se pone de manifiesto el papel de las mujeres como administradoras del hogar, y se orienta la búsqueda de una mayor eficiencia hacia la adquisición de electrodomésticos, evitando la distribución de las tareas domésticas entre los otros miembros del grupo familiar y, al mismo tiempo, dando por sentadas las posibilidades reales de acceso a los artefactos eléctricos. Con respecto a la carencia de asesoramiento respecto del rendimiento, la calidad y la eficiencia de los electrodomésticos que existe en las zonas rurales, se propone la promoción de cursos por parte de los CHR, una mayor disponibilidad de información acerca del uso de artefactos y la prevención de accidentes, y la elaboración de un orden de prioridad para la adquisición de aparatos eléctricos.

Tres años más tarde, al momento de la Sexta Convención (1970), se informa sobre los resultados de las experiencias llevadas a cabo “pasando de lo posible a lo real” gracias a la acción de las socias y los Clubes (INTA, 1970b, p. 11). De acuerdo con las delegadas el tema de la electrificación rural ha sido tratado en casi todos los Clubes y la recepción ha sido ampliamente positiva; es probable que este éxito se deba a una demanda ya existente que a la demostración de las bondades de los electrodomésticos. Gracias a esta aceptación ha sido posible la formación de cooperativas, el tendido de líneas troncales, la promoción de la electricidad como medio para alcanzar el desarrollo y la realización de cursos para socias acerca de estos temas.

También se han realizado acciones en el marco del Plan de Saneamiento Básico Rural, que incluyen hacer analizar muestras de agua, construir filtros, proteger fuentes de agua y perforar a profundidad, instalar cañería de distribución, desinsectar la vivienda, construir y mejorar letrinas e instalar baños. Las socias presentes coinciden en que este Plan es indispensable y debe continuarse sin escatimar esfuerzos, pero reclaman una política crediticia más favorable, trámites más ágiles y más oportunidades de capacitación. De acuerdo con el informe de la Sexta Convención, el desarrollo de estos dos programas permite concluir que los CHR cumplen una de las funciones para las que fueron pensados: actuar “como factores de arraigo de la familia al medio rural, como estímulo de elevadas aspiraciones, y como puntos de apoyo en los que se cimenta el progreso agropecuario”

⁴⁰ El resaltado es nuestro.

(INTA, 1970b, p. 11). Los liderazgos femeninos (otro interés del Programa) también parecen estar consolidados, a juzgar por el éxito inicial de estos proyectos.

Más allá de la preocupación por el bienestar de las familias rurales y el constante impulso al desarrollo, hasta principios de la década del '70 las referencias a la situación sociopolítica del país son escasas. Esto resulta llamativo, ya que esta primera etapa del Programa (1958-1974) está caracterizada por la poca estabilidad institucional, la proscripción de la fuerza política mayoritaria, la alternancia entre gobiernos democráticos y militares, y una progresiva radicalización de las formas de hacer política. La única autoridad del INTA que se expresa en este sentido frente a las asistentes, aunque de manera lateral, es Piangiarelli de Vicién. En su discurso de apertura de la Cuarta Convención Nacional de 1965 acepta el deseo de las mujeres rurales de “estar presente[s] en todas las manifestaciones sociales, políticas y culturales del momento actual”, pero sostiene que “es necesario fijar posiciones definitivas y claras, para no arrastrar hacia el caos la organización familiar y lo bueno que la tradición nos ha legado” (INTA, 1965, p. 9). Cinco años más tarde la Asesora Nacional de Hogar Rural afirma que es necesario

[...] inducir a los hombres a que sigan el ejemplo de estas valerosas mujeres que quieren una patria unida, para que la palabra desarrollo, no pase de ser un mero deseo, y se convierta en una luminosa realidad. Para que sepamos seguir trabajando pacífica y eficientemente, aun en condiciones adversas como nos ha ocurrido en estos días difíciles para la Nación,⁴¹ en que providencialmente vivimos, a la que tanto amamos, y cuyos problemas desearíamos ver definitivamente superados (INTA, 1970b, p. 79).

De todas formas en ningún momento se hace referencia a acontecimientos específicos, y el impacto de la coyuntura política en el desarrollo del Programa no se ve reflejado en los informes publicados por el INTA. Como mencionamos anteriormente, en 1965 en el marco de la Cuarta Convención Nacional las socias son recibidas en la Casa Rosada por el presidente Arturo Illia, electo democráticamente –aunque el principal partido político estaba proscrito y su líder, el general Juan Domingo Perón, aun se encontraba en el exilio– en 1963. Las delegadas que asisten a la Quinta Convención Nacional en 1967 también visitan la Casa de gobierno, pero quien las agasaja es el general Juan Carlos Onganía, presidente de

⁴¹ Apenas diez días antes del comienzo de la Sexta Convención Nacional de Hogar Rural, la Organización Armada Revolucionaria “Montoneros” se da a conocer públicamente con el secuestro y posterior asesinato del ex presidente de facto Pedro Eugenio Aramburu. Esta acción provoca una crisis en el debilitado gobierno de facto del general Juan Carlos Onganía, quien se ve obligado a renunciar el 8 de junio de 1970, el mismo día en el que se da inicio a la Convención.

facto y artífice del golpe de estado conocido como “Revolución Argentina” que un año antes había derrocado a Illia. En el informe de la Convención no se hace referencia alguna al golpe de estado ni se especifica que se trata de un gobierno militar, y la visita es presentada de manera muy similar a aquella realizada dos años antes.

Sin embargo, el regreso de la democracia, el fin de la proscripción del peronismo y su eventual vuelta al poder en 1973 configuran un escenario en el cual el INTA sufre numerosos cambios que afectan a todas sus áreas, incluido el Servicio de Extensión. Según Gárgano, “el Instituto no permaneció ajeno al alto grado de movilización social y política que atravesaba al país. [...] existieron cuestionamientos a su rol tradicional, que buscaron poner en cuestión para quién y cómo debía producir conocimientos y tecnología agropecuaria” (2017a, pp. 166–167). El informe de la Séptima Convención Nacional de Hogar Rural (INTA, 1973) celebrada en noviembre de ese año refleja algunos de estos cambios, que no obstante generan dentro del organismo tensiones análogas a las que se suceden a nivel político y socioeconómico en todo el país.

El sector agropecuario es considerado un engranaje clave dentro del proyecto reformista del tercer gobierno peronista, que se encuentra ante la obligación de conformar nuevos equipos en los diferentes organismos estatales, entre los que se encuentra el INTA. El perfil de los funcionarios elegidos conjuga su adscripción al peronismo con una formación profesional especializada en el área, y en algunos casos se trata de personas que han hecho carrera profesional dentro del instituto (Gárgano, 2017a, p. 68). La renovación alcanza cargos de gran importancia como la Presidencia, la Vicepresidencia y la Dirección nacional de Extensión, pero no es total, ya que la Comisión Directiva está integrada por representantes de las entidades corporativas rurales que no son designados por el Poder Ejecutivo. Debido a las diferencias políticas, las reuniones de Comisión se caracterizan por la fricción entre los nuevos y viejos dirigentes y por “la construcción de una retórica que acompaña a esta nueva gestión”, un discurso “anclado en un clima de época general y en las orientaciones planteadas para el sector científico en particular” (Gárgano, 2017a, pp. 72–73). Este discurso se hace presente en más de una ocasión en el informe de la Séptima Convención Nacional.

Además de señalar las ya conocidas virtudes de los CHR –contribuyen a superar el nivel de vida familiar y comunitario, las mujeres adquieren conciencia de la importancia de agruparse para resolver problemas– en el prefacio del informe se sostiene que a los esfuerzos por aumentar la producción “se debe agregar la importante misión de la formación social y cultural de la familia a los fines de lograr la Argentina pujante y liberada para ocupar el lugar

histórico que por derecho le corresponde” (INTA, 1973, p. 3). Las conclusiones de los paneles y las mesas redondas, en las que las delegadas participan de manera activa, confirman que los Clubes

[...] actúan decididamente en el arraigo de la familia al medio rural como estímulo de elevadas aspiraciones y como punto de apoyo para que el Acta del Compromiso del Estado y los productores para un política concertada de expansión agropecuaria y forestal asegure *la reconstrucción y la liberación nacional*, así como, *la revolución en paz*, que fervientemente desea *el pueblo argentino* que conducirá a la gran expansión agropecuaria para asegurar la grandeza nacional (INTA, 1973, p. 5).⁴²

La nueva retórica aparece en el discurso del médico veterinario Horacio D. Figueiras,⁴³ quien ocupa la Vicepresidencia del INTA. En su exposición Figueiras recupera una serie de tópicos peronistas para dirigirse a las delegadas: la “comunidad organizada” como objetivo primordial para evitar las acciones individuales y egoístas y para alcanzar la libertad del pueblo y de la nación; la mujer como núcleo aglutinador del hogar, la versión mínima de la comunidad organizada; la inquietud acerca de la agremiación de los trabajadores rurales. También retoma algunos conceptos fundamentales expresados por Perón con respecto a la relación del hombre con la naturaleza para delinear las futuras guías de trabajo.

Con respecto al rol de las mujeres en la sociedad, las delegadas reciben un discurso por parte de la diputada peronista Virginia Sanguinetti,⁴⁴ quien reflexiona acerca de lo que debe significar para las mujeres su participación en la vida ciudadana con un enfoque de tipo histórico pero también referido a la situación actual del país. El lugar de enunciación que la diputada reivindica para sí misma es el peronismo, pero si bien se distancia del feminismo y le realiza diversas críticas, algunas de sus observaciones resuenan en las proclamas feministas actuales, casi medio siglo más tarde.

⁴² El resaltado es nuestro.

⁴³ El 12 de julio de 1973, un día antes de la renuncia a su cargo del Presidente de la Nación Héctor José Cámpora, Marcelo Bordas y Horacio Figueiras son designados Presidente y Vicepresidente del INTA, respectivamente. Figueiras, cuadro activo profesional de la organización peronista Trasvasamiento, asume la Presidencia tras la renuncia de Bordas, apenas cuatro meses después de su asunción. El 1 de julio de 1974, ante la muerte de Perón, Figueiras convoca una reunión extraordinaria del Consejo Directivo y solicita la redacción de un documento, pidiendo quedar al margen de su redacción por no poder pensar en términos institucionales, debido a “su dolor como militante peronista” (Gárgano, 2017a, p. 77). En diciembre de ese mismo año, ya disuelta la organización política a la que pertenecía, Figueiras renuncia a la Presidencia del INTA.

⁴⁴ Militante de la agrupación peronista Guardia de Hierro, surgida en la década del '60 durante la prescripción del peronismo e íntimamente ligada a la organización Trasvasamiento, a la que pertenece Horacio Figueiras (Vicepresidente del INTA al momento de la Séptima Convención). Sanguinetti es electa diputada en las elecciones de marzo de 1973, en las que se celebra el retorno a la democracia (aunque brevemente) tras siete años de gobiernos dictatoriales.

La diputada Sanguinetti comienza su reflexión poniendo en duda un argumento que borra la presencia de las mujeres en la sociedad a lo largo de la historia. En este sentido sostiene que las paredes de las casas aíslan y separan a las mujeres del resto de la sociedad, y que mientras que los varones producen bienes socialmente visibles, la supuesta ausencia de las mujeres de la sociedad se debe a la invisibilidad social de los bienes que ellas producen en la esfera doméstica. Para reforzar su argumento la diputada reivindica al trabajo doméstico como tal y discute la falta de remuneración del mismo, poniendo de manifiesto su carácter de actividad económica y su función social, en contraste con lo expresado por el INTA desde los inicios del Programa:

[...] si la mujer en su casa no se dedicase al cuidado de sus hijos, si la mujer no se dedicara al cuidado de los ancianos, ni se lavara la ropa y no preparara la comida y no atendiera a las necesidades del hogar, eso lo tendría que realizar un trabajador (INTA, 1973, p. 73).

De acuerdo con Sanguinetti es necesario darse cuenta “de la importancia que tiene la participación de la mujer, aún de la mujer que *trabaja como ama de casa*. Tan importante es esto que, en realidad, la mujer es el cimiento económico y social invisible de la sociedad”⁴⁵ (INTA, 1973, p. 73). Por otra parte, caracteriza a la entrada de las mujeres a la esfera pública y el mercado laboral como un avance pero al mismo tiempo critica a los movimientos feministas por haber luchado por esta posibilidad sin tener en cuenta el costo que podía implicar: la doble jornada laboral, que convierte al trabajo doméstico en “una obligación [más que] algo que ella voluntariamente lo hace como un aporte a su familia y a la comunidad” (INTA, 1973, p. 74). Esta afirmación contrasta con las continuas apelaciones del Programa a las mujeres para que actúen con entrega y abnegación en beneficio de su esposo, sus hijos y su comunidad sin esperar ningún tipo de retribución.⁴⁶

Quien también se refiere a las mujeres es el Secretario de Estado de Agricultura y Ganadería, el ingeniero agrónomo Horacio Giberti, quien había sido Presidente del INTA entre 1958 y 1961.⁴⁷ Al abordar un tema que constituye una eterna preocupación para los planteles dirigentes como el éxodo rural femenino, Giberti señala ciertos matices que diferencian a su planteo de los anteriores. Sostiene que cuando la vida en el campo no se debe a una elección

⁴⁵ El resaltado es nuestro.

⁴⁶ Ver análisis del folleto “¿Está usted enterada?” (INTA, 1970a) en el Capítulo 3.

⁴⁷ Ver <https://inta.gob.ar/documentos/presidentes-del-inta-desde-su-creacion>

sino a “una forzosa forma de vivir”, el grupo familiar está atado a la producción y “menos posibilidades tiene la mujer de realizarse como ser humano”:

Allí, un medio que no es propicio la aísla, la rechaza, la oculta. Se vuelve verdaderamente difícil la auténtica liberación femenina. De ahí entonces que el éxodo frecuente de la juventud del campo hacia las ciudades sea mucho más frecuente en la rama femenina, debido a ese rechazo del medio que le es hostil, cuando debiera serle favorable (INTA, 1973, p. 33).

Pensar en las mujeres para abordar la cuestión del éxodo no es una novedad, pero en este caso no aparecen como las “culpables” de la migración de sus familias, sino como jóvenes que son víctimas de un medio que no las favorece y las obliga a buscar oportunidades en otros ámbitos. En este sentido, la solución a este y otros problemas se invierte. En lugar de impulsar el desarrollo individual para alcanzar el desarrollo comunitario y luego el de todo el país, el círculo virtuoso debería funcionar al revés. De acuerdo con Giberti no debería ser necesario elevar el nivel de bienestar de la familia rural para que, como consecuencia de ello, el país alcance su desarrollo, sino que

[...] la solución de fondo, en realidad, debe buscarse en el marco de la recuperación y de la *liberación nacional*; en el *rescate de la toma de decisiones del país para el país*.⁴⁸ Este rescate de la toma de decisiones para el país es un rescate de la toma de decisiones para el hombre, para el género humano (INTA, 1973, p. 33).⁴⁹

Por otra parte, en sintonía con la nueva retórica mencionada anteriormente el Secretario de Agricultura alerta contra una falsa liberación femenina, posiblemente ligada a la “revolución sexual” de los años ’60 y a las reivindicaciones de los movimientos feministas de la época.⁵⁰ En este sentido afirma que “pasa de aquella vieja frase de la máquina de procreo, a ser una máquina de la sociedad de consumo” y que “usar el sexo como estímulo para el consumo, divorciándolo del amor, que es su base esencial” no constituyen una señal de progreso (INTA, 1973, p. 35). Por último, con respecto a la misión de los Clubes, sostiene que deben dedicarse a la elevación cultural para aportar

[...] al gran proceso común para la recuperación y liberación nacional que constituyen nuestra revolución en paz, hecha, como decía días atrás nuestro Ministro de

⁴⁸ El resaltado es nuestro.

⁴⁹ En este sentido, la “liberación nacional” y la “liberación femenina” mencionada anteriormente por Giberti aparecen ligadas en una relación causal: sin la primera, la segunda no puede alcanzarse.

⁵⁰ Sobre estos temas, ver Cano, 1982; Calvera, 1990; Ergas, 1993; Nari, 1996; Felitti, 2000, 2006; Vassallo, 2005.

Economía, “con la tinta de las leyes y no con la sangre de los hombres”, porque así lo permite y así lo quiere el pueblo argentino (INTA, 1973, p. 36).

Lamentablemente, esta “revolución en paz” no sería más que un efímero deseo. Tras la muerte de Perón y la escalada creciente de violencia política, en octubre de 1974 Giberti deja la Secretaría de Agricultura y Ganadería, acompañando la renuncia del Ministro de Economía José Gelbard. Sin el respaldo del secretario, los funcionarios que se habían hecho cargo del INTA tras la vuelta de la democracia se ven obligados a renunciar dos meses más tarde. En lo que respecta a extensión rural los intentos de renovar parcialmente los enfoques por parte de este grupo no habían sido exitosos. El Programa de Promoción de Servicios Familiares y Comunitarios Rurales, presentado a comienzos de 1974, planteaba la necesidad de no limitar la asistencia al apoyo tecnológico, reforzando la importancia de la promoción social integral de la familia rural –argumentos que estaban en sintonía con lo expresado por las asesoras de Hogar Rural–. Sin embargo, las tensiones al interior del Consejo Directivo del INTA no permitieron obtener los apoyos necesarios y, al igual que otras iniciativas de la Secretaría de Agricultura y Ganadería, el Programa nunca se hizo realidad.

Tras el recambio de autoridades un decreto presidencial de María Estela Martínez de Perón dispone la intervención del Instituto en mayo de 1975. Menos de un año más tarde, tras el golpe de estado del 24 de marzo de 1976, las Fuerzas Armadas decretan una nueva intervención en el INTA.⁵¹ A partir de este momento el trabajo de extensión deja de estar ligado a las problemáticas de la comunidad y a la producción familiar, para enfocarse en la transferencia de tecnología a un nuevo público: los técnicos del sector privado. Los productores fuertemente capitalizados pasan a ser la prioridad del trabajo de extensión, al mismo tiempo que se deja de lado la inserción en las comunidades y se pierde el contacto con una parte importante de la población rural.

De acuerdo con un extensionista, en este período el trabajo con la familia rural decae y pierde su línea conductora, y se separa de hecho el trabajo con el productor rural y con su familia, lo que hasta esa momento era el ideal del extensionismo del INTA (Gárgano, 2017b, p. 14). En este contexto, las actividades del Programa Hogar Rural impulsadas desde el INTA se ven interrumpidas en 1974. El trabajo continúa en algunos Clubes de manera independiente, pero el mensaje recibido desde el Instituto es distinto; una ex asesora de Hogar Rural manifiesta

⁵¹ Para más información acerca de la intervención militar del INTA durante la última dictadura, se puede visitar el sitio <http://laintervencion.inta.gob.ar/> desarrollado como parte de un proyecto de investigación dirigido por la historiadora Cecilia Gárgano.

que se abandona el servicio de trabajo social por sobre todas las cosas (Gárgano, 2017a, p. 206). Las actividades por parte del INTA se retoman unos años más tarde tras una reunión entre las socias y las extensionistas en marzo de 1978 (INTA, 1981), pero el propio organismo disminuye gradualmente su influencia y descentraliza el control del Programa hasta su finalización a principios de la década del '90.

Reflexiones finales

El Programa “Clubes del Hogar Rural” nace en 1958 haciéndose eco de otras iniciativas similares llevadas adelante desde el Estado (como la enseñanza del Hogar Agrícola del MAN) y desde la sociedad civil (por ejemplo, AFAR y los cursos de la FAA), bajo los dictados de la sociología rural norteamericana y el pensamiento “cepalino” desarrollista que aumenta su influencia en los años posteriores al derrocamiento de Perón. Su objetivo principal consiste en capacitar a las mujeres rurales y generar un espacio de encuentro entre ellas, con el propósito de contribuir al desarrollo económico, social y cultural del agro, elevando el nivel de vida de los grupos familiares y de las comunidades en las que se establecen. Esta tesis intenta comprender desde una perspectiva de género las políticas agrarias argentinas en la segunda mitad del siglo XX. Con este objetivo, focalizamos el análisis en el INTA y sus iniciativas de extensión rural, especialmente aquellas ligadas a lo social, entre las que se encuentra el Programa Hogar Rural. A través del análisis de sus antecedentes e influencias, sus fundamentos, sus objetivos y su metodología de trabajo, podemos conocer las concepciones acerca de las familias rurales y las expectativas sobre las mujeres expresadas por una agencia estatal como el INTA, en el diseño de una política llevada adelante en un contexto marcado por la profundización de las migraciones rural-urbanas y el aumento de la participación femenina en el mercado de trabajo.

A partir del estudio sistemático de las fuentes institucionales disponibles y desde una perspectiva de género –que constituye el principal aporte de esta investigación– de la primera etapa de desarrollo del Programa (entre 1958 y 1974), podemos constatar nuestra hipótesis inicial acerca de la doble potencialidad que posee esta política. Por un lado, los CHR son pensados como un instrumento estatal para operar sobre el arraigo de las familias rurales, de forma similar a sus antecesores (Hogar Agrícola, AFAR, etc.), de acuerdo con la percepción de las mujeres como factor clave del éxodo. Por otro lado, constituyen una herramienta de promoción de liderazgos entre las mujeres participantes, al constituir las como referentes en sus comunidades y contribuir a la realización de proyectos con impacto real en sus regiones de origen. Si bien ambos componentes aparecen como objetivos en el diseño de la política, el primero de ellos tiene un peso mayor –como vimos en los capítulos 2 y 3–, en tanto la finalidad subyacente del Programa es contrarrestar los flujos migratorios. Sin embargo, en el accionar concreto la promoción de liderazgos alcanza resultados más tangibles: mientras que el éxodo se profundiza durante las décadas del '60 y '70, las mujeres rurales que forman parte

de los Clubes adquieren un rol preponderante en sus comunidades, en especial las delegadas que ven proyectada su participación en espacios públicos.

En un primer momento, los proyectos desarrollados por las socias tienen un alcance limitado y se circunscriben a su formación individual, además de estar alineados con aquellas tareas concebidas como “femeninas” en el ámbito rural. En este sentido, se realizan trabajos en áreas como preparación y conservación de alimentos, corte y confección, horticultura y primeros auxilios. Esta limitación del universo de lo posible para las mujeres rurales también se registra en las charlas y paneles de las Convenciones Nacionales de Clubes Hogar Rural, una serie de encuentros organizados por el INTA –analizados en el capítulo 4– con el propósito de generar espacios de sociabilidad, aprendizaje e intercambio de conocimientos entre las socias de todo el país. Sobre todo en las primeras Convenciones (la Primera se celebra en 1960, la Segunda en 1961 y la Tercera en 1963) en las charlas brindadas a las socias se abarcan cuestiones ligadas al ideal de mujer doméstica y “centro afectivo de la vida familiar”, aspectos de la maternidad y la educación de los hijos e hijas. En estas ponencias se postula una estructuración de género con una rígida división entre tareas productivas y reproductivas, que contrasta con la lábil frontera que separa a estas actividades en las diversas realidades del agro argentino. Desde la perspectiva de quienes exponen en las Convenciones, las tareas reproductivas son las que “corresponden” a las mujeres rurales, quienes deben contribuir al desarrollo económico cumpliendo su misión como ejes del hogar para garantizar el arraigo de las familias al campo. Si bien estas concepciones no son nuevas –las ideas de Tomás Amadeo revisadas en el capítulo 1 son un claro antecedente–, en este período surgen como respuesta a la creciente aspiración de “muchas mujeres [que] quieren ser esposas a una edad joven y ser a la vez madres, y continuar al mismo tiempo ejerciendo o ampliando una profesión” (INTA, 1961a, p. 8). Estos anhelos son considerados poco realistas por los oradores invitados a las Convenciones, quienes insisten en la necesidad de que las mujeres aprendan nociones de economía doméstica, obliterando al trabajo remunerado fuera del ámbito familiar como una alternativa. Es posible que esto se deba a la percepción del trabajo extra-doméstico como un factor que contribuiría al éxodo en lugar de desalentarlo, y que pondría en discusión la división del trabajo imperante.

Sin embargo, con el paso del tiempo es posible notar cambios en la perspectiva del INTA, probablemente a causa de las crecientes y renovadas demandas de las socias, el contexto social global –las transformaciones propuestas en el ámbito urbano para sus congéneres– y la continuidad de las migraciones. En cuanto a los proyectos, su escala se amplía y empiezan a

dirigirse a las comunidades: desde los Clubes Hogar Rural las socias impulsan planes de saneamiento y electrificación rural –sobre estos temas reciben capacitaciones en el marco de la Cuarta (1965), Quinta (1967) y Sexta (1970) Convención–, llevan adelante campañas de vacunación, construyen refugios peatonales y arreglan caminos, asisten en barrios de emergencia y propician la construcción y el mejoramiento de viviendas, entre otras actividades. La complejidad de estos proyectos y la articulación con otras instituciones y organizaciones públicas y privadas (sobre todo en el caso del saneamiento y la electrificación) demuestran el grado de liderazgo alcanzado por las mujeres en sus comunidades y su capacidad de intervención pública, así como el impulso y apoyo por parte del mismo INTA a estos proyectos.

En este sentido, en el transcurso del Programa se genera paulatinamente una tensión entre el “modelo” de mujeres rurales propuesto por el Instituto, asimilable al “ideal de mujer doméstica” imperante desde principios del siglo XX (Nari, 2004, p. 71), y las mujeres que conforman los Clubes. Mientras asisten a las reuniones y Convenciones, desarrollan proyectos y se constituyen en referentes de sus localidades, demuestran no ser destinatarias pasivas de esta política social y se convierten en “agentes” del bienestar, frente a la mirada del INTA. Hacia principios de la década del ’70 se afirma que en las reuniones sostenidas a nivel local, regional y nacional las socias ponen en discusión el papel que les corresponde desempeñar en sus familias y en sus comunidades (INTA, 1970b, Introducción). Es probable que en estos debates –y en las prácticas– se superen los límites de los roles propuestos por los contenidos del Programa en los primeros años, considerando el liderazgo alcanzado por algunas socias a nivel local. El interés de las participantes activas de los Clubes por adquirir nuevas responsabilidades que excedan el ámbito doméstico es recogido por las técnicas del Instituto, quienes acompañan el pedido de las socias por una expansión de los horizontes del Programa. Son estas profesionales quienes, al mismo tiempo, reclaman por la participación real de las mujeres en los distintos niveles de los Consejos Asesores del INTA, en el Seminario de Extensión en Hogar Rural celebrado en noviembre de 1971.⁵²

Un concepto que atraviesa permanentemente el recorrido de este Programa, en sintonía con el clima de ideas de la época en la que se lleva a cabo, es el de “desarrollo”. Inspirándose en el decreto-ley de creación del INTA, el desarrollo es mencionado continuamente como el

⁵² No contamos con evidencia de que este reclamo haya sido escuchado, aunque lo más probable es que no se haya alcanzado la representación pedida. El acceso a puestos de poder y toma de decisiones por parte de las mujeres no ha sido fácil en el INTA: su actual presidenta, Susana Mirassou, designada el 20 de enero de 2020 (decreto 93/20), es la primera mujer en ocupar ese cargo.

objetivo final del Programa y de la extensión rural en general. De acuerdo con el organismo, las mujeres deben cumplir un rol esencial para convertir en realidad el desarrollo en diferentes ámbitos: familiar, comunitario, rural y por último –y más importante–, nacional. Sin embargo, su desarrollo personal es ignorado –al igual que la construcción de su identidad como productoras–, o apenas mencionado como un primer paso necesario para luego servir mejor a otros. En este sentido, no se impulsa a las mujeres a pensarse a sí mismas como relevantes –o como individuos independientes–, sino que se valorizan sus actividades siempre que contribuyan a cumplir con otros objetivos: los de la familia, de la comunidad, de la nación. Su trabajo en pos del desarrollo queda integrado a las nociones de altruismo y entrega que se suponen características de “lo femenino”, por lo que sus identidades de género se construyen ligadas a unos destinos “biológicamente” determinados, desde la perspectiva que construye este Programa del INTA.

La misma lógica instrumental se verifica en las concepciones acerca de la relación entre las mujeres y las migraciones rural-urbanas. En continuidad con las expresiones de la primera mitad del siglo XX, se las considera al mismo tiempo como la causa principal del éxodo y como la herramienta para garantizar el arraigo familiar en el campo. En este sentido, si bien se entiende que el alcance de esta política es limitado, se espera que tenga un efecto disuasivo sobre las migraciones. Sin embargo, consideramos que el Programa no contempla cuestiones estructurales de la población rural que tienen una mayor incidencia sobre sus movimientos, como la pobreza, la falta de oportunidades laborales, el aislamiento, las difíciles condiciones de transporte y comunicación, y las carencias en función de otros elementos del bienestar social –educación, infraestructura, sociabilidad, etc.–. Estos problemas entrarán en consideración durante la década del '80, cuando la profundización de las tendencias migratorias y la pauperización de algunos sectores de la población rural obligan al INTA a modificar su estrategia de extensión. Los Clubes del Hogar Rural y 4-A son gradualmente abandonados y reemplazados por distintos programas segmentados por nivel de producción y no por género de la población. La pobreza en zonas rurales y periurbanas es abordada por uno de estos nuevos programas, ProHuerta, orientado al desarrollo de huertas y granjas para promover la autoproducción de alimentos frescos en aquella población que no se los pueda procurar de otro modo. De esta manera se potencia uno de los componentes históricos de los Programas de extensión dirigidos a las mujeres rurales —la producción para autoconsumo y/o venta de los excedentes—, eliminando el resto de las actividades que caracterizaban a las políticas sociales anteriores.

Si bien el INTA se desliga del Programa Hogar Rural a mediados de la década del '70, el arraigo es tan fuerte en algunas zonas que los Clubes continúan funcionando, aun sin recibir ningún tipo de sustento económico. La actividad se prolonga incluso hasta el siglo XXI; Nelly Cancelleri, ex Asesora del Hogar Rural y Supervisora de Extensión en el Centro Regional Pampeano, afirma en 2004 que catorce años después del cierre de la AEA de Pergamino algunos CHR siguen funcionando en la zona, y que “casualmente por estos días se reúnen para decidir que la próxima Jornada Nacional de Hogar Rural se realiza en Pergamino” (Torres, 2004, p. 31). También se registra la pervivencia de grupos de mujeres en el sudoeste de la provincia de Buenos Aires,⁵³ en Catamarca⁵⁴ y en Chubut,⁵⁵ un indicio más del impacto duradero del Programa. Es posible que esta continuidad se deba a los resultados positivos alcanzados o a la consolidación de los liderazgos femeninos promovidos por el Programa, lo que explicaría la subsistencia de los Clubes aún décadas después de que el INTA haya decidido reorientar sus recursos (económicos y humanos) hacia otras políticas.

No obstante, de la misma manera que sobreviven algunos Clubes, también persisten muchos de los problemas que habían motivado su creación. De acuerdo con el estudio acerca de la situación socio-productiva y educativa de las mujeres rurales jóvenes de la Argentina (Alegre et al., 2015) expuesto en la introducción de esta tesis, casi seis décadas más tarde del inicio del Programa Hogar Rural las dificultades de la vida en el campo para las mujeres son similares a las de mediados del siglo XX. La falta de opciones laborales o de estudio que surge de la comparación de los censos de 2001 y 2010 (sobre todo en regiones como el NOA y el NEA) presenta un panorama de futuro desalentador, y al combinarse con la asociación del espacio urbano con una mejor calidad de vida, promueven la migración a las ciudades como la única alternativa posible.

Ante este escenario, una solución propuesta por el estudio es similar a la de los Clubes: para arraigar a las familias en el campo y lograr el desarrollo de las comunidades rurales es necesario fomentar la participación en organizaciones y proyectos comunitarios, que provean un horizonte real de crecimiento familiar y local. De acuerdo con las autoras “en algunos casos se puede observar un proceso de crecimiento que induce a las mujeres a una toma de conciencia de la necesidad de mayor protagonismo y de disputar espacios de poder dentro de

⁵³ En 2006 se celebró el vigésimo aniversario del Club Hogar Rural de la localidad de Puan (<https://www.lanueva.com/nota/2006-12-5-9-0-0-el-hogar-rural-de-puan-cumpli-20-anos-de-vida>).

⁵⁴ El Club “San Antonio”, ubicado en la localidad del mismo nombre, celebró sus 48 años de vida en 2017 (<https://www.elancasti.com.ar/info-gral/2017/6/18/orgullo-club-hogar-rural-cumpli-aos-vida-338447.html>).

⁵⁵ El Club “Las Golondrinas”, de la localidad de 28 de Julio, cumplió medio siglo de vida, también en 2017 (<https://www.elchubut.com.ar/nota/2017-9-14-17-7-8-los-50-anos-del-club-hogar-rural-las-golondrinas>).

las mismas organizaciones” (Alegre et al., 2015, p. 225), un camino que sigue estando lleno de dificultades para las mujeres rurales. De todas formas, se admite que esta participación no lleva necesariamente al cuestionamiento de las relaciones inequitativas en el interior de las familias ni de la posición subordinada de las mujeres en la comunidad. Por otra parte, el título del estudio (“Las nuevas generaciones de mujeres rurales como promotoras del cambio”) revela que, más allá de las intenciones, todavía en el siglo XXI se sigue pensando en las mujeres rurales y sus posibilidades de desarrollo en función de algo/alguien más (la familia, la comunidad, el campo, la nación, etc.), dejando en segundo plano cuestiones como su desarrollo personal, sus identidades y sus propias ideas de arraigo.

En suma, este análisis integral de la etapa inicial del Programa Hogar Rural desde una perspectiva de género nos permite dar cuenta de las desigualdades existentes en el campo argentino, en sus comunidades y al interior de las familias que lo habitan. En un contexto signado por la inestabilidad política, económica y social, podemos ver cómo estas desigualdades influyen en el diseño de la política, cuya formulación no busca combatirlas o modificarlas, sino reproducirlas para operar sobre el arraigo de las familias rurales, de acuerdo con la percepción de las mujeres como factor clave del éxodo hacia las ciudades. Sin embargo, es sabido que la implementación de las políticas no siempre (o casi nunca, mejor dicho) responde íntegramente a los postulados de su formulación.

En este sentido, consideramos que, si bien la formación de los CHR –junto con las otras políticas agrarias implementadas en este período– no logra frenar la migración rural-urbana, su principal éxito reside en la integración de las mujeres a la actividad social en los Clubes y la consolidación de liderazgos femeninos en las comunidades rurales. La gestión del bienestar que emprenden –impulsadas por esta política, pero excediéndola– las convierte en agentes del desarrollo de sus localidades. Si evaluamos este protagonismo alcanzado, podemos concluir que el Programa Hogar Rural consigue morigerar, al menos en parte y para algunas mujeres, las múltiples desigualdades que atraviesan sus vidas en el mundo rural.

Bibliografía

Fuentes

- Amadeo, T. (1913). *Una nueva orientación de la enseñanza agrícola. La enseñanza agrícola del hogar para las mujeres*. Buenos Aires.
- Amadeo, T. (1916). *La enseñanza y la experimentación agrícolas*. Buenos Aires: Ministerio de Agricultura de la Nación.
- Amadeo, T. (1947). *La redención por la mujer*. Buenos Aires: Guillermo Kraft.
- Amadeo, T. (1949). *La función social (2º)*. Buenos Aires: El Ateneo.
- Anuch, M. (1964). *Estudio de la situación de los hogares rurales de siete comunidades de la provincia de Entre Ríos para un más adecuado planeamiento de extensión*. Paraná.
- Anuch, M. (1981). *Breve reseña histórica de la extensión rural en Argentina con énfasis en el área social*. Buenos Aires: INTA.
- Berry, I. P., Di Bucci, M. J., Iácono, A., P. de Rigoni, N., Rossi, E., & Valdemoros, M. I. (1964). Curso Nacional de Investigación Social en Economía del Hogar en Extensión Agrícola. Características de la vivienda rural en Ibarra. Estudio descriptivo. En *Formación Técnica*. Bolívar: INTA.
- De Baca, M. A. (1966). Análisis de la situación actual del estado de las familias residentes en el partido de Pergamino, Buenos Aires. En *Formación Técnica - Hogar Rural*. Buenos Aires: INTA.
- Feagin de Kallander, G. (1962). Promoción de un programa de Economía Doméstica en Extensión. En *Formación Técnica - Economía Doméstica*. Buenos Aires: INTA.
- Godoy, S. (1915). *La granja por la educación*. Buenos Aires.
- Hidalgo de Avila, E. A. (1974). Los Médanos. Estudio de una comunidad. En *Formación Técnica - Hogar Rural*. Buenos Aires: INTA.
- INTA. (s/f). Guía de proyectos para mejorar el hogar rural. En *Formación Técnica*. INTA.
- INTA. (1958). ¿Sabe usted qué se hace en los Clubes del Hogar Rural? En *Economía Doméstica*. Buenos Aires: INTA.
- INTA. (1960). Seminario de Economía Doméstica en Extensión Agrícola. En *Formación*

- Técnica - Seminarios*. Buenos Aires: INTA.
- INTA. (1961a). 2da Convención de Clubes Hogar Rural. En *Formación Técnica - Seminarios*. Buenos Aires: INTA.
- INTA. (1961b). Coordinación de actividades en el trabajo de Economía Doméstica y Asistencia Técnica al Productor. En *Formación Técnica - Seminarios*. Buenos Aires: INTA.
- INTA. (1961c). La importancia de las hortalizas y frutas en la alimentación. En *Economía Doméstica*. Buenos Aires: INTA.
- INTA. (1962). Plan de formación de Clubes Hogar Rural. En *Formación Técnica*. INTA.
- INTA. (1963a). Coma más pescado. En *Economía Doméstica*. Buenos Aires: INTA.
- INTA. (1963b). El arroz en la alimentación. En *Economía Doméstica*. Buenos Aires: INTA.
- INTA. (1965). 4ta Convención Nacional de Clubes Hogar Rural. En *Formación Técnica - Hogar Rural*. Buenos Aires: INTA.
- INTA. (1966). 1° Seminario Nacional de Investigación en Hogar Rural. En *Formación Técnica - Hogar Rural*. Buenos Aires: INTA.
- INTA. (1967). 5ta Convención Nacional de Clubes Hogar Rural. En *Formación Técnica - Hogar Rural*. Buenos Aires: INTA.
- INTA. (1969). *Qué es eso... de Clubes 4A*. Buenos Aires: INTA.
- INTA. (1970a). ¿Está usted enterada? En *Economía Doméstica*. INTA.
- INTA. (1970b). 6ta Convención Nacional de Clubes Hogar Rural. En *Formación Técnica - Hogar Rural*. Buenos Aires: INTA.
- INTA. (1970c). Club Hogar Rural. Estatuto y reglamento. En *Economía Doméstica*. INTA.
- INTA. (1970d). *Plan Nacional Saneamiento Básico Rural - Provisión de agua potable*. Buenos Aires.
- INTA. (1972). Seminario de Extensión en Hogar Rural. En *Formación Técnica - Hogar Rural*. Buenos Aires: INTA.
- INTA. (1973). 7ma Convención Nacional de Clubes Hogar Rural. En *Formación Técnica - Hogar Rural*. Buenos Aires: INTA.
- INTA. (1980). 1ra Jornada Nacional de Clubes Hogar Rural. En *Formación Técnica - Hogar*

- Rural*. Buenos Aires: INTA.
- INTA. (1981). AAHR (Asociación Argentina Hogar Rural). En *Formación Técnica - Hogar Rural*. INTA.
- INTA. (1989). VIII°, IX° y X° Jornadas Argentinas Hogar Rural. En *Formación Técnica - Hogar Rural*. Buenos Aires: INTA.
- INTA. (1996). *Historia documental. 40 Aniversario*. Buenos Aires: INTA.
- INTA. (2006). *50 Años. INTA, medio siglo al servicio del campo argentino*. Buenos Aires: Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria.
- INTA. (2019a). Extensión y desarrollo rural. Recuperado el 20 de junio de 2019, de <https://inta.gov.ar/sobre-el-inta/extension-y-desarrollo-rural>
- INTA. (2019b). Forjadores del INTA. Recuperado el 20 de junio de 2019, de <http://forjadores.inta.gov.ar/>
- INTA. (2019c). Historia del INTA. Recuperado el 20 de junio de 2019, de <https://inta.gov.ar/videos/historia-del-inta/view>
- MAN. (1915). *Reglamento y plan de estudios para la Escuela del Hogar Agrícola "Ramón Santamarina"*. Buenos Aires.
- MAN. (1939a). *Anales de Enseñanza Agrícola, Año I, Volumen I, N° 1*. Buenos Aires.
- MAN. (1939b). *Anales de Enseñanza Agrícola, Año I, Volumen I, N° 2*. Buenos Aires.
- MAN. (1942a). *Anales de Enseñanza Agrícola, Año IV, Volumen IV, N° 1*. Buenos Aires.
- MAN. (1942b). *Anales de Enseñanza Agrícola, Año IV, Volumen IV, N° 2*. Buenos Aires.
- MAN. (1944). *Anales de Enseñanza Agrícola, Año VI, Volumen VI*. Buenos Aires.
- MAN. (1946). *Anales de la Dirección General de Enseñanza y Fomento Agrícola, Año VIII, Volumen VIII*. Buenos Aires.
- Marotta, P. (1916). *La educación de los agricultores por los agrónomos regionales*. Buenos Aires.
- Novillo, A. (1915). *Fundamentos y finalidades de la Escuela del Hogar Agrícola "Ramón Santamarina" del Tandil. Conferencia dada en la Escuela Normal Mixta de Maestros de 25 de Mayo (Prov. de Buenos Aires). 25 de Mayo*.
- Piangiarelli de Vicién, E. (1972a). *Acción de los Clubes del Hogar Rural en la República*

Argentina. Buenos Aires: INTA.

Piangiarelli de Vicién, E. (1972b). Programa de Extensión en Hogar Rural. Filosofía, desarrollo, logros. En *Formación Técnica - Hogar Rural*. Buenos Aires: INTA.

Reichart, N. (1962). *Objetivos del INTA en relación con el mejoramiento de la comunidad rural*. Buenos Aires: INTA.

Reichart, N. (1971). *Filosofía de Extensión rural*. Buenos Aires: INTA.

Bibliografía general

Albornoz, M. (2015). Cambio tecnológico y cultura institucional: el caso del INTA. *Revista CTS*, 10(29), 41–64.

Alegre, S., Brawerman, J., & Lizárraga, P. (2015). *Las nuevas generaciones de mujeres rurales como promotoras del cambio*. Buenos Aires: Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca de la Nación, Unidad para el Cambio Rural.

Aleman, C. (2002). Los cambios de la extensión del INTA y su relación con los paradigmas del desarrollo. *XI Jornadas Nacionales de Extensión Rural y III Jornadas de Extensión del MERCOSUR*, 1–24. Santa Fe.

Alonso, G., & Tiscornia, L. M. (2013). *Estudio sobre género en instituciones nacionales de extensión rural. El INTA y la Subsecretaría de Agricultura Familiar*.

Altamirano, C. (1998). Desarrollo y desarrollistas. *Prismas*, (2), 75–94.

Aróstegui, J. (2001). *La investigación histórica: teoría y método*. Barcelona: Crítica.

Balsa, J. (2002). El farmer ausente II. Transformaciones sociales en el agro pampeano de la primera mitad del siglo XX. En G. Galafassi, A. Bonnet, & A. Zarrilli (Eds.), *Modernización y crisis. Transformaciones y reestructuración capitalista en la Argentina del siglo XX*. Bernal: UNQ.

Balsa, J. (2006). *El desvanecimiento del mundo chacarero. Transformaciones sociales en la agricultura bonaerense, 1937-1988*. UNQ.

Barberis, S. (2010). Las mujeres en la veterinaria argentina. *Infovet. Publicación mensual de la Facultad de Ciencias Veterinarias - UBA*, 8–11. Recuperado de <http://www.fvet.uba.ar/fcvanterior/publicaciones/infovet/Infovet112.pdf>

- Barrientos, M. (2008). La Extensión Agropecuaria en la República Argentina durante el siglo XX. *Revista FAVE - Ciencias Agrarias*, 7(1–2), 137–151.
- Barsky, O., & Gelman, J. (2009). *Historia del agro argentino. Desde la Conquista hasta comienzos del siglo XXI*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Bohoslavksy, E., & Soprano, G. (2010). Una evaluación y propuestas para el estudio del Estado en Argentina. En E. Bohoslavksy & G. Soprano (Eds.), *Un Estado con rostro humano. Funcionarios e instituciones estatales en Argentina (desde 1880 a la actualidad)* (pp. 9–55). Prometeo-UNGS.
- Caldo, P. (2009). *Mujeres cocineras. Hacia una historia sociocultural de la cocina argentina a fines del siglo XIX y primera mitad del XX*. Rosario: Prohistoria Ediciones.
- Caldo, P. (2013). Recetas, económicas, marcas y publicidades: la educación de las mujeres cocineras de la sociedad de consumo (Argentina, 1920-1945). *Arenal*, 20(1), 159–190. Recuperado de <http://revistaseug.ugr.es/index.php/arenal/article/view/1404/1577>
- Calvera, L. (1990). *Mujeres y feminismo en la Argentina*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Cano, I. (1982). El movimiento feminista argentino en la década del 70. *Todo es Historia*, (183).
- Carballo González, C. (2007). Cincuenta años de agricultura familiar y desarrollo rural en el INTA. *Revista Interdisciplinaria de Estudios Agrarios*, (26–27), 63–93.
- Carlson, R. A. (1970). Cooperative Extension: A Historical Assessment. *Journal of Extension*, 8(3), 10–15.
- Carranza, J. P., & Alderete, M. V. (2014). La brecha de ingresos por género en Argentina: descomposición de la discriminación contra trabajadores independientes y trabajadores asalariados. *Revista de Economía Laboral*, (11), 65–99.
- Cosse, I. (2008). Familia, sexualidad y género en los años 60. Pensar los cambios desde la Argentina: desafíos y problemas de investigación. *Temas y debates*, (16), 131–149.
- Cosse, I. (2014). Marcas de origen: clase media, modernización y autoritarismo. En *Mafalda: historia social y política* (pp. 33–81). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- D'Elia, Y. (2006). La cuestión social en las políticas públicas. En *Balances y perspectivas de la política social en Venezuela* (pp. 17–38). Caracas: Instituto Latinoamericano de

Investigaciones Sociales.

- de Arce, A. (2009). La instalación estable del hogar en el campo. Género y arraigo rural en los discursos del Museo Social Argentino (1940-1946). *VI Jornadas de Investigación y Debate "Territorio, poder e identidad en el agro argentino"*. Resistencia.
- de Arce, A. (2010). El Museo Social Argentino y la Encuesta sobre la condición de la mujer (1946). Trabajo, derechos y mujeres rurales. *VIII Congreso Latinoamericano de Sociología Rural*. Porto de Galinhas.
- De Arce, A. (2009). *Las mujeres en el campo argentino, 1930-1955*. Bernal: UNQ.
- De Arce, A. (2011). "En el hogar campesino esta la grandeza de la economía nacional." Trabajo e identidades de género en el agro argentino (1930-1943). *Secuencia*, (81), 131–157.
- De Arce, A. (2016). *Mujeres, familia y trabajo. Chacra, caña y algodón en la Argentina (1930-1960)*. Bernal: UNQ.
- De Arce, A. (2017). Conocimiento e intervención social: las ingenieras agrónomas en las políticas de extensión rural (Argentina, 1910-1970). *XVIII Congreso internacional de AHILA*. Valencia.
- de Arce, A., & Poggi, M. (2015). Las mujeres en el agro argentino. En M. Ruffini (Ed.), *Historia y memoria en el mundo rural*. Buenos Aires: MINCyT-CEAR-UNQ.
- de Arce, A., & Poggi, M. (2016). Prensa y género en La Tierra. Una vida "federada". En C. A. García da Rosa & F. Ferreira Lisboa Filho (Eds.), *Política, medio e identidad en regiones fronterizas* (pp. 86–103). Posadas: Editorial Universitaria UNaM.
- de Arce, A., & Salomón, A. (2018). Promover el bienestar rural. Los extensionistas del INTA en el terreno (1956-1980). *Travesía*, 20(2), 179–201.
- De Arce, A., & Salomón, A. (2018). Al servicio del desarrollo de la comunidad. El INTA y la Extensión Agropecuaria (Argentina, 1956-1980). *XVI Congreso de Historia Agraria-SEHA y VII Encuentro RuralRePort*, 1–25. Santiago de Compostela.
- DPE. (s/f). *Migraciones internas en la Provincia de Buenos Aires*. La Plata.
- Ergas, Y. (1993). El sujeto mujer: el feminismo de los años sesenta-ochenta. En G. Duby & M. Perrot (Eds.), *Historia de las mujeres en Occidente. El siglo XX* (pp. 593–620). Madrid: Taurus.

- Felitti, K. (2000). El placer de elegir. Anticoncepción y liberación sexual en la década del sesenta. En F. Gil Lozano, M. G. Ini, & V. S. Pita (Eds.), *Historia de las mujeres en la Argentina. Siglo XX. Tomo 2* (pp. 154–171). Buenos Aires: Taurus.
- Felitti, K. (2006). En defensa de la libertad sexual: discursos y acciones de feministas y homosexuales en los '70. *Temas de mujeres*, 2(2), 47–69.
- Frank, E. O., & Torrado, J. J. (2006). *Experiencias de evaluación en extensión y comunicación rural. Una lectura compartida entre actores y destinatarios*. La Pampa: INTA.
- Gárgano, C. (2017a). *Ciencia, tecnología y dictadura. Producción de conocimiento e intervención militar en el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (1973-1983)*. Universidad de Buenos Aires.
- Gárgano, C. (2017b). Rupturas y continuidades de la extensión rural en Argentina (1973-1983). *Quinto Sol*, 21(2), 1–23.
- Girbal-Blacha, N. M. (1989). La Granja: una Propuesta Alternativa de Coyuntura Para el Agro Argentino (1910–1930). *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies*, 14(28), 71–115. <https://doi.org/10.1080/08263663.1989.10816626>
- Gutiérrez, T. V. (2007a). “Actuar sobre la mujer de campo, empleando a la mujer misma como educadora”. Una visión histórica del discurso ruralista, Argentina, 1920-1945. En Noemí María Girbal-Blacha & S. R. de Mendonça (Eds.), *Cuestiones agrarias en Argentina y Brasil. Conflictos sociales, educación y medio ambiente* (pp. 183–202). Recuperado de <http://books.google.com/books?id=3WEPJSCThFIC>
- Gutiérrez, T. V. (2007b). *Educación, agro y sociedad*. Bernal: UNQ.
- Gutiérrez, T. V. (2014). Estado, agro y hogar. Políticas públicas hacia las mujeres rurales, Buenos Aires (Argentina), 1958-1991. *Secuencia*, (88), 219–248.
- Hartmann, H. I. (1981). The Family as the Locus of Gender, Class, and Political Struggle: The Example of Housework. *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 6(3), 366–394. <https://doi.org/10.1086/493813>
- Holubica, S. (1988). *Estudio de las migraciones en la Argentina*. Buenos Aires.
- Huergo, J. (2004). Desafíos a la extensión desde la perspectiva cultural. *Dialoguemos*, 8(14), 11–15.

- Ilari, S. (2006). Entre el género y la especie. Reflexionando sobre la naturaleza de la política y la gestión social. *Circunstancia*, (11).
- INDEC, & MTEySS. (2014). *Indicadores más relevantes de la inserción de mujeres y los varones en el mercado de trabajo*. Recuperado de http://trabajo.gob.ar/downloads/igualdad/140703_brochure.pdf
- Ivickas Magallán, M. (2017). El Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (1956-1966). *Realidad Económica*, (310), 87–114.
- Jelin, E. (2010). *Pan y afectos. La transformación de las familias*. Buenos Aires: FCE.
- Landini, F., Murtagh, S., & Lacanna, C. (2009). *Aportes y reflexiones desde la psicología al trabajo de extensión con pequeños productores*. Buenos Aires: Ediciones INTA.
- Landini, F. P. (2013). Perfil de los extensionistas rurales argentinos del sistema público. *Mundo agrario*, 14(27). Recuperado de http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1515-59942013000200003&lng=es&nrm=iso&tlng=es
- Lázzaro, S. B. (2012). El desarrollismo y el problema agrario durante las décadas de 1950 y 1960. *Secuencia*, (84), 127–160.
- León, C., & Losada, F. (2002). Ciencia y Tecnología agropecuarias antes de la creación del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA). *Revista Interdisciplinaria de Estudios Agrarios*, (16), 35–90.
- Lobato, M. Z. (2007). *Historia de las trabajadoras en la Argentina (1869-1960)*. Buenos Aires: Edhasa.
- Lobato, M. Z. (2009). Trabajo, cultura y poder. Dilemas historiográficos y estudios de género en la Argentina. En M. L. Femenías, M. Lobato, M. F. Lorenzo, L. Malosetti Costa, & D. Paladino (Eds.), *Historia con mujeres, mujeres con historia. Teorías, historiografía y metodologías*. (pp. 17–45). Buenos Aires: UBA.
- Losada, F. (2003). La institucionalización de la Extensión Rural con la creación del INTA (1957). *Documentos del CIEA*, (1), 27–35.
- Losada, F. (2005). Los orígenes del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA). Análisis del período 1956-1961. *Realidad Económica*, (210), 21–40.
- Manzano, V. (2007). Ella se va de casa: fugas de chicas, “Dolce Vita” y drama social en la

- Buenos Aires de los tempranos 1960. *XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, 20. San Miguel de Tucumán: Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán.
- Moscatelli, M., & Tomino, G. (2006). Aproximación a la transmisión de saberes en la historia del INTA Santa Fe. *Revista de la Escuela de Ciencias de la Educación*, (1), 185–202.
- Nari, M. (1996). “Abrir los ojos, abrir la cabeza”: el feminismo en la Argentina de los años 70. *Feminaria*, IX(17/18), 15–21.
- Nari, M. (2004). *Políticas de maternidad y maternalismo político. Buenos Aires, 1890-1940*. Buenos Aires: Biblos.
- NIFA-USDA. (2019). Cooperative Extension History. Recuperado el 4 de diciembre de 2019, de <https://nifa.usda.gov/cooperative-extension-history>
- Otero, J., & Selis, D. (2016). La Revista “Extensión en las Américas”. Influencia de los EEUU en los servicios de extensión rural latinoamericanos. *Extensão Rural*, 23(1), 42–57. <https://doi.org/10.5902/2318179617359>
- Otero, J., Selis, D., & Barrionuevo, C. (2017). Mujeres y Extensión Rural: el Hogar Agrícola en la Provincia de Buenos Aires. *X Jornadas Interdisciplinarias de Estudios Agrarios y Agroindustriales*, (February). Buenos Aires.
- Parella Rubio, S. (2003). Repensando la participación de las mujeres en el desarrollo desde una perspectiva de género. *Papers. Revista de Sociologia*, 69, 31–57. <https://doi.org/10.5565/rev/papers/v69n0.1282>
- Paz, J. (2019). La brecha salarial por género en Argentina: análisis acerca de la segmentación laboral. *Sociedade e Cultura*, 22(1), 157–178. <https://doi.org/https://doi.org/10.5216/sec.v22i1.57894>
- Pellegrini, P. A. (2014). Argentina: evolución del presupuesto y del personal del INTA (1958-2010). *Realidad Económica*, (285), 99–122.
- Pérez, I. (2011). Un “Sistema Luminoso” para el ama de casa. Avatares del discurso de la racionalización del espacio y el trabajo doméstico en Argentina, 1930-1960. *Páginas. Revista Digital de la Escuela de Historia. Universidad Nacional de Rosario*, 3(5), 119–137.
- Pite, R. E. (2013). *Creating a Common Table in Twentieth-Century Argentina*. Doña

- Petrona, Women & Food*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press.
- Pryluka, P. (2016). *Reforma estructural, expectativas y consumidores: el problema de la inflación en la política económica de Martínez de Hoz*. Universidad Torcuato di Tella.
- Reboratti, C. (2007). Los mundos rurales. En S. Torrado (Ed.), *Población y bienestar en la Argentina del primero al segundo Centenario. Una historia social del siglo XX, t. II* (pp. 85–108). Buenos Aires: Cultura Nación / Edhasa.
- Recchini de Lattes, Z., & Lattes, A. (1969). *Migraciones en la Argentina. Estudio de las migraciones internas e internacionales basado en datos censales, 1869-1960*. Buenos Aires: Editorial del Instituto.
- Recchini de Lattes, Z., & Lattes, A. (1975). *La población de Argentina* (Z. Recchini de Lattes & A. Lattes, Eds.). Buenos Aires: CICRED.
- Reichart, N. (1982). Organización del Servicio de Extensión Agropecuaria del INTA en su etapa inicial y período de consolidación. *Jornadas Nacionales sobre la Tecnificación en el Desarrollo del Sector Agropecuario*. Buenos Aires.
- Reichart, N. (1994). El modelo “Extensión Rural” en el proceso de transferencia de tecnología. En *La innovación tecnológica agropecuaria. Aspectos metodológicos de la transferencia de tecnología* (pp. 342–365). Buenos Aires: Hemisferio Sur.
- Rogers, E. (1988). The Intellectual Foundation and History of the Agricultural Extension Model. *Knowledge: Creation, Diffusion, Utilization*, 9(4), 492–510.
<https://doi.org/10.1177/0164025988009004003>
- Rothman, A. M. (1967). Migración interna en la República Argentina. En *Estudios de la población argentina. Algunos aspectos demográficos de la población argentina* (pp. 65–74). Buenos Aires: CONADE-CELADE.
- Sánchez de Puerta, F. (1996). *Extensión agraria y desarrollo rural*. Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Secretaría General Técnica.
- Scott, J. W. (2008). El género: una categoría útil para el análisis histórico. En *Género e historia* (pp. 48–74). México: FCE.
- Scott, J. W. (2011). Género: ¿Todavía una categoría útil para el análisis? *La manzana de la discordia*, 6(1), 95–101. Recuperado de <http://www.bdigital.unal.edu.co/48429/1/génerotodavíaunacategoría.traducción.pdf>

- Stølen, K. A. (2004). *La decencia de la desigualdad. Género y poder en el campo argentino*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Torres, G. (2004). Historias de vida: Nelly Cancelleri. *Dialoguemos*, 8(14), 29–32.
- Tort, M. I. (2008). Enfoques de la extensión rural. En nuestro agro: ¿evolución, complementación u oposición? En J. Balsa, G. Mateo, & M. S. Ospital (Eds.), *Pasado y presente en el agro argentino* (pp. 429–450). Buenos Aires: Lumiere.
- Vassallo, A. (2005). “Las mujeres dicen basta”: movilización, política y orígenes del feminismo argentino en los 70. En A. Andújar, D. D’Antonio, N. Domínguez, K. Grammatico, F. Gil Lozano, V. Pita, ... A. Vassallo (Eds.), *Historia, género y política en los 70* (pp. 61–88). Buenos Aires: Feminaria Editora.
- Vázquez, C. (2017). *La emergencia de la organización campesina en Formosa durante la década del sesenta*. Universidad Nacional de General Sarmiento.